

Bianca

Dos mundos

Helen Brooks

Dos mundos

«No te equivoques, Cory, te deseo»

Nick Morgan era el tipo de hombre que podía tener a la mujer que desease. Rico e increíblemente guapo, seguía soltero, y no parecía tener el menor deseo de casarse. Desde luego cuando eligiera a su futura esposa, no sería una mujer tan normal e inexperta como Cory, que jamás atraería la atención de un seductor nato.

Pero parecía que para Nick la inocencia de Cory era una especie de desafío…

Capítulo 1

Cory se dio cuenta al instante del error que había cometido al soltar a Rufus de la correa. El poderoso labrador cruzó Hyde Park como alma que lleva el diablo; a su paso las madres rescataban a sus hijos del suelo y las parejas de ancianos se apartaban con una habilidad que creían perdida desde hacía años. Hasta un grupo de jóvenes con los vaqueros rasgados a propósito y con piercings por todo el cuerpo, que antes se dirigían hacia ellos, de repente dejaron de parecer tan modernos, y tuvieron que apartarse entre gritos. A pesar de eso, Cory agradeció su buen humor.

-¿Por qué no le hice caso a mi tía? -se reprochó a sí misma en voz alta mientras corría fatigada detrás del perro, malgastando su valioso aliento en llamarlo cada veinte metros.

Sin embargo, Rufus se había mostrado dócil y servicial durante el paseo por la Calle Baysvvater desde la casa de su tía, se había sentado cuando tenía que hacerlo, sin necesidad de decírselo, y guardado el paso como un verdadero perro adiestrado.

-No lo sueltes de la correa, Cory -justo antes de salir por la puerta, su tía, que tenía la pierna escayolada debido a una caída nefasta dos semanas atrás, le había advertido que no lo soltara-. Creo que yo podría confiar en él ahora, pero no sé cómo reaccionaría con otra persona. Es muy cariñoso, desde luego, y lo tuvieron encerrado muchísimo tiempo y lo descuidaron aún más, como ya te conté. ¡Pobre criatura!

«Pobre criatura» no era la frase que ella hubiera usado para describir al perro en esos instantes. Cory estaba preocupada. Sentía los pulmones a punto de explotar y le ardían el pecho y la garganta. Se le ocurrían unos cuantos calificativos, pero el de «pobre criatura» no estaba entre ellos.

Rufus hizo varias paradas relámpago para olfatear esas partes de la anatomía perruna que los perros encuentran tan interesantes. Cory se encontró más cerca de él que nunca desde que empezara la dichosa carrera. Reunió todas sus fuerzas y gritó:

-¡Rufus, no te muevas!

Justo cuando el animal se preparaba para irrumpir en una reunión social con un poodle francés, giró la cabeza dorada y sus ojos marrones parecieron mostrar una expresión de asombro, como si no entendiera por qué ella no se había entregado de lleno a ese maravilloso juego que él había organizado. Cory aprovechó esa oportunidad para gritar:

-¡Ven aquí! ¡No te muevas, Rufus! Todavía los separaban unos

cincuenta metros largos, pero ella era incapaz de seguir corriendo, el dolor del costado se lo impedía. No supo si fue por la violencia de su voz o por el hecho de que había empezado a andar, pero el enorme perro de repente se dio cuenta de que había hecho algo malo. Después de dudar un instante, emprendió su carrera de nuevo, pero esta vez directamente hacia ella, dispuesto a impresionarla con la rapidez de su obediencia. Seguramente no vio la figura alta y bien vestida con la que estaba a punto de cruzarse. Hubo un instante interminable en el que el hombre y el perro se encontraron, pero los cincuenta kilos de músculo canino puro lanzaron a su víctima por los aires.

Un maletín de piel muy bonito salió volando por un lado, la chaqueta del traje que llevaba sobre el hombro por otro, y lo único que Cory pudo hacer fue mirar perpleja y aterrorizada. El hombre aterrizó de espaldas haciendo temblar la tierra y hasta Rufus se dio cuenta de su tremendo error. Daba vueltas alrededor de la figura en el césped y, cuando Cory llegó a su altura, tenía las orejas pegadas a la cara y las mandíbulas lánguidas y temblaba como si estuviera a punto de echarse a llorar.

-Lo siento, lo siento muchísimo -Cory se arrodilló con sus vaqueros ajustados, camiseta rosa y el pelo revuelto, del color del chocolate oscuro-. ¿Se encuentra bien?

El hombre permaneció totalmente quieto un minuto y después tomó aire gruñendo de dolor. Seguramente no era el momento de fijarse en que tenía un cuerpo escultural, que era alto, delgado y su cuerpo musculoso exudaba una virilidad agresiva que le hacía muy sexy. Además, tenía una mata de pelo negro fuera de lo común.

Cory tragó saliva. «Pierce Brosnan, Orlando Bloom, Brad Pitt, no tenéis nada que hacer». Tuvo que volver a tragar saliva otra vez antes de poder decir:

-¿Se ha roto algo?

Unos ojos muy azules se encontraron con los suyos. A pesar de estar en el suelo y de haber perdido el aliento por el golpe, o tal vez por eso mismo, su mirada era letal. Le lanzó una mirada dura que hacía innecesarias las palabras. Cuando Cory intentó ayudarle a incorporarse, él hizo un gesto cortante con la mano que le pareció salvaje. Lamentablemente, Rufus eligió ese momento para pedirle perdón chupándole la mejilla. El hombre se quedó petrificado un instante, pero no dijo nada hasta que se puso de pie.

Era alto. Cory tuvo que mirar hacia arriba después de incorporarse a su vez. Era muy alto. Y estaba enfadado. Muy

enfadado.

-¿Es suyo?

-Lo siento -todavía se sentía afectada por su mirada de hielo y por la expresión pétrea que la boca endurecida daba a su rostro. Y además no pensaba con claridad.

-Esto -él señaló furioso a Rufus-. ¿Es su...? ¡Maldita sea! -dijo interrumpiendo su pregunta inicial-. ¿Qué es lo que mastica?

Oh, no. Por favor, no. Eso no podía estar pasando. Sacó el teléfono móvil de las mandíbulas húmedas de Rufus, pero el daño era irreparable.

-¿Era muy caro? -preguntó en voz baja, aunque ya conocía la respuesta.

El hombre hizo caso omiso de la mano extendida con el teléfono mascado y suspiró profundamente; recogió su maletín y su chaqueta con un gesto de dolor.

-Lo siento -dijo ella-. No debí soltarlo de la correa;

El hizo un gesto irónico con el entrecejo.

-¡No me diga!

No era muy amable, pero no se le podía culpar por ello. Cory suspiró.

-Pagaré todos los destrozos, claro está -dijo con una pequeña mueca.

El hizo otro gesto con el ceño.

-¿Tengo que darle las gracias encima? –preguntó con voz suave.

¡Qué individuo tan desagradable! Cory descubrió en ese instante que podía ignorar la belleza de sus ojos azules. No era tanto por lo que decía, sino por la forma tan desagradable de decirlo.

-En absoluto -repuso cortante mientras todo su cuerpo se tensaba-. Sólo intentaba compensarle, nada más.

Rufus se había sentado al lado del hombre como si no la conociera de nada y, convertido en la viva imagen de la docilidad, giraba su gran cabeza hacia ambos mientras hablaban. Cory sintió deseos de estrangularlo. Se dispuso a engancharle la correa y le dijo:

-¡Rufus, ven aquí!

En ese momento, pasó el caniche al que le había echado el ojo antes.

Ella gritó desesperadamente:

-¡Rufus, no! -pero no sirvió de nada y él animal saltó ciego y sordo, guiado sólo por el instinto de sus hormonas.

Sólo había dado unos pasos cuando de repente se oyó un profundo y cortante:

-¡Siéntate! -el perro frenó en seco-. ¡Aquí! -se escuchó otra orden con el mismo éxito.

El perro ejecutó un perfecto giro hasta sentarse en posición de reverencia junto a las piernas del hombre. Una mano masculina con gesto autoritario se tendió para agarrar la correa y Cory se la entregó. Poco después, le devolvía tanto la correa como el perro.

-Gracias -dijo a regañadientes.

-No puede ordenarle con sugerencias -dijo el hombre con frialdad-. Todo depende del tono de voz que use.

-¿Es un experto en perros? -respondió Cory sin pensar.

-No -contestó él casi insultante, mientras dirigía sus ojos azules hacia ella-. Soy experto en hacerme obedecer.

Por alguna razón, ella no lo dudó.

-Le vendría bien dar unas clases de adiestramiento -continuó él con una condescendencia insufrible.

A Cory no se le escapó que se las aconsejaba a ella y no al perro. Y se alegró muchísimo de que tuviera hierba en su pelo perfecto.

-No es mío -dijo-. Mi tía lo rescató recientemente de la perrera. Le dijeron que los antiguos dueños lo habían tenido encerrado desde cachorro y que lo alimentaban de vez en cuando. Ella lo lleva a clases de adiestramiento -le resultó maravilloso poder decir la verdad-, pero se ha roto una pierna y yo me he ofrecido a sacarlo de paseo esta mañana.

El hombre apartó su mirada color zafiro de ella y miró al perro dorado.

-¡Pobrecito! -le dijo directamente a Rufus, que meneaba la cola con frenesí.

De repente la miró de nuevo a ella y su voz perdió el tono suave y recuperó la frialdad de antes.

-Por el bien del perro y de cualquiera que pueda cruzarse en su camino, no le quite la correa hasta que su tía se haya recuperado; ¿de acuerdo?

Cory se mordió el labio para reprimirse y no decirle las palabras que le pasaban por la cabeza y contó hasta diez.

-Eso ya lo había pensado.

-Me alegro.

Parecía dispuesto a marcharse, por lo que Cory se apresuró a decirle:

-Su teléfono. Lo que dije antes iba en serio; estoy dispuesta a pagárselo. ¿Quiere mi número de teléfono y mi dirección?

Él frunció el ceño.

-¿Siempre está tan dispuesta a dar sus datos personales a

desconocidos?

La aguijoneaba a propósito y ella lo sabía, pero no pudo evitar entrar al trapo.

—No estoy a cargo de un perro que derribe a las personas a diario -le contestó.

Él murmuró algo que ella creía que podía ser «Gracias a Dios», antes de replicar:

-No se preocupe por el teléfono, ¿señorita...?

-James. Cory James -lo miró intensamente con sus ojos de terciopelo marrón, un tono o dos más claros que su pelo-. E insisto en que debo comprarle uno nuevo, ¿señor...?

-Me llamo Nick Morgan y le repito que no se preocupe por el teléfono -se lo quitó de las manos y se lo metió en el bolsillo con gesto desenfadado.

-No puedo permitirlo -entró en juego la veta obstinada de Cory-. Rufus lo ha destrozado y no me sentiré satisfecha hasta que le haya compensado.

La mandíbula cuadrada de él se tensó.

-No es necesario.

-Yo creo que sí.

-¿Siempre es así de...? -vaciló un instante antes de terminar la frase-. ¿Insistente?

Ella estaba segurísima de que no era eso lo que había querido decir.

-Siempre.

-Me proveerán un móvil nuevo en cuanto llegue al trabajo -dijo sin alterarse-. Pero si de verdad siente que tiene que compensarme...

-Así es.

El sonrió suavemente como si hubiera descubierto algo gracioso. Cory se dio cuenta de que había anticipado su reacción a lo que iba a contestar y estaba disfrutando.

-Necesito a una acompañante para un evento social esta noche, mi acompañante ha tenido que salir de Nueva York sin previo aviso -sus ojos la atravesaron como dos láser-. ¿Le gustaría venir conmigo?

Cory tuvo que recomponerse.

-Lo digo muy en serio. Claro que si ya tiene planes, o un marido o un novio que puedan objetar algo... -dejó que su voz se interrumpiera, pero no dejó de mirarla.

Cory pensó en mentirle, pero decidió que no podía hacerlo. Porque él se daría cuenta. Por alguna razón, ella sabía sin lugar a

dudas que sería capaz de percibir cualquier tipo de mentira sin problemas. Lo miró con seriedad.

-No estoy comprometida -dijo rápidamente-. ¿De qué tipo de evento se trata?

-Cócteles, cena y baile.

No era una explicación suficiente y ambos lo sabían. Cory quería saber más.

Después de unos segundos se había creado entre ellos una tensión que ella calificó de insoportable. Y él dijo:

-Hace poco que me he hecho con una empresa y voy a tener un gesto de buena voluntad con el director general y los socios. No es nada serio, ya sabes. Un evento social en Templegate para llegar a conocernos todos mejor.

-¿Cuántos irán a la fiesta? -preguntó decidida.

-Sólo dieciséis, o quince, desde esta mañana a las ocho -añadió irónicamente-. Por lo visto le han ofrecido un contrato de modelo a mi acompañante que no ha podido rechazar.

« ¿Su novia era modelo? ¿Pero qué otra cosa podía ser?», se preguntó Cory mordazmente. Era obvio que era inmensamente rico y, si tenía en cuenta el comentario sobre la empresa, seguramente tenía mucho éxito. Eso, unido a su atractivo, lo convertirían en el soltero de oro del año y manadas de mujeres harían cola para estar con él. Ese último pensamiento la impulsó a indagar.

-Pero seguro que tendrá a alguien que ocupe su lugar.

-¿Debería? -contestó él con gracia.

-¿Entonces no tiene?

No le respondió directamente. Lo que dijo fue:

-Tú querías compensarme por lo del perro y yo te he sugerido el modo de hacerlo. Si no es de tu agrado, está bien.

« ¿Que no es de mi agrado?». Pues claro que lo era. El tipo de mujer que acudía a Templegate sólo vestía Versace o Gabana o Armani. Los zapatos con los que cubría sus pies costarían varios meses del sueldo de ella. Pero pasar la noche en compañía de ese extraño que divertiría a otros extraños sería una tortura. Para empezar, tendría miedo de decir o de hacer algo incorrecto, ¿y si se encontraba con un grupo de estirados, distantes o simplemente poco comunicativos?

Echó un vistazo rápido al parque, que estaba bañado por la luz de junio, como si eso fuera a ayudarla, antes de volver a cruzar sus ojos con la mirada azul de él.

-Está bien -se oyó decir a sí misma incrédula- Si eso es lo que quiere, está bien, aunque preferiría pagarle el teléfono y zanjar este

asunto.

-No es la aceptación más cortés a cenar que he oído -él parecía seguir divirtiéndose; metió la mano en el maletín y sacó una tarjeta dorada, que le entregó.

Cory la miró esperando ver una tarjeta de visita corriente, pero sólo ponía su nombre y cuatro números de teléfono.

-Olvide el primer número. Es de mí casa en Barnstaple -dijo él con un toque de impaciencia-. El segundo es de mi piso de Londres y el tercero la línea privada del despacho. Como bien sabrá, el número del móvil es poco importante ahora.

Sus hirientes ojos azules enfocaron a Rufus un instante y el gran perro se giró con aire de culpabilidad a los pies de ella. Nick hizo una mueca con la boca y miró el reloj de oro que llevaba en la muñeca, frunció el ceño y dijo con impaciencia:

-Llego tarde a una reunión importante, señorita James. Llámeme al piso después de las seis para darme su dirección, o al número de mi despacho si quiere hablar conmigo antes. He reservado mesa para las ocho y media, pero nos reuniremos en el bar a las ocho. Me gustaría llegar al club antes de las siete y media. ¿Le parece bien?

Los ojos azules barrieron su cara una vez más e inexplicablemente su pulso se aceleró. Consiguió afirmar con la cabeza a la vez que respiró profundamente.

-Escuche. Sólo soy una chica normal y trabajadora -dijo sin aliento-. Si le soy sincera, no estoy acostumbrada a lugares como el Templegate. Si encuentra a alguien más adecuada para esta noche, por favor no dude en decírmelo cuando lo llame. Lo entenderé.

Nick se disponía a marcharse, pero se giró para mirarla. La miró de arriba abajo, como si la valorara. Su expresión no cambió y tampoco su tono de voz cuando le dijo:

-No voy a cambiar de opinión, señorita James. Adiós.

« ¡Vaya!». A Cory le ardía la cara mientras lo miraba andar con sus largas zancadas, que pronto le llevaron muy lejos. La había mirado como si ella fuera una especie de caballo que estaba a punto de comprar.

Se quedó de pie en el sitio un poco más hasta que un aullido a sus pies la hizo volver de la vorágine de sus pensamientos. Miró a Rufus y notó que tenía la caradura de quejarse por la inactividad.

-No empieces -le advirtió con fiereza-. Todo esto es culpa tuya.

El perro movió las orejas antes de ponerse en marcha y empezar a tirar de la correa. Empezó a mover su hocico cuando vio pasar a una preciosa collie con un lazo rosa que le mantenía el pelo fuera

de los ojos y se cruzó insinuante moviendo el trasero.

-Si por mí fuera, te harían una pequeña operación -gruñó Cory antes de volver a alzar la vista a la distancia. El se había desvanecido. Colocó su mano a modo de visera sobre los ojos para ver a través de la luz del sol, pero después de un minuto o dos tuvo que aceptar que él había desaparecido de su vista.

Todo encajaba dentro del panorama de un sábado normal; había niños, gente montando en monopatín, familias paseando, parejas tumbadas en el césped tomando el sol o leyendo, personas paseando a sus perros, grupos de adolescentes jugando al fútbol o al críquet o lanzando Frisbees, pero de repente se sintió ajena a todo aquello. Una ajetreada persecución por el parque había dado paso inesperadamente a algo extraordinario y ahora que él se había marchado, ella tenía tiempo de pensar en lo que había ocurrido y sentía que la invadía el pánico con fuerza.

Debía estar loca, completamente loca, para haber aceptado acompañarlo al Templegate aquella noche. No sólo acompañarle, sino acceder a ser la anfitriona de un grupo de personas a las que no había visto en su vida. ¿Por qué no le había dicho que no? ¿Por qué no había aprovechado la escapatoria que él le había ofrecido? ¿Qué rayos la había impulsado a aceptar una proposición tan ridícula?

Intentó borrar de su memoria la imagen del hombre apuesto y con un cuerpo escultural. Mientras continuaba su paseo por el parque, se dijo con firmeza que él no era su tipo. A ella no le interesaba Nick Morgan ni lo más mínimo. Eso habría sido una locura en sí misma. De todos modos, él ya tenía una novia y lo último que ella quería ahora era una relación de ningún tipo. No, ella simplemente quería compensarle por lo que había sucedido, nada más.

Miró a Rufus, que caminaba felizmente a su lado, y gruñó interiormente: « ¿Por qué le he quitado la correa?».

Su tía Joan había sido muy clara y ella había ignorado sus consejos. Y no había sido la primera vez en su vida. Pero no iba a pensar en William Patterson ahora. Ya tenía bastantes problemas, y el más inmediato era lo que se iba a poner esa noche. Tendría que hacer compras de última hora, ya que no tenía nada que pudiera encajar con el ambiente fabuloso del Templegate.

Aceleró el paso con aleteo de mariposas en el estómago. Rufus siempre andaba con rapidez, y cuando llegaron a la casa de la tía de Cory, ambos estaban sin aire. Jadeantes.

-¿Te encuentras bien, cielo? -le preguntó su tía cuando le abrió la puerta-. Pareces acalorada.

Cory pensó que no le hubiera importado nada estar sólo acalorada. Habría estado muy bien.

-He cometido una estupidez -Cory dijo apenada, cuando entró en el vestíbulo-. Una auténtica estupidez.

-¿En serio?

Ella afirmó con la cabeza.

-Genial -dijo su tía alegremente. Yo siempre estoy metiendo la pata haciendo estupideces y me tranquiliza que alguien tan sensata como tú también las haga. Estoy haciendo café, pasa y cuéntamelo todo.

Rufus se echó en su cesta y empezó a roer un hueso enorme. El aroma del café recién hecho y un plato de pastas de chocolate hicieron que Cory se sintiera mejor. Se dispuso a contar los sucesos de aquella mañana. El estar sentada en la cocina rústica de su tía, con un perro a sus pies y la luz del sol resaltando el color de las caléndulas en la repisa, era una experiencia realmente casera y agradable.

Cuando terminó de contárselo, su tía estaba en las nubes.

-Pero eso es maravilloso -le dijo con entusiasmo-. Vas a disfrutar de una cena maravillosa en un lugar maravilloso y ese hombre parece...

-¿Maravilloso? -la interrumpió Cory. Había oído repetir demasiadas veces esa palabra. Ella estaba aterrada, y su tía se comportaba como si le acabara de tocar la lotería o algo parecido.

-Iba a decir que me parecía bastante razonable —contestó su tía con reproche-. Podría haberte gritado y haber montado en cólera. Muchos habrían reaccionado así, especialmente en estos tiempos que corren, en los que todo el mundo demanda a alguien por cualquier cosa -suspiró, y condenó aquella moda con un gesto de la cabeza-. Y lo único que ha hecho este tal señor Morgan ha sido pedirte que le acompañaras a cenar. ¿Cuál es el problema?

Visto así no lo había, pero el hecho era que su tía no había visto a Nick Morgan. A Cory le costó tragar.

-No tengo nada que ponerme -dijo sin rodeos-. Por lo menos nada que cueste un millón de libras.

-¿Ése es tu problema? -la queja empezaba a parecer ridícula; Joan sonrió-. Cariño, vete a ver a mi amiga Chantal Lemoine, en Mayfair. Ella te ayudará.

Aquello no la tranquilizó. Cory adoraba a su tía. Desde que sus padres murieran con menos de un año de diferencia cuando ella estaba en la universidad, su tía era el único pariente cercano que tenía, pero Joan nunca se había casado y su trabajo había sido su

vida hasta que se jubiló a la edad de cincuenta años por un amago de infarto. Había estado bien situada en el mundo de la moda y nunca le había importado gastar una cantidad respetable en una simple falda o top. Cory, por el contrario, al terminar la universidad cuatro años atrás, había sentido vocación por trabajar en el sector social, que requería largas horas de trabajo, estrés y ofrecía un salario ajustado. Un salario que no se prestaba a visitar las tiendas de los diseñadores.

Cory no sabía si su tía le había leído el pensamiento, pero un minuto después agarró el teléfono y dijo:

-Voy a llamar a Chantal, ¿de acuerdo? Tu cumpleaños es dentro de unas semanas y no sabía qué regalarte. Ésta ha sido la mejor respuesta. Vete y elige algo exageradamente caro. Te has portado como un ángel conmigo desde que caí enferma y quiero agradecértelo.

-No puedo aceptarlo, tía -las mejillas de Cory se sonrojaron.

-Puedes y lo harás -Joan le puso una mano en el brazo. Su expresión y su voz cambiaron entonces-. Por favor, cielo. Hazlo por mí. Tú eres la hija que nunca tuve y nunca permitiste que te malcriara. Deja que te mime sólo una vez, ¿de acuerdo?

Cory se retorció con incomodidad. Era cierto que veía a su tía como a una madre. A pesar de ser hija única, nunca se había sentido muy unida a sus padres, que siempre estaban tan pendientes el uno del otro que no necesitaban a nadie más, ni siquiera a su hija. Había tenido una infancia poco feliz y solitaria en muchos aspectos y su tía Joan había sido a menudo su oasis en el desierto. Pero tal vez por su infancia o tal vez sólo por su forma de ser, Cory siempre había sido reservada e independiente, y prefería ayudar en lugar de ser ayudada y dar en lugar de recibir.

-Hola. ¿Puedo hablar con la señora Lemoine, por favor? -preguntó su tía.

Por el gesto que puso, la respuesta debió ser afirmativa.

Cory intentó decir algo, pero Joan hizo un gesto pidiendo silencio.

-¿Chantal? Cariño, ¿cómo estás? Soy Joan -Hubo un silencio de pocos segundos y después-. Sí, tenemos que vernos en cuanto esté mejor de la pierna. ¿Y si comemos en Robertos? Escucha, te llamo para pedirte un favor. Voy a enviarte a Cory, ¿te acuerdas? Es mi sobrina. Tiene una cita muy especial esta noche en el Templegate. Sí, lo sé, está muy emocionada. La cuestión es que necesita algo realmente espléndido y he pensado que tú podrías ayudarnos. ¿Puedes recibirla personalmente? ¿Y aconsejarla bien? Iría yo

misma, pero mi pierna... Oh, eres un cielo. A las dos es perfecto. Muchísimas gracias, cariño. Y ponlo en mi cuenta, quiero regalárselo por su cumpleaños. Adiós, Chantal.

Su tía colgó y la miró con orgullo.

-Está solucionado. Cielo, vas a pasártelo en grande y vas a estar guapísima. Chantal te lo garantiza.

Cory sonrió, pero no dijo nada. El día no transcurría como ella lo había planeado.

Capítulo 2

Eran las siete menos cinco y Cory sufría un ataque de ansiedad, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta que apenas conocía a la chica que la miraba desde el espejo. Había pasado la tarde con Chantal y la despedida optimista de la mujercita francesa había sido:

-Cherie, proponte disfrutar de una velada al más elevado estilo. Estarás encantadora. Como dijo una vez Gianne Versace: «Si entras en un lugar y nadie se gira para mirarte, busca la primera puerta y márchate. Y después cómprate otro vestido». Te prometo, cherie, que no tendrás que marcharte.

Era precioso. Cory apartó su mirada de susto del espejo y miró hacia abajo. En ese caso, era cierto que el vestido hacía a la dama. La seda de medianoche azul casi negra, el corpiño con mangas largas transparentes con adornos de cuentas y la falda del mismo estilo formaban un conjunto excepcional; y por si fuera poco, la falda tenía aperturas laterales.

-Éste es el tuyo -dijo la mujercita francesa-. Es el vestido que te hace parecer una diosa.

«La diosa se había pasado de la raya», pensó Cory, después de comprobarse el maquillaje por enésima vez.

Pero era cierto que el vestido tenía un efecto fascinante en ella. Le daba miedo pensar cuánto le costaría a su tía.

Cuando se quejó por el precio, Chantal la tocó en la nariz y meneó su cabecita con desaprobación.

-Esto es un regalo, ¿no? -la regañó, e hizo que Cory se sintiera muy poco sofisticada-. Tu tía lo sabrá y eso basta. Y ahora... -recomendó a Cory los lugares donde podría hallar accesorios apropiados, pero aunque la joven le dio las gracias, sabía que jamás los visitaría. Ella no se podía permitir bolsos y zapatos por valor de cientos de libras con su sueldo.

En lugar de eso, visitó varios puestos y tiendas en las calles principales, donde encontró unas sandalias de tacón de aguja del color apropiado y en Covent Carden un pequeño bolso a juego. Volvió a toda prisa a su piso de Notting Hill, que le había costado hasta el último penique de su herencia, pero que había merecido bien la pena; se duchó, se lavó el pelo y se preparó para la velada poniéndose crema hidratante y perfume.

¿Debía dejarse el pelo suelto? Se volvió a mirar el moño que se había hecho con su pelo ondulado hasta los hombros. Por alguna razón le había parecido demasiado rizado para ese vestido, pero

antes de tomar una decisión se soltó y se recogió el pelo tres veces.

-Basta -dijo en voz alta dentro de su dormitorio pintado de color pastel-. Sólo es una discoteca, son personas como todas las demás, y él sólo es un hombre -un hombre que con sólo verla una vez ya había conseguido que hablara sola.

Un zumbido autoritario del telefonillo le hizo llevarse la mano a la garganta y respirar hondo para reprimir la angustia.

-¿Sí, quién es? -preguntó casi sin respiración, aunque inmediatamente se odió por ello.

-Nick Morgan.

-Enseguida bajo, señor Morgan. ¿Le importaría esperar en la entrada?

Abrió el cierre de la puerta y volvió corriendo al dormitorio, insegura y confusa porque de pronto las sandalias le parecían poco elegantes y no sabía si estaría a la altura de Nick Morgan.

Agarró al vuelo un bolso en el que cabían justo las llaves, el pintalabios, dos billetes de veinte libras para un caso de emergencia, por si él no quería devolverla luego a su casa, y unos pocos pañuelitos. Volvió con cautela al recibidor y bajó las escaleras que conducían hasta el vestíbulo de la entrada.

Aquella vieja casa victoriana había sido transformada en tres pisos bastante grandes, uno en cada planta. El piso bajo estaba habitado por una pareja de ancianos con un gigantesco pastor alemán llamado Arnie que aullaba como un lobo. Este último era el piso más grande, tenía tres dormitorios y un pequeño jardín. El piso de Cory y el último tenían ambos dos dormitorios y un balcón grande en el salón con ventanas de estilo francés. La joven pareja que vivía encima de ella había convertido el balcón en un jardín en miniatura, el de Cory tenía una mesa pequeña con dos sillas y una palmera.

Como llevaba tacones de aguja, se concentró mucho en bajar los escalones con gracia y conservar el equilibrio, por lo que no levantó la cabeza hasta que logró alcanzar la seguridad del piso de azulejos de la pequeña entrada.

-¡Vaya!

La voz profunda y masculina le hizo levantar la mirada. Nick Morgan estaba apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos y el pelo negro peinado hacia atrás. Era como un regalo que a cualquier mujer entre los dieciséis y los sesenta años le habría encantado encontrar en su calcetín de navidad.

A Cory se le olvidó respirar cuando se acercó a ella; sólo consiguió murmurar un «hola» en el último instante.

-Está espléndida.
-¿En serio?
Se dijo que podía hacerlo mejor que eso. Su repertorio social no estaba completamente agotado. Se hizo cargo de la situación y añadió:
-Gracias, usted tampoco está nada mal -con una tranquilidad que rezó para que él no se diera cuenta de que era fingida.
El le miró el pelo, los ojos grandes y los labios pintados con delicadeza, y dijo con una ligera expresión de sorpresa:
-Va a tener mucho éxito esta noche. Todos me preguntarán dónde la he encontrado.
Lo dijo en un tono que parecía que hubiera rescatado a un perrito de la intemperie. Ella forzó una sonrisa y dijo con suavidad:
-Creo recordar que fue al revés, ¿no le parece? O más bien, fue Rufus quien lo encontró a usted.
Y después, como su comentario le había sentado mal por alguna razón, añadió con dulzura:
-Quizá sea mejor que no le digamos a nadie que tuve que ayudarle a levantarse del suelo -aquello no era del todo cierto, pero si había un momento adecuado parar tergiversar la verdad, Cory presentía que era aquél.
Él pestañeó sólo una vez, pero ella supo que no le había gustado. Su sonrisa perdió un poco de intensidad.
-Tiene razón -le ofreció el codo-. ¿Nos vamos? Aquello había servido para fijar ciertos límites, o eso al menos esperaba ella. No iba a permitir que aquel hombre la tratara con condescendencia, aunque tuviera influencias para invitar a la mitad de Londres al Templegate. La riqueza no le convertía en su amo, por lo menos para ella.
Una vez fuera el aire era suave y cálido, el barullo de la ciudad era evocador y se estaba apagando. Cory se encontró esperando la velada con anticipación, algo de lo que no se hubiera creído capaz unos minutos atrás.
En lugar del taxi que esperaba, se dejó llevar hasta un Mercedes con conductor. Después de sentarla en el coche, Nick Morgan dio la vuelta al vehículo.
-Al Templegate, por favor, George -dijo con soltura, antes de sentarse cómodamente a su lado. Ella sintió el muslo masculino duro contra su cadera, pero no se atrevió a moverse. No quería darle la satisfacción de pensar que eso le afectaba ni un poco.
Cory, que era consciente de que una gran parte de sus piernas asomaban por las aperturas de la falda, intentó pensar en una

solución. Pero no se le ocurrió ninguna.

Se dio cuenta demasiado tarde de que él había dicho algo y ella se lo había perdido.

-Disculpe, no le he entendido -musitó afablemente.

-Le he preguntado si ha ido alguna vez el Templegate.

Lo dijo con dureza, como si algo le hubiera sentado mal. A Cory se le ocurrió preguntarse si él tendría que repetir a menudo lo que decía cuando llevaba a una mujer a cenar. Lo dudaba.

La descarga de adrenalina le impidió contestar con soltura:

-No, nunca he estado, aunque si he oído hablar de ese lugar, por supuesto. Las personas van a ver y a ser vistos, ¿no es así?

-De eso no sabía nada.

-Oh, no. Claro.

-El chef no tiene rival -la miró con atención, obligándola a aguantarle la mirada. El azul de sus ojos era profundamente oceánico, podía ahogarse en ellos-. Y el tipo que trabaja en la barra, Luigi, es un auténtico maestro. Sus combinados llevan un toque tan especial que a más de uno ha sorprendido con una resaca a la mañana siguiente.

-Gracias por la advertencia -repuso ella con sequedad. Estaba demasiado cerca. Los confines de aquel coche de lujo eran demasiado íntimos. Su vestido revelaba demasiado. Giró la cabeza para mirar por la ventana.

-Relájate, Cory.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila, lo cual aumentó su nerviosismo.

¿Que se relajara? Lo miró de nuevo a los ojos.

-No sé a qué se refiere. Estoy muy relajada.

-¿Ah, sí? Le miró los muslos y por primera vez ella se dio cuenta de que apretaba los puños con fuerza.

No sabía por qué estaba tan preocupada, pero el hecho de tener que hacer de anfitriona sólo era una parte.

-Su novia -dijo con voz rara-. ¿No se lo tomará a mal, verdad?

¿Novia? El ceño oscuro de él se frunció y después aclaró.

-Oh, ¿te refieres a Miranda? ¿La modelo? No, no le importará. Y por cierto, ella es amiga pero no novia. No sé si has entendido la diferencia.

La entendía. Y no estaba segura de si le hacía sentirse mejor o peor. Tal vez un poco de ambas cosas. Lo mismo le sucedía con la situación en su conjunto.

-Si se supone que somos pareja -volvió a cruzar sus ojos con los de él y él sonrió con inocencia-, por el bien de mis invitados, creo

que debería saber algo más sobre ti. ¿No crees? Tu trabajo, aficiones, cosas por el estilo.

Parecía razonable. Le habría parecido razonable en cualquier otra persona, pero él era Nick Morgan. Ella no lo conocía en absoluto y tal vez incluso fuera buena persona debajo de la soberbia, el atractivo y la riqueza. William también tenía todas esas cosas y ella le había dado el beneficio de la duda, pero había sido un error por su parte.

Consiguió sonreír un poco.

-Yo trabajo de asistente social, por lo general con familias con problemas. Mi jornada es muy larga, pero cuando no trabajo estoy comiendo, durmiendo o preparándome para hacer una de esas dos cosas. ¿Y bien?

Él no dijo nada. Sólo siguió observándola mientras el Mercedes se abría paso entre el tráfico habitual de los atardeceres. A pesar de que estaba molesta, Cory no pudo evitar ser la primera en retirar la mirada.

No entendía por qué no se resistía más a hablarle a aquel hombre de su vida privada, pero algo la impulsaba a mostrarse así. Lo cierto era que tenía muchas amigas con las que hablaba, y aunque siempre trabajaba muchas horas y no tenía mucho tiempo para ver a nadie, no solía actuar así.

El tardó un minuto o dos en volver a hablar y su voz sonó seca.

-¿No tiene tiempo para divertirse?

-No, no mucho.

-Lástima.

-Creo que no -ahora estaba enfadada de verdad, no por lo que había dicho, sino por el tono de su voz. Pero era culpa de ella que él le tuviera lástima-. Me encanta mi trabajo.

-A mí también me gusta el mío, pero tengo una vida personal además.

-¿Como esta noche? -preguntó ella con sarcasmo.

-Debo admitir que esta noche he combinado el trabajo con el placer.

Él no había caído en la trampa y Cory se sintió un poco avergonzada. Su comportamiento era reprobable y no entendía por qué lo hacía.

De repente, él cerró el separador de cristal entre el conductor y ellos, se inclinó hacia ella y le dijo con suavidad:

-¿Siempre es así de ñoña o soy yo? ¿He hecho algo que te haya ofendido, Cory?

-Supongo que estoy un poco nerviosa -consiguió decir al fin-. Por

tener que conocer a sus invitados y todo lo demás -hizo un gesto con la mano. Sin embargo, no era por la gente, sino sólo por una persona, y esa persona estaba sentada a su lado. -Ninguno puede compararse contigo. Su cara debía revelar sus pensamientos, porque él sonrió.

-Tienes una cara muy expresiva -dijo. Su sonrisa se hizo más amplia-. Creía que eso sería un impedimento en el tipo de trabajo que desempeñas. Ella frunció el ceño.

-Puedo poner cara de póquer cuando quiero -explicó. Pero, por lo visto, aquella cualidad no funcionaba con Nick Morgan. Aunque no iba a darle la satisfacción de reconocerlo.

Él se acomodó otra vez en el asiento y Cory suspiró aliviada cuando la distancia entre ellos se alargó.

-¿Entonces la razón de que estés soltera es que estás obsesionada con tu trabajo? -preguntó él con suavidad después de una breve pausa. Ella no contestó directamente.

-Yo no estoy obsesionada con mi trabajo... Él volvió a interrumpirla y de nuevo hizo un gesto sonriente con la boca.

-¿Entonces qué otra explicación hay cuando una mujer come, duerme y vive para su trabajo? -musitó-. Una carrera... -Cory no recordaba la última vez que se había enfadado tanto con alguien-. Una carrera no excluye tener amigos.

-Yo tengo amigos.

-O tener citas -continuó él, sin hacer caso de su interrupción.

-Escuche, señor Morgan...

-Nick -dijo en tono afable-. Llámame Nick o mis invitados pensarán que te he contratado sólo para esta noche.

En cierto modo era así. Pero Cory dejó a un lado ese hecho y se concentró en su línea principal de ataque.

-Lo siento, pero no entiendo por qué mi estilo de vida puede importarle -comentó con sequedad-. Usted me pidió que sustituyera a su novia.

-Ella no es mi novia. Creía que ya habíamos aclarado eso.

-Lo que tú digas -repuso Cory con aire indiferente-. De cualquier modo, tú me pediste que la sustituyera y lo he hecho. No creo que me merezca un interrogatorio por eso.

-¿Crees que puedes definir una conversación amable como un interrogatorio? -preguntó Nick con aire de inocencia y reproche.

Cory se tragó las palabras que iba a decir. Todavía les quedaba el resto de la velada por delante para estar juntos; además, no quería entrar en su juego. Respiró profundamente, contó hasta diez y sonrió con dulzura.

-¡Cómo puede variar la definición de amabilidad de una persona a otra!, ¿no le parece? Todo depende de la educación, la historia personal y lo bondadosa que pueda ser la persona -dijo con suavidad.

El captó exactamente lo que quería decir. Sus ojos azules sostuvieron la mirada de terciopelo marrón unos instantes y después, para sorpresa de ella, se echó hacia atrás y soltó una carcajada.

-Eres una mujer formidable, Cory James. Tengo que reconocer que no sabía cómo una mujer tan esbelta y joven como usted podía soportar a viejos cascarrabias o a otros que griten por sus derechos. Ahora lo sé.

Cory frunció el ceño.

-¿Suele clasificar a las personas tan rápidamente? -dijo cortante-. La mayor parte de mis familias son personas estupendas que luchan por subsistir después de una vida durísima. Se merecen toda la ayuda y apoyo que pueda ofrecerles. Es la gente como usted... -se detuvo en seco. La velada terminaría de golpe si le decía lo que ella pensaba de las personas como él, y después de que su tía pagara una fortuna por el vestido y sus dos horas de preparación, creía que se merecía al menos ver el interior del Templegate.

Hubo un silencio en el coche. Después Nick dijo:

-¿No te caigo bien, verdad? -parecía una afirmación, no una pregunta.

Cory decidió no contestar. El silencio hablaba por ella.

-Me pregunto por qué será -musitó él con buen humor.

Cory lo miró y se dijo que quizá no era tan malo. Después de todo, como había dicho su tía, él se había mostrado muy razonable después del incidente con Rufus, así que intentó buscar una evasiva...

-No te conozco, ¿cómo sé si me puedes caer bien o no?

-Si hubieras dicho eso con un poquito de dulzura, hasta habría intentado convencerme de que hablabas en serio -contestó él secamente-. ¿Vas a continuar en este estado de hostilidad toda la noche? Porque creo que puede provocarles una indigestión a mis invitados.

Cory lo miró.

-Te prometí que te acompañaría y te garantizo que seré cordial con todos tus invitados.

-Eso no lo dudo. Pero creo que pueden sentirse tensos si no pierdes ocasión de atacar a su anfitrión.

La broma que ocultaba detrás de su tono grave le dio ganas de

golpearlo. En lugar de eso, se controló y contestó:

-De eso no hay ninguna duda. Jamás haría algo que pudiera hacerles sentir vergüenza ajena.

-¿Entonces puedo contar con que darás la impresión de que somos la pareja perfecta?

-Totalmente -repuso ella con un toque de sarcasmo.

-¿El amor de los jóvenes no tiene rival? -dijo él con pereza.

El modo en que fruncía el ceño y su rechazo a seguir enfrentándose al mal humor de ella hicieron sonreír a Cory. Aquel hombre era imposible.

-Eso está mejor -sonrió él. Y la sonrisa transformó de tal modo aquella cara bella y despiadada que a ella le latió con fuerza el corazón-. Ahora te pondré al corriente de quién es quién. ¿Vale? Son personas bastante agradables por lo general pero hay uno o dos que están un poco molestos por la compra de la empresa. Es comprensible, pero no es bueno para las condiciones de trabajo. Pero todo será distinto a partir de esta noche.

Cory movió la cabeza. Su tono de repente adquirió un aire de negocios y eso la ayudó a pisar tierra.

Cuando el Mercedes llegó al edificio de cristal y cromo del Templegate, Cory ya había asimilado toda la información que Nick le había proporcionado. Sabía que cinco parejas estaban casadas, incluyendo la del gran jefe, Martin Verdón, y que Martin y su esposa habían sido abuelos recientemente.

-Un buen tema de conversación -dijo Nick con sangre fría-. A la gente le encanta hablar de sus nietos.

Las cuatro parejas restantes eran personas que trabajaban en la empresa y salían juntas y un tal David Blackwell, que acudía con una cita nueva.

El chofer abrió la puerta trasera, pero fue Nick quien la ayudó a salir del vehículo.

-Ven a recogernos a las tres -pidió al conductor-. A menos que te llame antes -la tomó del brazo y la acompañó hasta el edificio.

« ¿A las tres?». Iba a ser una noche larguísima. Después de eso, Cory dejó de pensar en otra cosa que no fuera el ambiente que la rodeaba. Aquel lugar era tan lujoso como se había imaginado, y enorme. Cuando Nick la acompañaba hasta el bar de cócteles, que empezaba a llenarse, logró ver a tres celebridades, y eso sin esforzarse mucho.

-Si no estás segura, ¿por qué no tomas un cóctel de champán? -sugirió Nick-. He pedido una botella de champán para todos.

-Estupendo -sonrió ella alegremente.

Cuando Nick se acercó a la gigantesca barra circular que ocupaba casi tres cuartos de la sala. Los camareros estaban ocupados haciendo cócteles con gran destreza.

Nick regresó y ella aceptó el cóctel de champán con una sonrisa agradecida y la levantó para brindar.

-Por una noche de éxito.

-Por una noche de éxito y por mi bella acompañante.

Cory sonrió de nuevo antes de beber. Estaba buenísimo. Comprendió entonces por qué los cócteles eran las bebidas favoritas de las estrellas de la gran pantalla de los años cuarenta; pensó que tipificaban maravillosamente aquella época de belleza y elegancia.

-Esto es muy civilizado.

Podía ser un comentario neutral y agradable, pero ella captó en su malévola mirada que se mofaba de su reciente hostilidad en el coche. Decidió ignorarlo y no tomárselo en lo serio.

-Es cierto -asintió con ligereza-. Y este lugar es muy particular. Un plato de cine.

-El dueño siempre sintió añoranza por la decadente elegancia de la era de Fred Astaire y Ginger Rogers. Quería impresionar a los ricos y famosos, y lo ha conseguido. Aquí hay más modelos, estrellas de cine y futbolistas por metro cuadrado que en cualquier otra parte del mundo.

Algo en su tono profundo de voz sugería que no lo aprobaba del todo. Cory lo miró con curiosidad.

-Tú también estás aquí -señaló-. Eso significa que disfrutas con todo esto.

-¿Debería? -dijo lacónico. Ella no le quitaba el ojo de encima-. Me resulta divertido pasarme por aquí de cuando en cuando -continuó-. Y es sin ninguna duda un lugar útil para el evento de esta noche.

-Pero, ¿a ti no te gusta? -insistió ella.

-Yo no he dicho eso -sus ojos azules la observaron con cierto sentimiento de culpabilidad-. Es sólo que he descubierto que la riqueza y la fama no siempre son sinónimos de buena educación y comportamiento aceptable. El deseo de ser adorado y de ser una celebridad puede convertirse en una obsesión fea. Alex ganó una fortuna con Templegate y sabe cómo atraer a las últimas celebridades, sabe soportar cualquier tipo de rabieta y hasta el plumaje más rudo. Yo no sabría hacer eso. Ella no lo dudó ni un instante.

-¿Alex? -preguntó con interés-. ¿Conoces al dueño?

-Fuimos juntos a la universidad -hizo una pausa, y después de terminarse el cóctel de un solo trago, dijo-: ¿Te apetece otro?

-Estoy bien -ella apenas había probado su copa.

Esta vez él levantó la mano y un camarero apareció a su lado. Después de pedir, Nick señaló a un político conocidísimo que acababa de entrar en el bar con una mujer asombrosa que podía ser su hija, por no decir su nieta, y siguió conversando sobre otras caras bien conocidas que había visto en Templegate. Poco tiempo después Cory se dio cuenta de que había cambiado de tema con mucha destreza.

Cuando llegaron los otros invitados, el ambiente fue un poco tenso al principio, pero sus miedos de que los invitados de Nick fueran muy estirados no se confirmaron. Con la excepción tal vez de David Blackwell, el hombre que había ido a la cena con su nueva cita, una rubia alta que sonreía mucho pero hablaba poco. Cory no tardó en sentirse cómoda entre ellos.

Después de los cócteles, fueron guiados hasta la mesa que habían reservado en la parte central de la discoteca y a Cory no le sorprendió que estuviera justo al lado de la pista de baile. La comida era excelente, el espectáculo los entretuvo mientras cenaron, y con su vestido nuevo y carísimo, Cory se sentía tan bien como cualquier otra mujer que llevara ropa de diseño.

La forma circular de la mesa propició una conversación en la que podían participar todos, y pronto se dio cuenta de que Nick se había propuesto ser encantador y divertido. La divirtió observar cómo se los ganaba a todos mientras tomaba el pudín cremoso de naranja que sabía a gloria, aunque ya se arrepentía de haberlo pedido. No se había resistido porque, aunque no tenía hambre, aquel postre tan delicioso parecía estar hecho del mismo material que los sueños.

Cory notó algo en David Blackwell cuando terminó el espectáculo y llevaron el café a la mesa. Todo el mundo se reía de lo que había dicho Nick, ayudados, claro está, por todo el champán que se había consumido, y David, que acababa de volver del guardarropa de los caballeros, estaba a dos metros de ella cuando se le ocurrió mirarlo. La expresión agria de su rostro la sorprendió, aunque cuando se percató de que ella lo miraba, sonrió rápidamente.

Cory se preguntó a qué vendría aquello y le devolvió la sonrisa antes de girarse hacia Martin, el hombre mayor que se sentaba a su lado y acababa de hacerle un comentario. ¿Por qué sentía tanto resentimiento por Nick? Apartó aquel pensamiento porque no era

de su incumbencia y no tenía por qué importarle. Después de aquella noche no volvería a verlos nunca más, incluyendo a Nick, y no tenía sentido que se preocupara por cualquier problema que pudiera haber entre Nick y David. Había ido allí a cumplir con una obligación, y nada más.

Nick pareció adivinarle el pensamiento, porque extendió el brazo y cubrió con su mano la de ella, que tenía posada al lado de la copa.

-¿Te diviertes? -su mirada suave se cruzó con la de ella-. Independientemente de la razón por la que hayas venido.

Su mano era caliente y dura, y todas las terminaciones nerviosas de ella reaccionaron ante el contacto. «Esto es ridículo», se dijo a sí misma. Era ridículo reaccionar así ante ese hombre que ni siquiera conocía y que no tenía el menor deseo de conocer.

-Sí, gracias -respondió con amabilidad, pero apartó la mano con la excusa de limpiarse las comisuras de los labios con la servilleta.

-Me alegro -si él notó su rechazó no quiso darle importancia-. Vamos a bailar.

-¿Qué?

Antes de que tuviera ocasión de negarse, él ya la tenía en pie, y decía a los demás con su sonrisa encantadora:

-La noche es joven. Disfrutémosla.

Cuando Cory quiso darse cuenta, estaba en sus brazos en la pista de baile. Sólo había unas pocas parejas aprovechándose de la música lenta de jazz que sonaba, pero no fue aquello lo que hizo que todos sus músculos se tensaran. El cuerpo de él era duro y fuerte, y se mantenía pegado a ella, lo cual enfatizaba su tamaño y la hacía sentirse frágil y femenina. Era un sentimiento agradable. Y ella no quería tener sentimientos agradables hacia Nick Morgan. Tampoco quería reconocer que la fragancia sensual de su loción le hacía perder el equilibrio.

Levantó la cabeza, decidida a decir algo que pudiera romper ese encantamiento íntimo que se había tejido a su alrededor. Los ojos de él esperaban su mirada, ese azul radiante de sus ojos, que la obligó a ahogar sus palabras dentro de su garganta, mientras el cuerpo de él traicionaba la excitación que le provocaba su proximidad.

-Eres una mujer muy bella y sexy, Cory James -susurró.

Ella sintió que toda su piel lo celebraba con emoción. Era un aviso y ella lo sabía. William también le había dicho todo lo que ella necesitaba oír y antes de que se diera cuenta se había enamorado locamente. No estaba dispuesta a que eso volviera a

ocurrir.

-Es el vestido -dijo con cuidado y deliberadamente, y buscando un tono aburrido continúo-: No yo.

-No es el vestido -dijo él con suavidad, y con una mirada oscura e intensa-. Aunque es arrollador.

-El vestido es un regalo -dijo-. Yo no tenía nada lo bastante bueno para esta ocasión -de repente sintió una necesidad apremiante de hacerle entender que eran de mundos completamente distintos.

-¿De quién?

-¿Qué? -lo volvió a mirar.

-¿Quién te ha hecho el regalo? -preguntó él en voz baja, con una mirada que Cory no consiguió descifrar.

-Oh. Mi tía Joan.

Cambiaron el tipo de música y de repente la pista se empezó a llenar. Cory se dio cuenta de que eran los únicos que aún bailaban pegados, pero cuando intentó desenredarse de sus brazos él los tensó.

-Tu tía Joan -su gesto se relajó-. ¿Entonces no ha sido un admirador?

-¿Un admirador? -ella lo miró sorprendida e intentó sacarle ventaja en el juego-. Por supuesto que no. Yo jamás aceptaría un regalo así de un hombre.

-Las hay que sí -comentó él con sequedad.

-Eso no va conmigo -repuso ella mirándolo fijamente.

-Me alegro mucho de oír eso.

¡Se estaba riendo de ella! No descaradamente, pero ella captó regocijo en su tono de voz y vio que intentaba reprimir la risa apretando la mandíbula.

-Esta pieza podemos bailarla separados -dijo con frialdad.

-Puede que no quiera soltarte.

-La gente nos está mirando.

-Que nos miren.

Bajó la cabeza y le rozó la boca con los labios.

-Ahora tienen algo de qué hablar -dijo con calma.

A Cory, durante un instante, todo le dio vueltas. La suavidad con que la había tocado no podía definirse como beso pero ella sintió el contacto hasta los pies.

Pestañeó.

-Por favor, no vuelvas a hacerlo -dijo con firmeza pero perdiendo el aliento-. Esto no entraba en el trato.

-Si no recuerdo mal, no discutimos los pormenores.

Cory ignoró la pequeña llama que intentaba prender en su interior y frunció el ceño.

-A lo mejor porque pensé que no sería necesario, y que tú eras un caballero.

Él sonrió sin ninguna vergüenza.

-Pues te equivocaste -dijo alegremente. Ella tenía que haberse enfurecido por su arrogancia pero en lugar de eso intentó no sonreír. Aunque no podía permitir que él lo sospechara.

-¿Quieres que te lo explique?

-Adelante -dijo él amablemente y con una sonrisa en los ojos.

-Accedí a venir aquí esta noche para compensarte por lo de Rufus, pero si tengo que fingir que soy tu...

-¿Novia? -dijo él, ayudándola a terminar la frase.

-Acompañante -le corrigió con seriedad-. Eso sólo requiere un contacto físico elemental. El parecía divertirse.

-¿Podrías definir elemental? -preguntó desinteresadamente mientras comenzaba a acariciarla como si no quisiera la cosa por un hueco entre dos transparencias del vestido.

Cory respiró profundamente.

-En el contexto en el que lo he dicho yo, elemental quiere decir sencillo. Su piel se derretía.

-De forma rudimentaria -añadió desesperada. Él inclinó la cabeza como si pensara en lo que ella acababa de decir.

-Lo siento. No estoy de acuerdo contigo. Sus ojos recorrieron la cara sonrojada de ella. -Si lo deseas, considéralo como el interés sobre la deuda, pero esta noche eres mi acompañante y no soy del tipo de hombre que se conforma con un contacto físico elemental.

Justo cuando la música finalizó Cory notó que David y su acompañante rubia estaban muy cerca y que él los miraba con avidez. Eso bastó para romper el encantamiento de la cercanía de Nick, lo cual le permitió separarse de él.

-Me gustaría sentarme ahora, por favor.

-Por supuesto.

La tomó de la mano y se abrió paso entre las parejas en la pista de baile. Cuando llegaron a la mesa sacó una de las sillas para que ella se sentara.

¿Los había estado escuchando David Blackwell? Cory intentó recordar exactamente lo que habían dicho mientras bebía más champán, pero le resultaba difícil con la música y el murmullo que había a su alrededor. Con la excusa de ir al guardarropa de señoras, se levantó de la mesa y sintió la mirada de Nick clavada en ella mientras se alejaba.

Mientras recordaba todo lo que habían dicho en la pista de baile, tuvo que esforzarse para no gemir en voz alta. Cualquiera que no conociera los hechos, podría haber deducido que trabajaba para un servicio de acompañamiento.

Metió el pintalabios en el bolso mientras seguía dándole vueltas a la cabeza. Entonces recordó lo que ya sabía, que no volvería a ver a aquellas personas y que no le importaba lo que pudieran pensar de ella. Sin embargo, no le gustaba que Blackwell tuviera un concepto equivocado de ella, sólo eso. No lo conocía pero la ponía nerviosa.

Salió del guardarropa, sólo había dado unos pasos cuando David la agarró de la muñeca. Apareció por detrás de ella y la asustó.

-Por favor, suélteme —le dijo.

-Lo siento.

Él sonreía, pero ella se dio cuenta de que no la miraba a los ojos.

-Sólo quería hablar con usted a solas. Nada más.

- ¿No podía esperar a que estuviéramos sentados a la mesa?

-Quería hablar con usted en privado -dijo él en voz baja.

A Cory no le gustó su tono de conspirador.

-No lo conozco -dijo-. ¿Qué podríamos hablar usted y yo en privado?

-Le voy a ser totalmente sincero.

Se había acercado demasiado y el olor fuerte de su loción le provocó náuseas. La fragancia era dulce, pero enfermiza, tal vez como el hombre que la llevaba.

-No pude evitar escuchar lo que Nick y usted hablaban en la pista y he entendido que usted no es su verdadera novia.

Cory miró aquella cara de rata. Si lo que intentaba era insinuarse, le esperaba una gran y dura sorpresa.

Como Cory no lo confirmó ni lo negó él continuó:

-La cuestión es que creo que ya sabrá que Nick acaba de hacerse con el control completo de la empresa. Al principio no les gustó a muchos, pero todos se han callado, seguramente hayan sido comprados -admitió con amargura.

Cory se preguntó adonde querría ir a parar.

-Esto no tiene nada que ver conmigo.

-Eso lo sé, pero... -él hizo una pausa-. Escuche. Está claro que a él le gusta y que a usted no le interesa él. Aunque la mayoría de las mujeres se rinden a sus pies.

Una vez más su tono de voz denotaba un gran resentimiento.

-Y yo la recompensaría muy bien si averiguara algunas cosas para mí.

-¿Qué? -lo miró completamente perpleja.

-Si le siguiera el juego, seguro que le confiaría cosas. Ya me entiende, en la cama. Podría preguntarle sobre el control de la empresa, si pagó por debajo de su valor para conseguir la cooperación de Martin, cosas por el estilo. Creo que soy el único al que no han intentado sobornar y no es justo.

¿El quería un soborno? Si hubiera dicho una palabra más le habría cruzado la cara. ¿Y qué era eso de hablar en la cama? ¿Cómo se atrevía?

-Si desea saber algo sobre los negocios del señor Morgan con sus socios le sugiero que se lo pregunte usted mismo -le contestó Cory con frialdad-. ¿Le ha quedado claro?

Él cerró un poco los ojos ante su tono de voz, pero cambió de táctica para intentar convencerla.

-No serviría de nada que me enfrentara a él. Su debilidad son las mujeres. Usted podría sonsacarle muchas más cosas tratándole con amabilidad que yo en meses. No debe preocuparse, él jamás sospecharía nada. Está acostumbrado a que las mujeres se entreguen a él.

-¿En serio?

Si hubiera estado en cualquier otro lugar, Cory le habría dado un puñetazo en la mandíbula.

-¿Y me pregunto por qué será? ¿Será porque él es un hombre de verdad y no un llorica? Le ha pedido a la mujer equivocada que le haga sus trabajos sucios, señor Blackwell, y en cuanto vuelva al salón, le contaré al señor Morgan su proposición. ¿Le ha quedado claro?

-No será necesario.

La voz profunda que sonó detrás de ellos los sobresaltó, y Cory se encontró buscando el equilibrio sobre los tacones de aguja durante un instante. Igual que David, se giró demasiado deprisa y sin cuidado. Cuando se sobrepuso, vio a un Nick muy distinto al que había conocido. El nuevo era aterrador.

-Nick -se oyó la voz servicial de David-. No es lo que piensas.

-Ahórratelo.

Sus ojos azules podrían haber cortado el granito.

-No es el lugar ni el momento. Lo discutiremos el lunes por la mañana en mi despacho. A las ocho en punto.

-Pero déjame explicártelo.

-Ahora no tienes tiempo, tienes que irte.

Nick hizo un gesto a uno de los empleados.

-¿Sería tan amable de comunicarle a la señorita Millar en la

mesa doce que el señor Blackwell la está esperando?

Cuando el hombre se marchó, David volvió a intentarlo y Cory sintió ganas de decirle que no serviría de nada.

Nick despachó las excusas serviciales de David con una sola frase.

-Si te marchas ahora me comportaré de un modo civilizado -dijo con seriedad-. Pero no tientes a la suerte, David. Esta noche no. Ah, Fiona...

Cuando la rubia apareció con cara de sorpresa, Nick le hizo un gesto a David y dijo:

-Me temo que David se siente indispuesto, pero seguro que la acompaña a su casa. Buenas noches.

Nick tomó a Cory por el brazo y le susurró:

-¿Necesitas unos minutos para recuperarte antes de reunirte con los demás?

A ella le daba vueltas la cabeza y no sabía si andaba o montaba a caballo. Asintió con la cabeza y a continuación se encontró sentada en la barra, donde apenas había gente.

Se acomodó en el taburete y dijo con preocupación:

-¿Qué vas a hacer con él?

-No te preocupes por David Blackwell. Los de su clase siempre salen adelante. ¿Te apetece otro cóctel? -le preguntó cuando se acercó el camarero.

-¿Puedo tomar un café? -se sentía un poco mareada.

-Que sean dos, por favor.

Pareció que el camarero iba a protestar pero, después de ver la cara de Nick, dijo:

-Marchando dos cafés, señor -y desapareció.

-Para tu información, no he sobornado a nadie -Nick la miró directamente a los ojos-. Es cierto que Martin no quería entregarme las riendas pero llegamos a un acuerdo y los dos estamos contentos. Lamentablemente es demasiado blando y lleva mucho tiempo durmiendo en los laureles, igual que David Blackwell, así que habrá cambios. Seguro que David se lo huele y se siente amenazado.

-Creo que se siente mucho más amenazado ahora.

-Y con razón.

Cory respiró hondo, pero la expresión de la cara de él cambió casi enseguida y su voz se suavizó:

-Gracias por apoyarme antes. No supo qué decir. Hizo un gesto incómodo con los hombros. Si había oído la parte de los sobornos era que los había escuchado más tiempo de lo que a ella le habría gustado.

Al igual que antes, pareció leerle el pensamiento. Volvió a cambiar el tono de voz y murmuró con amabilidad:

-Me ha gustado cuando le has dicho que era un hombre de verdad.

-Un caballero jamás admitiría haberlo oído -le contestó ella, que sabía que se había ruborizado.

La sonrisa de él volvió a encender su llama interior, y esa vez ardió con más fuerza.

Cory se alegró cuando un instante después les sirvieron los cafés.

Capítulo 3

A pesar del incidente desagradable con David Blackwell, Cory descubrió que disfrutó del resto de la velada. Cuando regresaron a la mesa, Nick excusó a David diciendo que se encontraba mal y había tenido que marcharse temprano.

Todos se quedaron hasta las tres de la madrugada y reconocieron que había sido una noche inolvidable. Cory estuvo de acuerdo, ya que se pasó la mitad de la noche en brazos de Nick en la pista de baile.

Abandonó temporalmente la idea de marcharse sola a casa en taxi. Por alguna razón el incidente con David los había unido. Todos se despidieron con abrazos y estrechamientos de manos, pero no podía quitarse de la cabeza que Nick quizá esperara algo más que un beso de buenas noches. Esa posibilidad la asustaba tanto como la emocionaba. No podía iniciar una relación con Nick, todos los nervios y fibras de su cuerpo le suplicaban que no lo hiciera. Él estaba fuera de su alcance en todos los aspectos.

De todos modos no querría volver a verla. Todos los hombres del mundo eran capaces de meterse en la cama con las mujeres sin que significara nada para ellos, y por lo que había dicho David, a Nick jamás le había faltado la compañía de mujeres.

Pero se estaba precipitando. El no había insinuado en ningún momento una aventura en la cama. No se había insinuado de ningún modo.

-¿Te apetece tomar la última copa en mi casa? -le preguntó.

-No -dijo ella enseguida, y a continuación suavizó su respuesta con una sonrisa-. Estoy agotada, ha sido un día muy largo.

Él asintió, y subió con ella al coche. Bajó el cristal que los separaba del conductor.

-George, llévenos a casa de la señorita James, por favor -dijo en voz baja antes de bajar un estor para que tuvieran más intimidad.

Cory estaba nerviosa. Mucho más de lo que había estado jamás en su vida; buscó algo, cualquier cosa, que pudiera distraerlo. De repente se sorprendió diciendo:

-Me preguntaba si veríamos a su amigo Alex, pero no apareció.

-Está en los Estados Unidos.

-¿En serio?

Notó el muslo duro de él contra el suyo.

-¿De vacaciones o por negocios?

-De vacaciones.

-¿En qué estado? Dijo nerviosa. América es un país enorme, ¿no?

Y tan fascinante. Creo…

Nunca llegó a decirle lo que pensaba porque él la besó. La besó de verdad. Y fue todo lo que ella pudiera haber imaginado. Fue un beso ardiente, y por encima de todo, alucinante.

Ella se dio cuenta de que tenía una experiencia sobrecogedora, era el tipo de hombre capaz de descifrar las debilidades de una mujer y utilizarlas en beneficio propio para seducirla. Su mente la avisó del peligro, pero eso no servía de nada mientras la boca de él hacía su magia y sus brazos la estrechaban contra la dureza de su cuerpo.

Exploró toda su boca casi de forma lúdica, hasta que el corazón le latía salvajemente contra el pecho de él y ella ya lo besaba rendida.

Ella se entregó incondicionalmente al beso, consciente del peligro de ceder ante aquel hombre pero sin poder evitarlo. ¡Besaba tan bien! jamás en su vida había experimentado un beso igual. Descubrió que la mayoría de los hombres besaban como ejercicio preliminar, pero Nick parecía no tener prisa, disfrutaba besando su boca tanto como ella disfrutaba de la de él.

Sus manos se deslizaron hasta el pelo de ella, que en cuestión de un minuto le caía suavemente sobre los hombros con su fragancia a champú de manzana. Los dedos de él jugaron con los mechones antes de echarle la cabeza hacia atrás para acceder a la piel sensible de su garganta.

Cory gimió suavemente, y deslizó sus manos debajo de la camisa de él para apretujar aquel pecho poderoso. El dulce olor de la loción, aunque salvaje y peligroso, despertó sus sentidos con su aroma esquivo.

Oyó que él susurraba su nombre justo antes de volver a besarla en los labios. ¡Qué voz más varonil! Ella sabía lo que él quería porque también ella lo deseaba, y parecía no importarle dónde estaban ni lo que hiciera el resto del mundo.

Aquel pensamiento le hizo recuperar la sensatez. Estaba reviviendo la misma experiencia que había vivido con William Patterson. Aquel hombre también tenía carisma y algo extra que hacía que las mujeres se rindieran ante él. Él también la había perseguido utilizando su riqueza y su magnetismo hasta que ella fue incapaz de distinguir lo negro de lo blanco. Ella se mostró cautelosa al principio. ¿Por qué querría un hombre como William, quince años más viejo que ella, rico y triunfador, salir con alguien que acababa de terminar la carrera? Hizo bien siendo cautelosa. Y si hubiera seguido siéndolo… Dejó de besar a Nick e

inconscientemente se tensó mientras la invadían los recuerdos. En ese instante se dio cuenta de que él se había percatado de su arrepentimiento.

-¿Qué ocurre? -preguntó en voz baja, pero sin mostrarse molesto ni irritado como ella esperaba.

-No suelo hacer esto en la primera cita.

Aunque habían dicho que no era una cita. Y eso empeoraba aún más la situación.

-¿No sueles besar?

Cory tragó saliva y dijo:

-No de esta manera.

-¿De esta manera?

-En la parte trasera de un coche. Un beso de buenas noches es una cosa pero esto es algo más...

-¿íntimo? -volvió a terminar la frase por ella.

-Sí.

-Pero ha sido agradable.

Ahora había algo cálido en su voz y Cory se alegró de que la oscuridad ocultara el rubor de sus mejillas. Hubo una pausa y después él dijo:

-Está bien. Se acabaron los besos hasta que lleguemos a la puerta de tu casa.

Antes de que ella pudiera resistirse, él la rodeó con su brazo la acercó hacia sí y le apoyó la cabeza en su hombro.

-Relájate -dijo con suavidad—. Cierra los ojos y piensa que estás delante de tu puerta.

-Nick.

-No hablemos más. A menos que quieras que recuerde que no soy un caballero.

Pareció un paseo eterno hasta que el Mercedes se paró delante de su piso. Cory supo entonces lo que debían sentir los flanes.

Con el poco instinto de supervivencia que le quedaba, consiguió simular que tenía sueño mientras levantaba la cabeza del hombro de él.

-¿Ya hemos llegado? -murmuró. Fingió un bostezo-. Me he quedado dormida.

Él no quiso descubrir su mentira. Salió del coche y la ayudó a salir con una mueca.

El aire de la noche no era frío. De hecho, el ambiente era húmedo en la calle poco iluminada que pronosticaba otro día caluroso de junio. Cory tembló cuando él la agarró por los dedos. Cuando llegaron a la acera ella intentó soltarse pero Nick no lo

permitió.

En lugar de eso la llevó delante del portal. Y con toda normalidad dijo:

-Vamos a entrar.

-No tienes que subir -contestó apresurada-. Muchas gracias por una noche encantadora y...

-Y por acompañarte hasta tu puerta.

Lo dijo en un tono que no admitía una negativa.

-Jamás me lo perdonaría si te atacara un loco con un hacha -dijo seriamente.

Ella se fiaba de su seriedad tan poco como de él.

-No creo que eso ocurra.

-¿No? Deberías ver las noticias y leer los periódicos más a menudo. Violaciones, pillajes, caos y destrucción por todo el mundo -comentó él alegremente-. ¿Quieres que te abra la puerta?

-Creo que puedo hacerlo sola, gracias.

Justo después de decir eso las llaves se enredaron en el bolso de alguna forma y tardó varios instantes en sacarlas, para deleite de él.

Una vez dentro del vestíbulo, Cory susurró:

-No hagas ruido. Los vecinos que viven en esta planta tienen un perro que ladra en cuanto escucha el menor ruido.

-Maravilloso -dijo Nick sarcástico.

-En realidad hace que todos nos sintamos muy seguros.

-¿No habéis oído hablar nunca de las alarmas?

Un gruñido desde el otro lado del pasillo obligó a Cory a detener la conversación. Se quitó las sandalias para subir por las escaleras. Cuando se enderezó, él susurró:

-Acabas de perder diez centímetros de altura. ¿Tan alto es ese tacón?

Ella no pudo evitar una risita.

-Espera a ver mi pata de madera y mi ojo de cristal.

-Me muero de ganas.

Cory dejó de divertirse en cuanto llegaron a su planta. ¿Esperaba él que lo invitara a pasar a tomar algo? ¿O a algo más? Sin embargo, ella se lo había dejado claro en el coche. O al menos eso esperaba. Pero si él volvía a besarla...

-Gracias por una velada maravillosa -empezó a decirle.

-Eso ya lo has dicho. Buenas noches, Cory.

¿Buenas noches? Ella se lo quedó mirando, totalmente sorprendida pero contestó deprisa:

-Buenas noches. Lo dije en serio, ha sido una noche maravillosa.

El sonrió, sus ojos brillaban bajo la luz del pasillo.

-Me lo imaginaba. Te creo.

El extendió su mano y acarició la piel sedosa de su mejilla.

Cory jamás se había percatado de que hubiera tantas terminaciones nerviosas en un solo sitio. ¿Debía pedirle que entrara y atenerse a las consecuencias? La tentación era tan fuerte que le costaba resistirse. Pero él ya se había girado y se dirigía hacia las escaleras.

-Dulces sueños -dijo.

No iba a quedar con ella otra vez. Eso era lo que ella se esperaba, ¿no? Y si lo hubiera hecho, ella ya había decidido decirle que no de todos modos.

-¿Te apetece comer conmigo mañana?

Su corazón dio un salto olímpico. Había llegado el momento de la verdad. «Acuérdate de William». Ella no quería acordarse de William, quería decir que sí. Y por esa razón tenía que decir que no.

-¿Comer? -dijo sin fuerzas.

-Ya sabes, ¿esa comida que se hace entre el desayuno y la cena?

Era más fácil cuando él era irónico.

-Creo que no, gracias.

-¿Por qué no? -él se apoyó en la barandilla, las sombras resaltaron todos los planos y ángulos de su cara.

-Porque... -no sabía qué contestar. Podía mentirle y decir que tenía otra cita. Pero él propondría otro día.

-Porque no quiero salir con nadie en este momento.

-Es por el trabajo -él meneó la cabeza-. No creo que sea una buena razón después de casi fracturarme la espina dorsal.

-Ya te he recompensado por eso -le contestó indignada. Y, de todos modos, Rufus no es mi perro.

-Tú eras responsable de él -sonrió Nick-. ¿Quieres ver los moratones?

-La verdad es que no.

Intentaba conquistarla de nuevo con su encanto personal y era casi letal. Menos mal que William la había hecho inmune a esos ardides.

-Hay mujeres que se morirían por tener ese privilegio.

-No lo dudo.

Estaba decidida a no sonreír.

-Vendré a buscarte a mediodía. Hay un pub pequeñito pero estupendo donde hacen un rosbif que se derrite en la boca y el pudin de Yorkshire es delicioso.

-Ya te lo he dicho. No quiero salir con nadie -replicó ella con severidad.

-Y yo te he dicho que no será una cita. Todavía estás en deuda conmigo. No me gusta comer solo los domingos -se enderezó-. ¿Estás de acuerdo? -y empezó a bajar por las escaleras.

No estaba de acuerdo. Desde luego que no, pero era como hablar con una pared. Lo siguió hasta las escaleras y le contestó a su espalda:

-Nick, no voy a comer contigo mañana.

-A las doce en punto -se giró lo suficiente para que ella pudiera ver el blanco de sus dientes en la oscuridad-. Y no aceptaré un no por respuesta. Cory, así que acepta de buena gana.

-¡Nick!

Había llegado al vestíbulo y en voz baja pero con reproche susurró:

-Silencio. No olvides al perro. Ella murmuró una grosería sobre el perro pero él salía ya por la puerta.

Después de ducharse, quitarse el maquillaje y a pesar de ser de madrugada, Cory descubrió que se había desvelado. Repasaba los hechos de la noche en su mente como si de una película se tratara y no tenía ninguna intención de dormirse. Estuvo dando vueltas en la cama hasta que se levantó y entró a oscuras en la cocina.

Después de tomarse un vaso de leche caliente y medio paquete de galletas digestivas de chocolate, empezó a darle vueltas al modo en que su vida había dado un giro tan inesperado como radical en tan sólo veinticuatro horas.

Aquel hombre era una apisonadora. Le estaría bien empleado que ella no estuviera al día siguiente cuando fuera a buscarla.

Pero no iba a hacerle eso.

Era una locura. Tener una relación con un hombre como Nick Morgan, por breve que fuera, le causaría problemas. Sin desearlo, los recuerdos de William volvieron a invadirla y por una vez se sintió demasiado cansada para detenerlos.

Cuando ella lo conoció, hacía seis meses que había salido de la universidad y se había estado preparando para su trabajo actual. Ella y sus compañeros se habían permitido una cena en un restaurante caro y fue allí donde se tropezó con él, casi literalmente. El tacón de uno de sus zapatos se partió y ella cayó sobre él.

Supo desde el principio que William no le convenía, que era el tipo de hombre que jamás sería feliz con una sola mujer. Pero él la persiguió, probablemente porque la vio como un desafío. Ella lo sabía en su cabeza, pero a pesar de eso se enamoró de él. Sin embargo, había conseguido imponerse una pizca de sensatez y a

pesar de todos sus esfuerzos él no había conseguido llevarla a la cama.

Más tarde le pidió que se casara con él.

La proposición de William la afectó mucho. Significaba que la deseaba, que la deseaba de verdad y no sólo como una conquista sexual. Por primera vez en su vida sintió el amor, los complejos de su niñez y adolescencia empezaron a desaparecer.

El sugirió un fin de semana en París para celebrar el compromiso y declaró conocer la joyería perfecta para elegir el anillo. Ella le había dicho que sí, ¿quién no lo hubiera hecho? Desde luego que sabía que la celebración supondría algo más que las caricias que habían compartido hasta aquel instante, pero después de todo iban a casarse...

Nunca supo la razón por la que se presentó sin avisar en la agencia de William justo la noche antes de marcharse a París. Había estado trabajando con una familia con problemas del Soho y en lugar de marcharse directamente a casa decidió pasearse hasta la agencia en Mayfair. A posteriori, ésa resultaría ser la peor y la mejor decisión que había tomado jamás.

Casi todos se habían marchado cuando ella llegó, pero después de asegurar a la secretaria de William, a quien había conocido en la puerta, que quería darle una sorpresa, subió hasta el despacho en la última planta del edificio. Y claro que lo sorprendió, y también a la rubia medio vestida con la que jugaba él en el sofá.

La escena siguiente fue bastante desagradable. Él la acusó de ser frígida, de tener una discapacidad emocional y muchas más cosas para justificarse. Ella se marchó y nunca más volvió a verlo. Un final muy vergonzoso a una relación que no debió empezar.

Cory suspiró, se giró en la cama y golpeó la almohada, que parecía estar rellena de piedras. Tenía que dormir o parecería un trapo viejo por la mañana.

Media hora después estaba más despierta que nunca, pero esa vez el protagonista en su mente era Nick Morgan.

Debió de quedarse dormida al amanecer porque cuando el despertador sonó a las nueve en punto estaba en mitad de un sueño erótico que la hizo sonrojarse.

En la ducha se preguntó cómo podía imaginar semejantes cosas con un hombre que había conocido tan sólo el día anterior. Todavía podía sentir la electricidad que recorría sus venas en el sueño cuando Nick la tocaba y el calor de su cuerpo era comparable a las gotas calientes de agua que la recorrían. ¡Qué locura! Abrió el agua fría. Pero no la ayudó mucho.

Él llegó temprano, quince minutos antes de la hora, pero como Cory había pasado las últimas dos horas preocupada por qué ponerse, estaba ya preparada. Parecía que una bomba había estallado en su dormitorio y todas las prendas que poseía estaban en el suelo o en la cama. Nick no iba a pasar al dormitorio así que no importaba. Cerró la puerta para más seguridad. De hecho tomó la decisión de no dejarle entrar nunca en su dormitorio. El almuerzo sería la última vez que se verían.

No quería volver a sufrir. Descolgó el telefonillo y le dijo que bajaría enseguida. Sintió una tensión en la boca. Sus padres habían sido incapaces de quererla como quieren los padres y William había terminado por confirmarle que le faltaba algo, algo que provocaba que la gente no la quisiera como ella los quería a ellos. Así que se concentró en su trabajo y en ayudar en un campo donde sí la necesitaban. Y con eso le bastaría. Le bastaría porque tendría que bastarle.

Esa vez ella no le abrió la puerta del portal, así que cuando salió a otro día caluroso de junio, Nick estaba apoyado en un pequeño coche deportivo aparcado al otro lado de la calle. Parecía molesto. Llevaba una camisa de color azul claro metida dentro de los pantalones y abierta lo justo para mostrar el vello oscuro y suave del pecho.

Era estrecho de caderas y desprendía una masculinidad en la que era difícil no fijarse. Resulta intimidante, y eso la molestó porque no quería sentirse intimidada. Le daba cierta desventaja, aunque él no podía saber cómo se sentía.

-Hola.

Aquel día llevaba el pelo suelto, brillo de labios y rimel y unos pendientes de aro que completaban su imagen de elegancia informal en un día caluroso. Había decidido no vestirse demasiado y por esa razón llevaba un mínimo de maquillaje, no quería hacerle pensar que se esforzaba demasiado... aunque hubiera tardado dos horas en decidir qué ponerse.

-Hola.

Sabía que sus mejillas tenían el mismo color rosa fuerte de su top, pero no podía hacer nada al respecto.

-Me alegro de que hayas decidido venir -dijo él.

-Por lo que yo recuerdo, no he tenido otra opción -contestó ella.

-¡Ay! -él fingió un gesto de dolor-. Tenías que contestar, preferiblemente con una sonrisa, que te alegrabas de que te lo hubiera pedido, que lo esperabas con entusiasmo, o algo por el

estilo.

-¿En serio? -preguntó ella. Sonrió-. Pero no se me da bien mentir.

Él le devolvió la sonrisa sin el menor pudor.

-Entonces tendré que esforzarme hoy para procurar que esperes nuestra próxima cita con entusiasmo, ¿no crees?

-Seguro que tu amiga la modelo, Miranda se llamaba, ¿no?, volverá pronto de los Estados Unidos.

Llegaron hasta el coche y él la giró por los hombros. La miró con dureza.

-Uno. Miranda no significa nada para mí. Dos. No tengo ni idea de cuándo regresa porque no está obligada a informarme de su paradero. Y tres... -con cierta agitación-. Tres, ¿tienes idea de la sensación que me está provocando tocarte los hombros desnudos?

Cory eligió una salida cobarde.

-¿Hoy no sacas el Mercedes? -dijo con brillantez, con la esperanza de que no notara la ligereza de su voz cuando se giró y fingió interesarse en el coche-. ¿Éste también es tuyo?

-Es para pasear los fines de semana.

Le abrió la puerta.

-Sólo es para impresionar a todas mis novias, por supuesto.

-¿Adonde me llevas? -le preguntó.

-Es una sorpresa.

-No me gustan las sorpresas.

- Pues lo siento- Los ojos azules de él repasaron cara—. Pero no te preocupes. No me divierte secuestrar a las mujeres y forzarlas a acatar mi voluntad. Por lo menos los domingos -añadió.

-Jamás hubiera pensado eso de ti -dijo ella, con tono altivo.

Nick giró el volante del coche, que parecía una pantera, y se incorporó suavemente al tráfico dominical.

-Casi me engañas -dijo sin apartar la vista de la calle-. Estoy empezando a creer que me ves como a un auténtico donjuán.

-En absoluto -repuso ella tensa, negándose a pensar en lo capaces que parecían sus manos sobre el volante forrado de cuero y en cómo la habían acariciado esas mismas manos la noche anterior en la parte trasera del Mercedes.

-Me alegro -dijo sin darle la mayor importancia. Cuando ella volvió a mirarlo vio que empezaba a articular una ligera sonrisa.

-Háblame un poco de ti -continuó él. Por lo visto tienes a una tía que vive cerca de aquí con una pierna rota. ¿Tienes más familia? ¿O algún otro hermano que pueda turnarse contigo en sacar a Rufus el terrible?

A Cory le dio un vuelco el corazón. Ella no quería hablar sobre ella, por lo menos con él. Tenía el presentimiento de que cuanto menos supiera Nick de ella mejor. Aun así, no podía negarse a contarle lo más básico.

-Mis padres murieron hace unos años y no tengo ni hermanos ni hermanas. Mi tía Joan es mi pariente más cercana.

-¿Y te llevas bien con ella?

-Oh, sí.

Fue inconsciente del tono cálido de su voz, pero él sí lo notó.

-Siempre ha sido algo más que una tía para mí. Mis padres... bueno, eran personas muy ocuparás. No tenían mucho tiempo.

Su voz fue apagándose cuando se dio cuenta de que estaba contando demasiado.

-¿Tuviste una niñez muy tranquila entonces? ¿Con muchos amigos para compensar la falta de hermanos? -preguntó él.

¿Muchos amigos? Nunca le habían permitido llevar amigos a casa ni invitar a nadie a merendar, y tampoco le dejaban visitar la casa de los demás cuando la invitaban. Suponía demasiada molestia para sus padres y hubiera interferido en sus planes. Miró por la ventanilla para que su mirada no se cruzara con la de él; su pelo sedoso le caía por la cara.

-Tuve una infancia muy tranquila -terminó por decir.

Si él se dio cuenta de que ella sólo había contestado la mitad de su pregunta, no lo comentó.

-¿Tuviste algún animal de compañía?

¿En el ambiente inmaculado de su madre?

-Nunca -dijo en voz baja-. ¿Y tú? ¿Tienes algún familiar cerca?

-Si consideras que Barnstaple está cerca, sí. Yo me crié allí y mi madre todavía vive allí aunque mi padre murió hace cinco años.

Algo en su tono de voz hizo que ella se sintiera obligada a decir deprisa:

-Lo siento. ¿Estabais muy unidos?

-Mucho. Era un tipo estupendo. Pero mi madre tiene a mis dos hermanas y sus familias para mantenerla ocupada. Las dos viven cerca de mi antigua casa y pueden ir andando. Yo también tengo una propiedad allí, pero debido a mis negocios paso más tiempo fuera que en mi casa. Por eso tengo un piso en Londres.

-¿Entonces tuviste una infancia feliz? -preguntó Cory con curiosidad, atraída por el afecto de su voz profunda cuando hablaba de su familia.

-Mejor imposible.

Se pararon en un semáforo y de nuevo los ojos azules rastrearon

su rostro.

-De ahí el individuo tan equilibrado que ves delante de ti -dijo con calma.

El semáforo cambió a continuación y, mientras el coche salía, Cory pensó en sus últimas palabras. ¿Quería insinuar con eso que ella no lo era o se estaba mostrando demasiado susceptible? Si era lo primero, no le importaba porque ya lo había superado. Pero bien podía ser lo segundo...

Cuando llegaron al pub, que estaba cerca de Hampstead Heath, Cory sólo quería salir del coche. Nunca en su vida había conocido a otro ser humano cuyos gestos y acciones analizara tanto. Nick, por el contrario, parecía totalmente relajado y tranquilo, hablaba de esto y lo otro y mantenía la conversación a un nivel estrictamente impersonal.

Una vez dentro del pub, que estaba completamente forrado de cobre y bronce y con ventanas de acero, la condujo directamente hasta un pequeño jardín lleno de flores que había en la parte trasera.

-Ésta es nuestra mesa -señaló una mesa para dos junto a una enredadera de rosas que impregnaban el ambiente con su rica fragancia.

-¿Cómo lo sabes? -el pub estaba completamente lleno y había gente haciendo cola en el interior.

Nick extendió un brazo y levantó un pequeño letrero que ponía «reservado» encima de la mesa.

-Confía en mí -dijo sonriendo. Conozco al dueño.

-¿Otro amigo de la facultad?

-Un amigo del barrio esta vez. John y yo crecimos juntos.

-Y siempre te guarda esta mesita.

-Si le llamo y se la pido, sí. Lo cual hice esta mañana a primera hora.

Sacó una de las sillas que estaba calentada por el sol y ella se sentó; el perfume de las flores y el reflejo del sol sobre su piel la llenaron de gozo.

-Aquí preparan un brunillo magnífico -dijo Nick aún de pie. ¿Te gusta el vino tinto?

-Me encanta.

-Pediré una botella. Aunque sólo tomaré una copa, ya que tengo que conducir, pero te garantizo que cuando lo pruebes serás incapaz de resistirte a otra. Y de paso pediré dos rosbifs, ¿te parece?

Cory asintió. Aquello también era agradable.

Y también lo era el vino que llegó a continuación. El aroma

intenso a nueces y chocolate formó una explosión de sabores en su boca, así que cerró los ojos y simplemente inhaló el aire caliente para prolongar más el sabor.

-Esto es maravilloso -murmuró y tomó otro trago.

-¿No me digas que he hallado el camino hasta tu corazón? -él se sentó enfrente de ella con los ojos ligeramente cerrados por el sol y las piernas largas estiradas ante sí.

«Olvídate del asado», Cory pensó irónicamente. El tenía un aspecto delicioso. Levantó una ceja.

-¿Con una sola copa de vino? -dijo severamente-. Me temo que no.

-Ahí tienes la botella, siéntete libre.

Ella sonrió.

-Siempre he creído en la moderación.

-¿Moderación en todo? -los ojos de él se tiñeron de maldad.

-En todas las cosas -insistió ella con firmeza, negándose a reconocer la indirecta.

-Entonces eres como te imaginaba -contestó Nick rápidamente y al parecer complacido. Has descuidado tu educación en ciertos campos y mi deber es ayudarte. Lo que deberías hacer a partir de este punto, Cory, es mirarme como a un maestro y guía en los caminos carnales. ¿Estás de acuerdo? -tomó un trago largo de vino con satisfacción.

Ella se rió. No podía hacer otra cosa porque no podía tomárselo en serio.

-Estoy más que dispuesto a enseñarte -le aseguró él suavemente. Dejó su copa y le tomó la mano.

Le dio la vuelta a la mano de modo que quedara expuesta la parte inferior de la muñeca y la acarició con uno de los dedos, después la acercó a la boca y ella notó sus labios ardientes.

-No hagas eso -ella quitó la mano apresuradamente, casi derribando la copa de vino-. No vuelvas a hacer eso.

-¿Por qué no? -Nick se recostó en la silla sin dejar de mirarla-. No ha sido nada -dijo con una sonrisa vaga.

No había sido nada y sin embargo sus labios suaves y calientes habían sugerido muchas cosas, todas las delicias prohibidas de sus sueños. Ella sabía muy bien lo que él intentaba hacer y estaba determinada a no reconocer su propio deseo y necesidad.

Relajó los hombros y dijo:

-Yo no juego a esos juegos.

Y él contestó muy serio:

-¿Quién está jugando?

Capítulo 4

Cory estuvo a punto de besar a la camarera que llegó con la comida justo después de que Nick hablara. En la conversación que tuvieron a continuación ella respondía sólo cuando tenía que hacerlo y procuraba concentrarse básicamente en la comida.

El amigo de Nick les llevó el café y se sentó en una silla vacía cuando Nick le invitó a tomar una copa de vino.

-Aquí tienes.

Nick echó el poco vino que quedaba en una copa vacía que pasó a John.

-Cory dice que ya ha bebido suficiente.

-Es un caldo potentísimo, ¿verdad?

John era ligeramente rubio y sonrió a Cory.

-Es mi favorito desde que Nick me lo presentó hace años-dijo-. Un poco caro para mi negocio pero siempre me aseguro de tener una botella para él -y golpeó a Nick suavemente en el hombro.

-Sólo puedo quedarme un par de minutos. Lucinda, mi esposa -le dijo a Cory-, se pondrá en pie de guerra si me pilla sentado.

-¿Eres un hombre o un ratón? -le preguntó Nick.

—Si se lo preguntas a Lucinda te dirá que soy sin ninguna duda un roedor.

Estaba en mitad de la copa de vino y de una historia de su niñez, un incidente con un granjero de orquídeas, cuando apareció Lucinda. Era una mujer grande, con mucho pecho y sin ninguna duda italiana.

-Sales aquí sin decírmelo y después te bebes el poco vino que le quedaba a Nick -dijo con un fuerte acento de su país-. Eres un hombre incorregible. ¿Ves lo que tengo que soportar? -dijo apelando a Nick-. ¿Y quién es esta bella señorita? -se volvió y sonrió a Cory, que parecía divertirse con la escena.

-Cory James, te presento a Lucinda Robinson -dijo Nick alegremente-. Ladra mucho pero muerde poco.

-¿Estás seguro? -preguntó John frotándose la oreja-. Solía hacerme esto cuando tenía el tamaño de Cory, pero entonces podía con ella. Ahora me da palizas.

-No seas así -intervino su esposa. Le dio un beso y le pellizcó el trasero-. Por las noches te mantengo calentito, ¿no?

-Desde luego, moza -le dijo John sonriente, y la mirada que intercambiaron provocó un nudo en la garganta a Cory. Eso era amor, amor verdadero. Se reflejaba en sus caras. Durante un instante envidió a aquella mujer desde el fondo de su corazón.

Después de unos minutos, durante los cuales Lucinda obligó a Nick a prometer que acudiría a su trigésimo quinto cumpleaños a mitad de julio, y Cory esquivó la invitación con la excusa de que tenía que consultar su agenda, la pareja desapareció dentro del pub y se quedaron solos.

-¿Cuánto tiempo llevan casados? -le preguntó ella a Nick mientras daba el último sorbo a su café.

-Diez años.

-¿Tienen hijos?

El se acomodó en su silla.

-Lucinda no puede. Lo han intentado todo, pero... -se encogió de hombros.

Sus ojos conectaron con los de ella.

-Han tenido momentos difíciles. Viene de una de esas familias italianas grandes en las que todas las hijas tienen un hijo todos los años. Entonces vivían en Italia pero ella tuvo una depresión nerviosa y John la trajo aquí para que cambiara de aires. Eso fue hace cinco años y desde entonces están instalados aquí.

-¿Y a John no le importa? ¿El no tener hijos?

Nick la miró fijamente.

-Claro que le importa. Pero desde su punto de vista él no se casó con Lucinda porque fuera una máquina de hacer niños. Él la ama, la ha amado desde el día en que la vio.

Cory se lo quedó mirando. Tenía ganas de llorar, pero él la tomaría por loca. A pesar de eso dijo con voz temblorosa:

-Tienen suerte. Por la forma en que se quieren, me refiero.

-Sí la tienen, pero no son los únicos.

Ahora él la había atrapado con su mirada, y aunque ella quería romper aquel momento, no pudo.

-¿Es eso lo que estabas pensando, verdad? -dijo con voz suave. Y parecía más una afirmación que una pregunta-. Que eran únicos. Lo he leído en tu cara.

Ella quiso negarlo, pero él sabría que mentía.

-Únicos no. Sino más bien la excepción.

-¿Por qué piensas así?

Fue una pregunta directa a la yugular pero ella empezaba a darse cuenta de que era de ese tipo de hombres. No pudo contestarle. Dejó que cayera su pelo y le tapara la cara.

-No quiero continuar esta conversación.

-Está bien.

-Vamos a dar un paseo por el Heath. Así podremos bajar la comida y hacer sitio para la cena -dijo Nick cuando ella levantó la

cabeza.

¿A cenar? ¿Cómo que a cenar?

-Pienso que no...

-Bien. Entonces no pienses. Me gustas más así.

-Escucha -entonces vio que él sonreía y dijo en voz baja-: Estás intentando liarme otra vez.

-¿Quién, yo?

Nick se inclinó hacia adelante mientras se incorporaba y la besó en la punta de la nariz.

-Por favor. Termínate el vino mientras yo voy a echar cuentas con John. Dejaremos el coche en el aparcamiento por ahora.

Pasearon de la mano, hablando de vez en cuando y al contrario que en el pub ella se encontró relajada, inundada por la alegría y la brisa agradable.

-Te estás quemando por el sol.

Nick la llevó debajo de la sombra de un viejo árbol cuyo tronco estaba cubierto parcialmente de musgo. Cuando se sentó, notó que la hierba era espesa y cálida, y un poco más lejos dos chicos se lanzaban un Frisbee que un perro perseguía entre los dos con gran entusiasmo.

Cory giró la cabeza. Nick estaba tumbado a su lado con las manos debajo de la cabeza y los ojos cerrados. Abrió uno.

-Ya hemos paseado, ahora toca una siesta.

Aquello sonaba muy seductor.

-Haces que parezcamos una pareja de pensionistas -dijo ella con voz plana, con intención de romper el ambiente-. Y yo nunca me echo la siesta.

-Inténtalo.

Extendió el brazo y la tumbó a su lado con la cabeza encima de su pecho.

-Con almohada incluida -empezó a acariciarle el pelo-. Ahora cierra los ojos y sé buena chica.

Se quedó dormida.

Cuando abrió los ojos, Nick la miraba desde arriba con la cabeza apoyada en el codo.

-Hola -dijo suavemente.

Cuando se inclinó para besarla, le pareció la cosa más natural del mundo rodearlo con sus brazos.

-Un poco más y olvidaría dónde estoy. Y no queremos asustar a ningún niñito, ¿verdad?

-¿Es eso bueno o malo? -se oyó decir ella, asombrada de estar

flirteando con él.

Sin embargo, todo parecía formar parte de aquella tarde perezosa.

-Eso depende.

Siguió el contorno de los labios de ella con un dedo.

-¿Depende de qué?

-De lo que quieras salir conmigo.

¡Ya estaba bien! Cory se sentó apartándose el pelo de los ojos y le contestó:

-Ya te lo he dicho, yo no...

-No sales con hombres. Sí, lo recuerdo. ¿Cuándo vas a cambiar de opinión?

-¿Qué?

-Algún día querrás echar raíces. ¿Cómo vas a encontrar a tu media naranja si no sales con los del sexo opuesto? -preguntó él.

A Cory le mortificó su atrevimiento.

-¿Y por qué iba yo a querer echar raíces? ¿Porque soy mujer?

Él se la quedó mirando; sus fascinantes ojos azules no traicionaban sus pensamientos.

-He descubierto que la mayor parte de tu sexo se siente inclinada hacia la monogamia, los bebés y ese tipo de cosas.

-Pues yo no -contestó ella con firmeza.

-¿No te gustaría tener hijos algún día?

-No. Sí. Quiero decir...

¿Qué quería decir?

-Los bebés no están dentro de mis planes más inmediatos.

-Eres demasiado radical, ¿no crees? -preguntó él con ternura.

-No si así impido que se conviertan en hechos imprevistos en la vida de otros.

-¿Un imprevisto? ¿Es así como te viste en la vida de tus padres?

-Cambiemos de tema -dijo en tensión.

-Creo que no.

Se puso de pie y la obligó a levantarse con él. La rodeó con los brazos para impedir que pudiera soltarse.

-Cory, la mayoría de los chicos crecen pensando que son la cosa más querida para sus padres -dijo suavemente-. Lo siento, lo siento de veras si no fue así para ti, pero no permitas que los errores de los demás te empujen por un camino por donde tú no quieres ir.

-¿Y cómo sabes tú dónde quiero ir yo?

Las palabras de él habían caído como ácido sobre los lugares más recónditos de su corazón.

-Tú no me conoces. Tampoco conociste a mis padres, así que no

te precipites a juzgarlos ni a ellos ni a mí.

El guardó silencio un instante y después dijo:

-Lo sentiría en el alma si alguien tan bonita y sensible como tú se negara una vida. ¿No lo entiendes?

-¿Cuando dices vida te refieres al sexo? -preguntó ella con una franqueza inesperada-. ¿Y he de suponer que el sexo sólo es tu cama?

-Te aseguro que mi cama es lo suficiente grande para los dos. Pero no me refería a eso -dijo él con tranquilidad.-. No me refería a ello precisamente. De vez en cuando consigo pensar en otras cosas que no son el sexo.

-Entonces eres de los pocos hombres que pueden hacerlo.

Otra vez sintió ganas de golpearse a sí misma.

¿Qué estaba haciendo? Tenía que calmarse. Él era demasiado intuitivo para su bien... o quizá para el bien de ella. Intentó soltarse, pero él apretó más los brazos.

-¿Cómo se llamaba?

-¿Quién? -preguntó ella tragando con dificultad.

-¿El tipo que te decepcionó? Porque alguien tuvo que decepcionarte, ¿no? ¿Cory? ¿Fue hace poco?

El estado de perplejidad de ella se parecía al de un conejo sorprendido por los faros de un coche.

-Puedes mandarme a freír espárragos -dijo él con seriedad-, pero antes me gustaría oír que todo ha terminado entre vosotros, por lo menos por tu parte.

-Ha terminado -dijo ella débilmente.

-¿En tu corazón o en tu mente?

Al parecer, él no sabía cuándo debía parar. Aquel pensamiento le dio la energía necesaria para liberarse y dar un paso hacia atrás; su voz sonó como un latigazo cuando dijo:

-En los dos sitios. ¿De acuerdo? En los dos. Eso es lo que querías oír.

-Sí, así es -y no pareció arrepentido lo más mínimo por su temeridad.

-Se llamaba William Patterson y era rico, apuesto y seguro de sí mismo. Me pidió que me casara con él y después lo pillé haciendo el amor con otra. ¿Te parece bastante información? Oh, y todo terminó hace tres años.

—Se llamaba Joanna y estuvimos casados -dijo en voz baja-. Murió en el acto cuando un conductor borracho cambió de carril y chocó contra su coche con un camión en Nochebuena. Salió a comprar unas bombillas para el árbol de Navidad, para poder

encenderlo antes de que yo llegara del trabajo. El conductor borracho sufrió unas contusiones y nada más.

-¡Oh, Nick! -exclamó ella sin respiración.

-Fue hace mucho tiempo, Cory. Hace trece años para ser exactos. Hacía sólo seis meses que habíamos salido de la universidad. Sólo éramos dos jóvenes, jugábamos a estar casados y disfrutábamos de cada instante. Yo tenía veintidós años, pero maduré muy deprisa aquella noche. Después de eso...

Se encogió de hombros.

-Me dediqué al trabajo y al año siguiente puse en marcha mi primer negocio. Era bueno tener algo a lo que dedicarme.

-Y desde entonces no has... Quiero decir, no ha habido nadie más a quien hayas...

Cory se detuvo en seco, consciente de su equivocación.

-He tenido relaciones desde Joanna -dijo él-. Una o dos más largas. Pero si lo que me preguntas es si he tenido la intención de volver a casarme otra vez, la respuesta es no.

Cory asintió. No sabía qué decir. Le había clasificado de mujeriego, y tal vez fuera cierto en aquel momento; pero tenía que admitir que no había meditado en por qué sería así.

-Tuvo que ser muy difícil para ti -dijo finalmente.

-Durante algún tiempo -Nick se encogió de hombros-. Pero ahora parece otro ciclo de mi vida. El chico que Joanna conoció era muy distinto al hombre en el que me he convertido. Supongo. ¿Quién sabe si seguiríamos juntos si ella viviese? Éramos muy jóvenes, de eso no hay duda. Y estudiantes típicos. Nos casamos en el registro civil un sábado lluvioso por la tarde; ella llevaba una falda larga y un jersey con campanitas y yo vaqueros y una camiseta vieja.

-Bohemios.

-Algo así.

Nick sonrió y después extendió la mano para agarrar la suya, esta vez ella dejó que él la atrajera a su lado y empezaron a pasear.

-Estás pensando otra vez -dijo él divertido, con su voz profunda.

-¿Qué? -preguntó ella, mientras borraba cualquier expresión de su cara para mirarlo otra vez.

-¿Te apuestas una libra a que estabas pensando en mí y no para bien? -preguntó él, arrastrando las palabras-. ¿No es verdad?

-No seas ridículo.

Ella sentía que le ardían las mejillas.

-Seguro que te preguntabas si te había contado un cuento, ¿verdad?

-No -repuso ella, con una voz teñida de indignación por ser tan

malinterpretada-. Claro que me creo lo que me has contado. Sé que jamás te inventarías algo así.

Mientras hablaba, se preguntaba por qué pensaba eso. Pero lo pensaba. Decidió que ya resolvería esa cuestión más tarde.

-¿Entonces te estás preguntando por qué te lo he contado? -continuó él.

-No sé de qué me hablas.

-Mentirosilla -lo dijo tan suavemente que su tono quitaba importancia a la palabra.

Cory decidió que ella podía hablar también con franqueza. Se detuvo y se quedó mirando aquellos ojos azules como el cielo.

-Está bien. ¿Por qué me lo has contado?

-No lo sé.

No pestañeaba, pero su cara mostraba cierta vulnerabilidad. A Cory no le gustó cómo afectaba eso a su corazón traicionero. Y después, el dijo con una sonrisa vaga:

-No es algo que suela soltar durante una conversación en una segunda cita. De hecho, no suelo hablar de ello nunca.

¿Cómo podía alguien tan grande, varonil y peligroso parecer tan infantil por un momento? Cory se dijo que ya había soportado bastantes alteraciones por una tarde y contestó a la sonrisa de él con una suya.

-Parece que ninguno lo sabemos -dijo-. Y esto no es una cita, ¿lo recuerdas? Es mi penitencia.

¿Cómo se le decía a un hombre de mundo como Nick Morgan, un hombre que había tenido a más de una mujer en su vida, seguramente a muchas, que ella nunca había...?

Gimió interiormente. Se reiría de ella y, por alguna razón, eso no podría soportarlo.

Por supuesto, había tenido sus coqueteos en sus días de estudiante, antes de conocer a William. Sus amigas de la universidad se acostaban con sus novios con la misma facilidad con la que se tomaban el té. Le decían que era demasiado intensa, que daba demasiada importancia a una cosa tan natural, pero a ella algo siempre le impedía entregarse totalmente a los chicos con los que salía.

Se mordió el labio por su ingenuidad. En el fondo siempre había dudado de que alguien pudiera sentir algo así por ella.

Llegaron al pub en cuestión de minutos y, después de despedirse, Lucinda y John los acompañaron hasta el coche. Mientras volvían por la misma ruta de aquella mañana, Cory dijo:

-Tengo que terminar un trabajo en casa. Debería repasarlo antes de mañana. Si no te importa, llévame a mi piso ahora, por favor.

-Claro que me importa -pasó por alto su mirada de preocupación y continuó-: Vamos a ir a cenar, Cory. Relájate y hasta podrías disfrutarlo.

Ella se retorció en el asiento.

-¿Adonde vamos?

-A un lugar pequeñito y agradable que conozco.

-Conoces muchos lugares encantadores -comentó ella con cierta amargura.

Él no pareció darse cuenta.

-Es cierto, pero este lugar es especial. Confía en mí.

Eso sería un grave error.

Su cara debió reflejar lo que pensaba, porque se dio cuenta de que él se reía por lo bajo, y cuando ella lo miró, los ojos de él brillaban de regocijo.

-No tienes precio -murmuró-, ¿lo sabías? Y desde luego no se puede decir que me halagues el ego.

-Me temo que no siento la menor lástima por tu ego -dijo ella, pensando en todas las mujeres que conocería y por las que se sentía celosa. Lo que demostraba lo loca que estaba y por qué tenía que poner fin a aquello.

Las bromas continuaron durante el viaje, pero cuando llegaron a una de las calles de Richmond Park, Cory miró a su alrededor.

-Esto no es un restaurante -dijo acusadora.

-¿Quién ha dicho nada de un restaurante?

Empezaba a anochecer cuando él salió del coche y dio la vuelta para abrirle la puerta.

Cory se quedó sentada. Lo miró con el ceño fruncido y él le devolvió una mirada inocente.

-¿Y bien? -dijo ella-. ¿Dónde estamos?

-Delante de mi piso de Londres.

Ella ya había llegado a esa conclusión, pero quería que él lo dijera. Abrió la boca para pedirle que la llevara a su casa pero él se le adelantó.

-Antes de que digas nada, sólo vamos a cenar. Sé que te gustaría aprovecharte de mi cuerpo, pero tendrás que controlarte.

Cory se lo quedó mirando.

-Esto no tiene gracia, Nick.

Él se agachó hasta que su cabeza quedó al mismo nivel que la de ella. Cory intentó no fijarse en cómo marcaban sus pantalones los muslos poderosos de él, pero no le fue fácil.

-Sólo vamos a cenar, Cory -repitió con ternura-. Pensé que sería agradable cenar en casa, nada más. Así podré disfrutar de una botella de vino contigo y luego pedirte un taxi para que te lleve a tu casa.

-¿Sabes cocinar? -le preguntó dudosa.

-Mis platos han hecho derretirse a más de una mujer.

Ella se rió, no lo pudo evitar.

-¿Es cierto que sabes cocinar? -insistió.

Nick sonrió.

-Esta noche tomaremos ensalada de pollo, papaya y aguacate. He hecho trampas y lo he comprado antes de salir esta mañana. El. plato principal para la señora será carne de cerdo con tallarines y galletitas de langostino. Y de postre...

-¿Qué hay de postre? -a Cory se le hacía la boca agua.

-Eso será una sorpresa.

Él volvió a ponerse derecho, y le extendió la mano. Ella se la tomó un poco insegura.

Una vez en la acera lo observó con cautela. Era un hombre lleno de sorpresas, y no se refería al postre. ¿Quién se habría imaginado que sabía cocinar? Era demasiado viril. Después de pensar eso le costó trabajo creerse que pudiera ser tan machista.

-Vamos -dijo él.

La guió hasta una casa enorme que había delante de ellos. En cuanto abrió la puerta principal Cory supo que se trataba de algo suntuoso por lo esplendoroso de la entrada con ascensor.

El piso de Nick era el ático de la casa y, cuando le abrió la puerta para cederle el paso, Cory miró a su alrededor con interés. Enseguida se dio cuenta de que tenía razón. Era suntuoso, pero no exagerado.

Cory se giró para mirar a Nick, que la había estado observando.

-¿Tu casa de Barnstaple es así?

La expresión dura de él dio paso a una sonrisa.

-No -admitió con dulzura-, pero aquello es mi hogar. Esto forma parte de mi trabajo. Aquí es donde traigo a mis compañeros, a los clientes, a la gente a la que quiero impresionar.

Cory asintió. Sabía que su firma internacional de electrónica era grande y que estaba en expansión. Era un hombre muy inteligente y con éxito y su piso lo reflejaba. Aunque a ella no le gustaría vivir allí.

-Ven a la cocina -le dijo Nick.

Hizo una mueca con la boca, lo que sugería que había vuelto a leerle la mente.

-Es donde paso la mayor parte del tiempo cuando estoy aquí, ahí y en el dormitorio. Suelo llegar tarde a la oficina y me marcho pronto a menos que me entretengan.

La cocina era una combinación astuta de acero inoxidable y madera maciza, y continuaba la sensación de espacio y luz porque él había hecho retirar el techo y se veían las vigas de madera de la estructura original, que estaban pintadas de blanco. Había una mesa alta que hacía esquina y dos taburetes de acero inoxidable con asientos de cuero de color café. Nick sacó uno y dijo:

-Siéntate mientras me ocupo de la cena. Abriré una botella de vino. Un Chardonnay bueno, creo que irá bien con la ensalada y después con la comida principal

El Chardonnay era delicioso, como la comida. Cory no entendía de vinos pero era obvio que Nick sí. Se dijo a sí misma que todo eso formaba parte de su imagen, pero enseguida se sintió avergonzada por su forma de pensar.

-¿Puedo ayudarte? -le preguntó mientras se sentó para verle cortar los trozos de solomillo de cerdo en tiras antes de cubrirlos con los demás ingredientes que sacaba de la nevera. Era un hombre que pensaba en todo, ya que todo estaba listo para cocinar.

Tomó un trago del vino antes de decir:

-Si no te importa, podrías poner la mesa en el comedor.

-¿No vamos a comer aquí?

La mesa del comedor era demasiado grande para dos personas, además había menos predisposición al romanticismo que en la cocina informal, donde colgaban sartenes brillantes y utensilios.

-¿Prefieres cenar aquí?

Ella asintió y él dijo:

-De acuerdo. Los cubiertos y todo lo que necesites están en el armario a tu izquierda.

Se comieron el primer plato inmediatamente y estaba realmente delicioso. Nick parecía decidido a ser el anfitrión perfecto, la hacía reír con una historia divertida detrás de otra y no dio muestras de esa capacidad desconcertante para indagar que tanto la había molestado aquella tarde.

No dejó que le ayudara con el plato principal, así que Cory permaneció sentada bebiendo vino y observándolo mientras él cocinaba las tiras de solomillo hasta que se doraron, y añadía a continuación el ajo, el jengibre, la cebolleta, los trocitos de pina y otros ingredientes.

-Esta comida está buenísima -dijo, mientras envolvía unos tallarines alrededor del tenedor y se los llevaba a la boca-. Yo no sé

cocinar así.

Nick sonrió.

-El secreto es usar ingredientes frescos como el jengibre y el ajo. Jamás compro las especias envasadas.

A Cory le entró hipo cuando se rió y tuvo que bajar la copa. De repente se dio cuenta de que había bebido suficiente. Era una comida muy fuerte.

-¿De qué te ríes? -preguntó él suavemente.

Ella se esforzó por mantener la compostura.

-Es sólo que jamás me imaginé que acabaríamos discutiendo las ventajas y desventajas de las especias -dijo en un tono de voz tembloroso debido a que intentaba reprimir la risa-. Jamás pensé que serías este tipo de hombre cuando te conocí, nada más.

-¿Qué tipo de hombre creías que era entonces? -preguntó él como sin darle importancia.

Cory se tomó tiempo en contestar, olvidó que no iba a beber más y tomó varios tragos mientras lo observaba.

-Un hombre He Man -afirmó.

-¿Y esos no cocinan?

-No lo sé.

Estaba alegre y adormecida por un sentimiento falso de seguridad, así que olvidó su cautela.

-Es posible que cocinen. Tú lo haces, así que otros hombres podrían también. Supongo.

-¿Qué me dices de William? -dijo Nick con tacto-. ¿No te mimaba preparando el desayuno de vez en cuando?

-Nunca desayuné con William. Jamás he desayunado con nadie -terminó su frase con un trago de vino.

Extendió el brazo pidiendo otro mientras decía en voz alta sin pensar en lo que a continuación iba a revelarle:

-Supongo que hay que acostarse con alguien para desayunar con ellos.

Hubo una pausa hasta que Nick dijo:

-Eso ayuda.

-No es que no haya tenido muchas ofertas -soltó antes de darse cuenta de que lo había empeorado.

Se puso de pie de golpe y prefirió una salida de cobardes.

-¿Puedo usar el cuarto de baño?

-Claro.

Nick no parecía nada interesado, pero aquello no la ayudó.

-Es la primera puerta a tu derecha.

Cory huyó.

Se quedó de pie en el cuarto de baño unos segundos sintiéndose completamente desdichada. Después miró asombrada a su alrededor. Los azulejos blancos y las baldosas del suelo se entremezclaban con superficies de granito azul. Había dos esculturas de grullas labradas en granito a ambos lados del cubículo de la ducha, y un mosaico en blanco y azul que ocupaba la mayor parte de la pared.

Se quedó en el cuarto de baño todo el tiempo que se atrevió, pero poco a poco fue enderezando los hombros y levantando la cabeza. Tenía que volver y enfrentarse con él y acabar de una vez. Respiró profundamente. Decidió no beber más vino. Nada de vino, ni conversaciones insinuantes, nada de nada.

Él seguía donde ella lo había dejado, pero los platos estaban recogidos y fregados. Los platos del postre y las cucharillas estaban encima de la mesa.

-Hola -dijo con una sonrisa perezosa cuando ella pareció-. Mouse de chocolate con ron, helado de vainilla y trufas.

Cory olvidó la vergüenza anterior con aquellas dos delicias delante de ella.

-¿Lo has hecho tú? -le contestó asombrada.

-Casi.

El recorrió su cara con sus ojos.

-Me ha ayudado una tienda de gourmet cercana.

A ella le costó no reírse. No quería tomar el postre con él en aquella cocina de alta tecnología. Quería marcharse a su casa a lamerse las heridas.

En cuanto terminó su porción de vainilla con trufas, se levantó del asiento.

-Tengo que volver a casa a trabajar -dijo abruptamente-. Gracias por un día espléndido. Pediré un taxi al final de la calle.

-No seas ridicula. Voy a acompañarte.

-No tienes que hacerlo.

Nick suspiró fuerte para que ella lo oyera, y exhaló el aire.

-Voy a acompañarte -repitió con firmeza mientras se ponía de pie.

Usó un tono como el que se emplearía con un niño molesto y desobediente, y eso la pilló por sorpresa. Se lo quedó mirando fijamente y los ojos azules le devolvieron la mirada. Parecía muy grande y Cory no pudo evitar mirarle la boca cuando dejó de hablar. Era una boca cínica y sexy, que parecía hecha adrede así. Ella tragó saliva.

-Como quieras -se encogió de hombros.

Un minuto después una mano fuerte le agarraba el hombro y le hacía darse la vuelta.

-Claro que quiero -afirmó él.

Presionó su boca contra la de ella, frotando los labios contra su boca cerrada y con la otra mano le apartó el pelo de la cara.

Cuando ella abrió ligeramente los labios él se lanzó inmediatamente hacia aquel territorio indefendible, su mano abandonó la cara para peinarle el pelo con los dedos y sujetarle la cabeza. Ahondó en el beso con una sensualidad que hizo que todos los sentidos de ella se dispararan.

-Estás riquísima, ¿lo sabías? ¿Verdad? -le susurró con un gemido que le salió de la garganta-. Especialmente ahora que sabes a trufas.

Se enderezó, se separó y se alisó el pelo con una ligera risita antes de decir:

-El vino tinto, el vino blanco y ahora el ron de las trufas. Eres una mala influencia.

-Eso espero.

La calidez de su mirada la hizo sonrojarse, especialmente cuando sintió su cuerpo presionando contra el de ella.

-Pero todavía nos queda mucho por recorrer.

Cory lo miró en actitud defensiva, pero no le contestó. El único sitio donde iría sería a su casa, y a partir de aquella noche rechazaría cualquier invitación de Nick. Aquella cita sería la última. Ignoró el vacío en su estómago al pensar en no volver a verlo nunca más y dijo con brillantez:

-¿Vamos a buscar el taxi?

-Vamos a intentarlo -dijo él secamente.

¿Por qué había dejado de besarla? Aquel pensamiento no dejaba de atormentarla desde que salieran del piso de él, Porque no había sido ella quien interrumpiera el beso la primera. Se decía que tendría que haberlo sido, pero no lo había hecho. ¿Sería por lo que le había confesado sin querer? ¿Lo habría echado atrás eso? ¿Sentía que no debía molestarse con alguien tan poco experimentada como ella? O tal vez, al igual que sus amigas en la universidad, él pensaba que era demasiado intensa, demasiado emocional... un tanto... ¿extraña?

Siguió dándole vueltas en la cabeza hasta que el taxi se paró delante de su portal, y después, para su sorpresa, tuvo un sentimiento de pánico ante la idea de no volver a verlo. Lo cuál era ridículo, totalmente absurdo. Sin embargo, ahí estaba.

-Te acompañaré hasta la puerta -le dijo Nick; y esa vez ella no se opuso.

Le dijo al taxista que lo esperara y después la acompañó hasta dentro del portal.

Cuando llegaron a su puerta, ella lo miró. ¿Cómo había logrado meterse en su vida en tan sólo dos días? Le daba miedo. Muchísimo miedo.

-No me mires así -dijo él con dureza.

-¿De qué manera? -preguntó ella, herida por su agresividad.

-Como si esperaras que yo te tratara mal, como si quisiera hacerte daño.

Cory suponía que no quería hacerle daño aunque no estuvieran juntos, por lo menos en un sentido físico.

-Maldita sea, Cory -estaba furioso y lo demostraba-. Dame una oportunidad, ¿no? No tengo ni idea de cómo ese tal William se portó contigo pero yo no soy él. ¿Vale? Tal vez sea obvio, pero tenía que decírtelo.

-Sé que no eres él -dijo ella temblando.

-¿En serio? Creo que no lo sabes todavía.

Después, él repitió una de las frases que ella había pensado varias veces.

-Han pasado sólo dos días y parece que nos conociéramos de hace mucho más. ¿No lo sientes así?

Ella quiso soltar un comentario astuto y atrevido para enviarlo a su casa o al menos negar con la cabeza, pero en lugar de eso asintió.

-¿No ves que la diferencia de edad es un problema?

-¿Qué?

Era lo último que ella esperaba oír.

-Te saco diez años. ¿Te molesta eso? -le preguntó.

Cory no supo qué decir. Estaba ocurriendo algo y ella no tenía ningún control sobre la situación. Negó con la cabeza porque no tenía el valor de decirlo.

-Vas a decirme que venimos de mundos diferentes, ¿verdad? -continuó él-. Y tienes razón. Durante los últimos trece años he trabajado como un perro y he disfrutado de cada instante, y todas las mujeres con las que he estado conocían mi situación. Al principio lo de Joanna me había destrozado y por eso era más fácil mantener relaciones sólo a nivel físico. Había mujeres profesionales de sobra ahí afuera con las que entablar una relación cómoda para los dos. Diversión, amistad, calor en la cama pero sin ningún tipo de compromiso emocional. Pero con el tiempo descubrí que me estaba convirtiendo independiente porque me gustaba, no porque sintiera lealtad hacia Joanna. La sensación de sentirme independiente era embriagadora.

Ella lo miró con ojos muy abiertos. ¿Estaba siendo completamente sincero al fin? ¿Iba a decir que cualquier relación con él sería puramente física y que sólo duraría el tiempo que él quisiera? Las demás mujeres con las que había estado se habían conformado con eso.

Pero Nick no tardó en hacerle cambiar de opinión.

-Tal vez seas una mujer con una carrera profesional, pero tú no eres como las otras, ¿verdad?

Era una afirmación, no una pregunta.

-Tú piensas de forma distinta.

-Nick -comenzó a decir, pero él le tapó los labios con un dedo.

-Venimos de polos opuestos, Cory, pero tú sabes tanto como yo que hay chispa entre nosotros. Lo sientes cuando te toco y cuando no te toco también. Y eso me gusta. Me hace sentir vivo -añadió-. No me había dado cuenta de que me estaba anquilosando hasta que te conocí. ¿Qué tal si nos vemos de vez en cuando? Nos lo tomamos con tranquilidad y vemos como evoluciona este asunto. Seguro que habrá obstáculos, pero los saltaremos poco a poco. ¿Qué me dices?

Todas las células de su cerebro le aconsejaban que contestara que no. Sería la cosa más sensata y segura. Se había arriesgado una vez con William y todo le había salido mal. Aquello también le saldría mal. Ella lo sabía en su corazón. Nick llegaría a aburrirse de ella, era inevitable en un hombre como él. No, era la única respuesta válida.

Pero no pudo decírselo. No podía apartarlo de su vida. Todavía no.

Cory era inconsciente del juego de emociones que reflejaba su rostro, pero cuando él la acercó hacia sí, se dio cuenta de que sabía algo de lo que ella sentía.

-¿Me dices que sí? -preguntó con sequedad.

Ella lo miró a los ojos. Consiguió sacar fuerzas de alguna parte y parecer tan tranquila y relajada como él.

-Deberíamos intentarlo durante algún tiempo -contestó ella airosa-. Pero sólo para impedir que te anquiloses.

Capítulo 5

-OH, cielo. Es maravilloso. Estoy contentísima. Te dije que necesitabas otro novio aunque sólo fuera para olvidar a William.

Cory sonrió a su tía. Para alguien que había vivido la mayor parte de su vida adulta en el loco y promiscuo mundo de la alta costura, Joan podía ser terriblemente ingenua.

-Para empezar, Nick no es mi novio -dijo gentilmente para no decepcionar a la anciana-. Sólo vamos a salir de vez en cuando, nada más. Y teniendo en cuenta que hace tres años que no veo a William, dudo mucho que le afectara lo más mínimo. No le importaba cuando estábamos juntos, como bien lo demostró. Ahora no mostraría el más mínimo interés.

-¿Qué quieres decir con que no es tu novio? -preguntó Joan, ignorando todo lo demás que había dicho-. Me has dicho que Nick quiere verte. No será una de estas relaciones modernas sin compromisos, ¿verdad? ¿En las que él puede hacer lo que quiera y tú también?

-No exactamente.

Sinceramente, no estaba segura de qué era, pero no podía decirlo abiertamente.

-Me gustaría conocerlo -afirmó Joan.

Cory se puso nerviosa. Joan sólo había visto a William una vez y había sido tal desastre que no lo repitieron nunca.

-Yo sólo lo he visto dos veces -objetó-. Es demasiado pronto para que lo traiga y le interrogues.

-No le interrogaré.

Joan la miró de tal forma que Cory entendió que no podía negarse.

-Sólo a cenar.

-Todavía no -dijo Cory con firmeza.

-¿Todavía no? -Joan se comportaba como un auténtico bulldog británico cuando quería-. ¿Entonces cuándo? Tus padres ya no están y ahora yo me siento responsable de ti.

Cory no pudo evitar reírse en voz alta.

-Sabes tan bien como yo que mamá y papá no me hacían caso -contestó con un poco de resentimiento-. Ellos jamás habrían dicho que se consideraban responsables de mí.

-Ellos se lo perdían -suspiró Joan; miró la cara de la joven y se preguntó cómo dos personas inteligentes como los padres de Cory podían haber estado tan ciegos a las necesidades de su hija.

-Pero me preocupa. No lo puedo evitar. Y sé que eres una mujer

totalmente moderna que controla su vida y su destino, pero aun así…

Cory no estaba de acuerdo con la parte sobre el control.

-Puede que en un par de meses -dijo para complacerla. Si todavía estaban juntos. Lo cual dudaba. No pudo evitar sentir cierta preocupación.

-Te tomo la palabra -dijo Joan con gran satisfacción-. Ahora prueba el bizcocho que hice esta tarde con el café. Se me está empezando a dar bien esto de cocinar, ¿verdad, Rufus? -añadió mirando al perro que babeaba a sus pies-. Después de tantos años de trabajo comiendo fuera o engullendo comida rápida delante del televisor, he descubierto la satisfacción de hacer una comida con ingredientes frescos.

-Tú y Nick vais a tener muchas cosas de que hablar -dijo Cory.

Y así fue. Dos meses más tarde, durante los cuales Nick y Cory se vieron casi todas las noches, Cory se descubrió viendo cómo él utilizaba sus encantos para ganarse el afecto de su tía. Llegó a la casa con una colección de plantas medicinales, todas ellas en tiestos. Le murmuró a Cory, que había llegado antes para ayudar con la cena, que había pensado que le gustarían más que unas flores; y llevaba también un hueso gigante para Rufus. El perro se convirtió rápidamente en su compañero personal, se sentó a sus pies durante toda la cena y se tumbó al lado de su tumbona cuando se retiraron al pequeño jardín.

Salieron a la cálida tarde de agosto y en el jardín olía a césped recién cortado. Cuando Nick y su tía se enzarzaron en una conversación detallada sobre los beneficios de ciertas hierbas en ciertos platos y otras delicias culinarias, Cory sucumbió al sueño.

La despertó un beso en los labios. Abrió los ojos y descubrió que su tía no estaba.

-¿Adonde ha ido? -preguntó a Nick, adormilada.

-¿Tu tía? Ha llevado a Rufus a dar un paseo rápido por el parque. Por lo visto tienen una rutina por las tardes ahora que está mejor de su pierna. Así Rufus tiene la oportunidad de ver a Osear, un perro pastor inglés viejo -le explicó Nick con conocimiento de causa-, y a Perinwinkle, un pastor alemán. Según tu tía, son la versión canina de los tres mosqueteros y Rufus se deprime si no los ve.

Su expresión cambió.

-¿Te has aburrido antes? -le preguntó con tacto.

-¿Aburrirme?

Cory miró su rostro atractivo y se preguntó si él era consciente de su belleza.

-¿Cómo voy a aburrirme aprendiendo de los beneficios de la albahaca, el tomillo y el requesón con mantequilla?

Él sonrió y las arrugas sexys de sus ojos la obligaron a respirar profundamente.

-¿Ha salido todo bien, verdad? -dijo con gran satisfacción-. Tengo a tu tía comiendo de mi mano.

Cory opinaba lo mismo, pero no iba a permitir que él lo supiera.

-Le contaré la verdad en algún momento -le prometió.

-Ven aquí -dijo él.

Su tono de voz había cambiado y, cuando ella se enderezó, él la tomó en sus brazos.

-Llevo toda la tarde deseando hacerte esto -dijo.

Su beso fue feroz, hambriento y ella respondió con la misma fiereza y las mismas ganas. Siempre era así.

Permanecieron unidos y retorciéndose suavemente mientras sus manos se exploraban y sus bocas se fusionaban. Nick saboreaba toda su dulce piel, presionaba su lengua contra el cuello de ella. Sabía exactamente lo que tenía que hacer y cómo complacerla.

-Es una lástima que tu tía vaya a volver enseguida -dijo él a regañadientes, con voz ronca mientras le colocaba la ropa.

Sus ojos se tiñeron de un azul más oscuro de lo normal y ella le sonrió; la emoción de saber lo mucho que la deseaba le provocaba cosquillas por toda la columna.

-Te deseo Cory.

Deslizó su dedo por su garganta y lo pasó entre sus pechos; ella empezó a temblar.

-Y tú me deseas a mí. No a ratos ni sólo un poco cada vez.

El deseo era peligroso. En aquellos momentos más que nunca. Ella lo miró; el atardecer parecía agrandar sus ojos.

-Te amo -dijo él suavemente-. ¿Me amas tú a mí?

Cory sabía que llegaría ese día. El verano había sido maravilloso, mágico, pero cuanto más tiempo pasaban juntos, más peligrosa se hacía la telaraña. La distancia entre ellos era tan inmensa como siempre.

Se separó un poco y lo miró a los ojos. Tenía que ser sincera con él. Era la única forma, pero temía que él pudiera cansarse de ella.

-No estoy segura de saber lo que es el amor -dijo con cautela-. Mis padres compartían este sentimiento que ellos llamaban amor pero para mí, desde fuera, era más una obsesión. Los volvía crueles con... otras personas sin que ellos se dieran cuenta.

-¿Contigo? -murmuró él, sin soltarla. Miró su rostro, pálido por la emoción.

Ella asintió.

-Una de mis compañeras de universidad me dijo que yo había sido programada desde mi niñez para aceptar el hecho de que no merecía ser amada. Entonces la odié por eso, no era una buena amiga y siempre estaba analizando a los demás porque estudiaba psicología, pero puede que tuviera razón. Me dijo que yo jamás había conocido el amor en mi infancia, que no había vivido esa mentalidad de «dame un niño hasta que cumpla los siete años y te devolveré a un hombre», y que tampoco podría conocerlo en mi madurez.

Nick soltó una palabrota tan fuerte que conmocionó a Cory.

-Sácate eso de la cabeza -le dijo con dureza. Es una estupidez y a ésa deberían encerrarla en un manicomio.

-Le dieron matrícula de honor.

-Si por mí fuera le daría unas cuantas cosas más.

La agitó con suavidad.

-Escúchame, Cory. La vida es lo que tú haces de ella, ¿vale? No se juega con las cartas que te gustarían, juegas con las que te han tocado y algunas son muy malas. Recuerda a Lucinda. Esa mujer fue creada para tener bebés, bebés gordos, grandes e italianos, pero ¿la ves a ella llorando por las esquinas? Recuerda su cumpleaños, ella se sentía feliz e hizo lo posible por que nosotros también lo estuviéramos.

Se habían divertido mucho en la fiesta, que había durado toda la noche, hasta que sirvieron el desayuno.

-Ella sabe que John la quiere, que la quiere de verdad, y ella a él -dijo Cory-. No está confundida ni inhibida. Confía en él.

-Tienes mucha razón. Pero si hubieran podido tener hijos rebosarían de amor y los cubrirían de amor. ¿Lo entiendes, verdad? Porque ésa es la verdad, no son egoístas ni restrictivos. Tu misma has dicho que tus padres estaban más obsesionados que enamorados. Y lo cierto es que tú necesitabas más de lo que te daban. Pues claro que eres digna de amor.

-William me dijo que me amaba -comentó con rotundidad.

-William era un idiota.

Ella lo miró con tristeza.

-No puedes decir eso. No lo conociste.

-Y espero no conocerlo nunca, por su propio bien -declaró Nick muy serio-. Cory, aquel tipo no sabía lo que quería y tú lo sufriste. Hay hombres así, pero no todos somos iguales. Yo jamás te he

mentido y nunca lo haré.

No, pero eso no se lo iba a poner más fácil cuando se cansara de ella. Él podía tener a cualquier mujer. ¿Por qué iba a quedarse con ella?

-Crees que si te dejas amar por mí acabaré tratándote como William, ¿verdad?

Cory notó que se esforzaba por no perder la calma y no le culpaba por ello. Deseó que la soltara. No podía pensar con claridad en sus brazos. Hizo un gesto negativo.

-Ya te lo he dicho. No creo que seas como él. Puede que al principio, pero no después de conocerte.

-¿Entonces cuál es tu problema? ¡Por el amor de Dios!

«Yo. Yo soy el problema».

La llegada por sorpresa de Rufus y la voz de Joan gritando que habían vuelto puso fin a la conversación. El deseo de Cory se cumplió, porque él la soltó y se agachó para acariciar al perro justo cuando Joan entró.

-Lamento haber tardado tanto, pero Rufus es tan popular que me ha sido imposible marcharme antes -les dijo con seriedad, como si hubiera acompañado a una gran celebridad-. ¿Y ahora un café? ¿Sí?

Cory se inventó una excusa y los dejó. Cuando llegó al cuarto de baño rosa y crema de su tía, se encerró dentro y se sentó en el borde de la bañera. Estaba temblando y no podía parar. Él decía que la amaba, pero seguramente había dicho lo mismo a todas las mujeres con las que había tenido una relación larga.

Se pasó la mano por el pelo antes de gemir suavemente. ¿Se había vuelto demasiado posesiva? Miles de mujeres en todo el mundo estaban dispuestas a entregarse física y emocionalmente a un hombre sin la promesa de que saliera bien, incluso aunque sólo fuera por un rato.

La cabeza le daba vueltas. Cuando William la abandonó, su vida se volvió desagradable pero no se derrumbó. Puede que llorara en su interior pero apretaba los dientes y mostraba al mundo a una Cory capaz y normal.

Alzó la vista y miró a la chica de ojos grandes que le devolvía el espejo. «Porque lo amaba», pensó con angustia; y lo afrontó por primera vez. Antes le había mentido. Ella conocía lo que era el amor desde que Nick había entrado en su vida, y el afecto que sintiera antes por William, antes de que éste le hiciera daño, no se podía comparar. El frío invadió sus extremidades a pesar de la noche caliente de agosto y se echó a temblar. ¿Qué clase de sufrimiento emocional la esperaba? ¿Sería capaz de recoger los

pedazos rotos después y continuar?

Cerró los ojos fuertemente e intentó pensar. Ella temía querer y ser querida. Todo se reducía a eso. Nick esperaría que ella confiara en él, en lo que a otras mujeres se refería. No la engañaría con otras mientras estuviera con ella. Él no era así. Pero si su amor hacia ella se agotaba y se enamoraba de una de aquellas emocionantes y elegantes mujeres de negocios que conocía todos los días...

Ella no podía ser lo que él quería. Se levantó y empezó a andar de un lado para otro. Y ésa era la cuestión en realidad. Sería incapaz de dejarle marchar por las buenas cuando llegara el momento, de hecho no sería capaz de dejarlo marchar nunca. Y entonces todo sería espantoso. Esas cosas ocurrían con frecuencia.

Pero no a ella. Dejó de andar y se quedó quieta. Porque no estaba dispuesta a permitirlo. Tenía que tomar las riendas desde ese momento. Aunque fuera tarde, mejor tarde que nunca. Sonrió con aire sombrío.

Nick y su tía estaban sentados comiendo merengues de azúcar moreno y bebiendo café cuando ella se unió a ellos.

-Perdona que hayamos empezado, cielo, pero tardabas mucho - Joan levantó la cabeza para mirarla, dejó de sonreír y puso cara de preocupación-. ¿Te encuentras bien, Cory? De repente te has puesto pálida.

-Tengo jaqueca.

Era verdad. Su cabeza estaba a punto de estallar de dolor.

-¡Oh, cuánto lo siento, cariño! -su tía se puso en pie-. Te traeré una aspirina.

Cuando Joan desapareció en la casa, Nick se inclinó y le agarró la mano.

-Estás fría -le dijo en voz baja-. Seguro que te estás resfriando. ¿Quieres que te lleve a tu casa?

Lo que ella quiso era retrasar el tiempo hasta el momento antes de conocerlo. Aquel tiempo en el que no había altibajos, sólo un paso tranquilo y rítmico en la vida.

Conocía aquellos síntomas. Había sufrido varios episodios de migrañas en la universidad que el médico había achacado al estrés. Pronto sentiría náuseas, ya sentía que se le revolvía el estómago.

Tropezó y Nick la ayudó a subirse al coche y ella no protestó cuando tuvo que ponerle el cinturón. Podría haberla desvestido y no le hubiera importado.

-Tienes que ir al médico -la voz de él era tan fuerte que parecía gritar; la capacidad auditiva de ella se había multiplicado.

-Sólo es una migraña -susurró a través de los labios entumecidos,

y rezó para que no le diera por vomitar dentro de su coche fantástico.

-¿Las sufres a menudo?

El motor era bastante silencioso, pero esa noche parecía la turbina de un reactor preparado para el despegue.

-No a menudo. Por favor, no me hagas hablar.

Nick debió captar su súplica, porque no volvió a hablar; salió de la entrada de la casa de la tía y condujo despacio y con suavidad.

A pesar del dolor, Cory apreció su delicadeza. Por lo general, no se podía decir que Nick condujera despacio precisamente.

Cuando llegaron al piso de ella, Cory tuvo el tiempo justo de zambullirse en el cuarto de baño para echar a perder la deliciosa cena de Joan por el retrete. Apenas era consciente de la ayuda de Nick, que usó una toalla húmeda para limpiarle la cara.

-Me pondré bien ahora, gracias -le susurró con dolor-. No suelo ponerme mala, me acostaré y se me pasará en veinticuatro horas.

Él no comentó nada, la tomó del brazo y la guió por el dormitorio como si fuera una anciana frágil. Y así era como Cory se sentía en aquellos momentos.

Una vez sentada en la cama, volvió a decir:

-Ahora me pondré bien. Puedes marcharte.

-No estás bien y no estoy seguro de que esto sea una migraña. ¿Y si has comido algo que te ha sentado mal o algo así?

-A mi tía Joan le encantaría oírte decir eso.

-No lo digo por la cena. ¿Qué has comido a mediodía?

Cory no quería pasar por aquello en esos momentos. Pero él la obligó a contestarle.

-Taglietelle -murmuró-. Y estaban perfectamente. Ya te lo he dicho, esto es una migraña. Ahora, si no te importa, me gustaría acostarme.

-Está bien. Te ayudaré. ¿Dónde guardas tu camisón o lo que te pongas?

Cory abrió un ojo y deseó no tener una especie de láser en el cerebro.

-Puedo hacerlo yo sola -dijo irritada, y estremeciéndose al son de los tambores que oía en su cabeza-. Si no te importa, márchate y déjame sola para que pueda dormir.

-Esperaré fuera hasta que estés metida en la cama.

¡Por el amor de Dios! Después de cerrar la puerta, Cory se desnudó lo mejor que pudo. No se molestó en buscar el camisón, que estaba doblado dentro de uno de los armarios, y se metió debajo del suave edredón de verano con cierto alivio.

Unos minutos más tarde oyó abrirse la puerta y la voz profunda de Nick dijo:

-Hay un vaso de agua en la mesilla por si lo necesitas.

-Gracias. Ahora márchate.

-¿Quieres una manta? Antes tenías frío.

Lo cierto era que aún tenía frío, las migrañas siempre le producían esa sensación. Debatió un instante en su mente si debía admitir que tenía frío o enviarlo a su casa.

-Hay una bolsa de agua caliente en uno de los cajones del armario -le dijo con los ojos cerrados-. Tiene un dibujo del osito Winnie-the-Pooh.

Hubo un silencio.

-La he encontrado.

No tardó nada en volver. Cuando Cory oyó abrirse la puerta, sacó un brazo del edredón.

-Gracias.

Se sentía peor. En la universidad le habían recetado una medicina especial, pero desde que las migrañas cesaran y desaparecieran de golpe no había vuelto a renovar la receta. Ahora deseaba haberlo hecho. La aspirina de su tía no le hacía el menor efecto.

-¿Puedo hacer algo más por ti?

-No, no, gracias -añadió, sabiendo que había sido demasiado brusca.

-Te dejaré descansar.

Cory notó que los labios de él la besaban en la frente y después se cerró la puerta.

No tenía ni idea del tiempo que estuvo en la cama cuando de repente se dio cuenta de que tenía que volver a ir al baño.

Apartó el edredón y luchó por ponerse en pie. Después de cometer el error de abrir los ojos una vez no volvió a intentarlo, así que salió de la habitación a ciegas guiándose por el tacto. Llegó hasta el cuarto de baño sin dificultades pero sólo para descubrir que volvía a sentir náuseas. Extendió la mano hacia atrás para buscar la bañera y se sentó en el borde hasta que decidiera si volver o no a la cama.

-¿Qué haces?

El susto que le produjo la voz de Nick le hizo abrir los ojos de golpe y miles de cuchillos se clavaron en su cerebro. Estaba completamente desnuda y él estaba allí espiándola.

-¿Que qué hago? Pero tú te marchaste hace mucho, yo te oí -lo miró y se ruborizó.

-Fui a la farmacia a comprarte algo más fuerte que una aspirina -repuso Nick con aplomo.

Pero él no era el que estaba desnudo.

-Iba a darte dos pastillas cuando despertaras.

-¿Has estado aquí todo este tiempo? -musitó ella.

Cory pensó que habría estado bien que siguiera todavía allí.

-Vamos. Métete en la cama y te prepararé algo caliente para que te tomes estas pastillas, si te tomas dos ahora empezaras a sentirte mejor para la hora de comer cuando despiertes. Las pastillas te ayudarán a dormir bien.

Cory deseó que él la hubiera despertado cuando volvió con ellas. Así no tendría que haberse tambaleado ciegamente por el piso desnuda.

-Gracias -dijo a regañadientes.

Cory se tragó las píldoras y se terminó la leche antes de volver a acurrucarse debajo del edredón. Era obvio que a él no le había afectado lo más mínimo verla desnuda.

-En serio, ya puedes marcharte -le dijo cuando le oyó acercarse a la puerta-. Tú mismo has dicho que dormiré hasta la hora de comer.

Nick no contestó, sólo cerró la puerta con delicadeza, cosa que a ella le resultó más insoportable que una discusión.

Cuando volvió a abrir los ojos, había un rayo de sol colándose por las persianas, pero descubrió que ya no le molestaba la luz. Se sentía terriblemente cansada y muy frágil, pero el dolor insoportable se había ido, sólo quedaba un suave dolor de cabeza.

¿Seguiría Nick allí? Como ya podía abrir los ojos sin miedo al láser, se incorporó lentamente.

¿Estaría allí todavía? Tampoco esperaba encontrárselo la noche anterior. Sus mejillas se sonrojaron al recordar el incidente en el cuarto de baño.

Sacó las piernas fuera de la cama y se puso de pie. La cabeza le dolía un poco, pero por lo demás se sentía bien. Tenía un aspecto horrible, sencillamente horrible.

Fue al cuarto de baño a lavarse la cara con una crema que usaba y a cepillarse concienzudamente los dientes. Pensó en darse un baño de agua caliente largo para relajarse, pero cinco minutos más tarde estaba en la cocina mirando cómo Nick preparaba beicon. Él se giró y dijo sonriente:

-Iba a llevarte el desayuno a la cama, pero desayunaremos juntos en la cocina. ¿Cómo te sientes?

-Mucho mejor -consiguió articular con esfuerzo-. Y gracias por quedarte, por las pastillas y por todo.

-Todo forma parte del servicio de camas de Nick Morgan -rompió varios huevos y empezó a batirlos.

-Sírvete tu misma el zumo de naranja y sírveme uno a mí, ¿puedes? -dijo por encima del hombro.

Cory le miró la espalda. Después de lo que había decidido en el baño de su tía, no le parecía buena idea que Nick se instalara tanto en su casa. Además, le resultaba demasiado agradable. Sugería cosas que nunca podrían ser y le iba a resultar aún más difícil cuando él desapareciera de su vida. Pero era incapaz de decirle que se marchara, y menos después de haber pasado la noche en su sofá preocupado por ella. No resultaría tan difícil si hubiera tenido un cuarto para invitados, pero el segundo dormitorio lo usaba como despacho.

El se giró, colocó un plato con tostadas encima de la barra y le tocó los labios con los dedos. Antes de que ella pudiera reaccionar, devolvió su atención al beicon.

-Menta -le dijo cariñosamente.

-¿Qué?

-Sabes a menta esta mañana.

-Me he cepillado los dientes -repuso ella, sin necesidad-. Nick, tenemos que hablar. Lo que dejamos a medias anoche en casa de mi tía... No estoy segura... -titubeó, sin saber si debía continuar o no.

Los músculos de la espalda de él se tensaron y contestó con normalidad:

-No antes de desayunar. Me muero de hambre y no puedo hablar con el estómago vacío. Además, tienes que comer algo para tomarte otra pastilla. Pero sólo una esta vez.

-No tengo hambre.

Nick se giró con dos platos, colocó uno delante de ella y se sentó a su lado y comenzó a comer.

-Come, Cory -le dijo suavemente. Hablaremos en otro momento.

Capítulo 6

Cory se quedó mirando fijamente el informe encima de su despacho pero su mente estaba en otra parte. ¿Tendría que haber agarrado al toro por los cuernos el día anterior y haberle pedido a Nick que se marchara? Tuvo muchas oportunidades porque pasó casi toda la tarde con ella.

Se retorció en su silla. ¡Pero había sido tan agradable, tan especial!

Estuvo tumbada con la cabeza en el regazo de él, que le acariciaba el pelo, y consiguió dormir bastante. Se mostró cariñoso, caballeroso y relajado.

Pensó con un sentimiento mitad dolor y mitad placer que él había cuidado de ella. No había pensado en sus propias necesidades y se había entregado incondicionalmente a cuidarla.

Sonó el teléfono de su escritorio y contestó automáticamente, pensando que era Nick.

-Aquí la señorita James. ¿En qué puedo ayudarle?

-Se me ocurran muchas, pero todas son pornográficas.

-¿Nick?

Cory podía sentir la calidez de la voz de él en su interior e intentó moderar su tono.

-¿Por qué me llamas a las diez de la mañana?

-Quería saber cómo se encontraba mi chica favorita -dijo él.

-Todo ha vuelto a la normalidad, pero me siento terriblemente cansada. Si me acuesto pronto varios días seguidos me pondré bien.

-Claro -asintió él-. Es mejor así. También te llamo para decirte que tengo que salir de la ciudad unos días. Llevo tiempo retrasando un viaje a Alemania, pero no me queda más remedio que ir esta semana.

-Sí, claro -musitó Cory.

De repente el rayo de luz que entraba en su despacho adquirió un tono más oscuro.

-Espero que te vaya bien -dijo por lo bajo.

-Por supuesto.

De repente Cory se sintió furiosa. Sabía que no tenía razón pero no podía evitarlo. También sabía que tenía que esperar un minuto antes de volver a hablar porque lo último que quería era que él supiera cómo se sentía.

-¿Cory? ¿Sigues ahí?

-Sí. Lo siento. Alguien me estaba entregando un documento -

mintió rápidamente.

-Es mejor que no te entretenga más tiempo. Cuídate mucho y no trabajes demasiado. Te llamaré.

-Está bien. Adiós.

-Adiós, cariño.

Nick colgó, pero ella se quedó mirando el teléfono unos instantes antes de colgarlo. «Cariño». Era la primera vez que la llamaba así, y su voz sonaba diferente; era dulce, suave... como si lo dijera de verdad.

¡Basta! Ya había vuelto a pensar y pensaba demasiado. Había decidido que la acción era la única respuesta a ese lío increíble en el que se había metido, y la acción en ese caso se traducía en distancia. Jamás habría esperado que fuera Nick el que marcara aquella distancia. Pero le parecía bien, muy bien. Así tenía que ser.

Nick la telefoneó cuando ella se preparaba para irse a la cama.

-¿Cory? Soy Nick. No tengo mucho tiempo, pero quería saber cómo te sientes. ¿Te ha vuelto a doler la cabeza?

Ella permanecía sentada como una estúpida en el borde de la cama. Abría y cerraba la boca y su corazón latía con fuerza a cada palabra de él. No esperaba aquella llamada.

-Estoy bien -contestó al fin, con voz más segura de lo que se sentía ella.

De pronto oyó risas de fondo y preguntó:

-¿Dónde estás?

-He salido a cenar con unas personas. Siento que haya tanto ruido pero es la primera oportunidad que he tenido para llamarte.

-No tendrías que haberte molestado -aquello le sonó fatal-. Ya tienes bastantes cosas de las que ocuparte para encima preocuparte por mí -añadió rápidamente.

-A lo mejor quiero preocuparme por ti -él dijo con suavidad, o con toda la suavidad que le permitía el ambiente de fondo-. Además, no creo que pueda llamarte mañana y quería pedirte que no hicieras planes para este fin de semana. Quiero llevarte a un sitio.

-¿Llevarme a un sitio? -estaba tan sorprendida que olvidó decirle que no podría ir. Tenía otros planes.

-A un sitio bonito.

-¿A un sitio bonito?

-Cory, estás repitiendo todo lo que digo -dijo él con paciencia-. Escucha, tengo que colgar.

El ruido de fondo aumentó aún más.

-Nos vemos el viernes. Ten una maleta preparada.

-Nick...

-Sueña conmigo.

Su voz era profunda y viril y ella la sentía en sus nervios como miel caliente.

-Sólo conmigo. "

-Nick...

-Porque yo soñaré contigo, especialmente ahora que te estoy echando de menos.

Cory pestañeó.

-Eso es un golpe bajo -contestó, con la esperanza de que su voz hubiera sonado altiva.

-Ahora ya te lo he visto todo.

Ella sabía que él estaba sonriendo. Podía notarlo en su voz.

-Y todo es bastante agradable, la verdad. Más que agradable...

Oyó que lo llamaban. Era una voz femenina.

-Escucha, tengo que colgar -dijo él rápidamente-. Nos han llevado a cenar después de una reunión eterna, son muy hospitalarios.

Pues claro que lo eran, tenían que serlo ¿no? Seguro que ellos, fueran quienes fueran, y seguramente habría una mujer entre ellos, no recibían la visita de muchos británicos con el aspecto de Nick Morgan.

-Nick, respecto a este fin de semana...

-Adiós, cariño -se cortó la comunicación.

Dos «cariños». Cory se quedó mirando la alfombra. Dos cariños y un fin de semana en alguna parte. Era sin duda el salto hacia la gran escena de seducción. ¿Sería posible que hubiera planeado el viaje a Alemania para que ella le echara de menos y fuera más receptiva a su regreso?

Se restregó la cara con la mano para limpiarse las lágrimas de las mejillas. ¿Cómo iba a soportar no volver a verlo?

Llegó el viernes y Cory estaba destrozada. A pesar de saber que estaba decidida a no viajar con Nick Morgan, se sorprendió haciendo la maleta, sólo por si acaso. Lo que la convertía en una candidata perfecta para el manicomio, se dijo cansada, mirando el reloj. Las seis de la tarde.

Había telefoneado a la oficina de Nick y su secretaria le había dicho que él regresaba a Inglaterra por la tarde, y no, no tenía ni idea de si el señor Morgan se pasaría por su despacho o se iría directamente a su casa. Cory no sabía si creerla, pero aquella

secretaria diría exactamente lo que Nick le hubiera dicho que dijera, de eso no cabía la menor duda. Suponía que él debía haber notado que a ella le entusiasmaba poco salir el fin de semana por el tono de voz que había usado cuando él la llamó desde Alemania. Y si era así, sabría también que tenía pocas posibilidades de convencerla por teléfono y que tendría que persuadirla en persona.

Cuando sonó el timbre del telefonillo, Cory pegó un salto que por poco se cayó de la silla. Se dijo que debía ser la mujer más débil del mundo y se acercó al telefonillo del pasillo.

-¿Sí? -dijo con flaqueza, mientras un montón de mariposas bailaban el tango en su estómago.

-Soy yo.

Sólo fueron dos palabras, pero bastaron para que ella se echara a temblar.

-Hola.

Respiró hondo y procuró relajarse.

-Sube -le dijo. Apoyó una mano en la puerta porque sus piernas amenazaban con derrumbarse.

Seguía en la misma posición cuando él llamó a la puerta unos segundos más tarde.

Se dijo que podía hacerlo e intentó ignorar la precipitación de su corazón. Tenía que calmarse y actuar fríamente. Nada de lágrimas, ni histeria; no podía montar una escena. Usaría la frase «podemos seguir siendo amigos», aunque sabía bien que a ella no le sería posible.

Abrió la puerta. Nick estaba apoyado en el montante con un ramo de flores en la mano.

Nick le tapó los labios con un beso explosivo tan lleno de deseo que el mundo se detuvo, por lo menos el de Cory. La había besado con ansia en el pasado, apasionadamente, hasta que a ella le flaqueaban las piernas y quedaba aturdida, pero nunca como en ese momento.

El la abrazó por la cintura y ella se apretó contra él, buscando su calor y su fuerza; los dos necesitaban fusionar sus cuerpos.

Nick apartó sus labios un instante para recuperar el aliento, pero después su boca volvió a la de ella como si no soportara la separación. Jugó con su lengua, buscando una respuesta, hasta que ella se abandonó a la sensación de puro placer.

-¡Cuánto te he echado de menos! -él levantó la cabeza ligeramente para mirarle la cara-. No tienes ni idea.

Claro que la tenía. Desde luego que sí.

-Sueño con hacerte esto todas las noches -continuó él.

Volvió a inclinar la cabeza para besarla primero en la boca y después en la mejilla y la barbilla antes de forjar un camino ardiente hasta su oreja.

-Di que me has echado de menos -murmuró; su aliento la hacía temblar con una anticipación incontrolable-. Dímelo.

-Te he echado de menos -Cory se abandonó en sus brazos para decírselo mejor con su cuerpo-. Muchísimo.

Nick le pasó una mano por los pechos y acarició sus formas a través de la tela suave del top. Ella soltó un gemido y él sonrió, una sonrisa lenta y viril que hizo que a ella se le erizara todo el vello del cuerpo.

-Estás muy bien -dijo él con suavidad-. Sabes de maravilla. Eres fantástica.

-Tú también.

Nick se rió dentro de su boca.

-Eso no vale. Tienes que usar tus propios halagos, no los míos.

A ella le pesaban los ojos, tenía la boca hinchada por los besos.

-Eres asombroso -murmuró. ¿Te vale eso?

-No está mal para empezar.

La cambió de brazo, pero en lugar de seguir acariciándola, se agachó a recoger las flores del suelo.

-Ponlas en agua antes de que nos marchemos -murmuró.

-¿Adonde vamos?

Habían recorrido varios kilómetros antes de que Cory le hiciera esa pregunta en voz baja y ronca. Todavía seguía registrando las sensaciones que había vivido en el piso, la forma en que sus cuerpos encajaban perfectamente, el gozo de dar y recibir, las maravillas del mundo del placer y la necesidad y la pasión con las que Nick la había saludado.

-Adivínalo -sonrió él-. Conoces el sitio pero nunca has estado.

-Eso podría ser cualquier parte de Inglaterra -repuso ella, haciendo un gesto con la nariz. No soy una mujer que haya viajado mucho.

Lo miraba mientras hablaba, aunque los ojos de él estaban fijos en la carretera. Tenía un aspecto duro, peligroso y muy sexy. Llevaba ropa más informal de lo normal y ella sabía que había pasado por su piso antes de ir a buscarla. Había cambiado los trajes a medida por unos vaqueros claros, que se ajustaban bien a sus caderas, y una camisa negra que resaltaba su virilidad más que ninguna de sus camisas de seda.

De repente ella se dio cuenta.

-Vamos a tu casa -le dijo-. A tu casa en Barnstaple.

-Así es.

Nick le tomó la mano, se la llevó a la boca, y le besó los nudillos.

-He pensado que ya es hora de que veas dónde vivo.

-Tú vives en un piso.

-No.

Sus ojos azules la distrajeron un instante.

-El piso sólo lo ocupo. Hay una diferencia.

Ella observó su perfil moreno. Se había afeitado no hacía mucho, tenía un pequeño corte en la barbilla. El nerviosismo que le produjo aquella sensación le dio miedo.

-Además, pensé que te gustaría conocer a parte de mi familia -continuó él como si nada.

-¿A tu familia?

-No, me refería a la familia que vive en la casa al lado de la mía -se burló él con sarcasmo-. Pues claro que a mi familia. ¿Por qué? ¿Te molesta? Son gente muy corriente.

Cory no supo qué decir. Quiso preguntarle si llevaba a todas sus novias a conocer a su familia pero no se atrevió. Lo más probable era que lo hiciera. O al menos lo pensó cuando notó que su corazón traicionero empezaba a hacer de las suyas.

-El cumpleaños de mi madre es el domingo y me ha parecido un buen momento -añadió él.

-¿Es el cumpleaños de tu madre? -ella se puso recta como una vela en su asiento.

Todas las sensaciones bellas que permanecían en ella después del episodio del piso se desvanecieron de golpe.

-¿Es el cumpleaños de tu madre y no me lo has dicho? No le he comprado nada.

-No se dará cuenta -dijo él con la falta de visión que caracteriza a los hombres en ocasiones de esa índole.

-Pues claro que se dará cuenta -Cory estaba aterrorizada-. ¿Le has comprado algo tú?

-Mañana le compraré algo -contestó él con calma, con una voz que aseguraba que no había nada de lo que preocuparse-. Le pregunté qué quería y me dijo que algo para la casa.

¡Hombres! Cory cerró los ojos un instante.

-¿Un último modelo de aspiradora quizá?

Él no pareció notar su sarcasmo.

-Nick, tu madre es una mujer, por si no te habías dado cuenta -dijo Cory enfadada-. ¿Le has comprado algo alguna vez?

¿Bombones? ¿Flores? ¿Un libro? ¿Ropa?

-¿Ropa?

Parecía tan escandalizado como si le hubiera insinuado algo obsceno.

-Pues claro que no. Aunque sí le he comprado bombones y flores en otras ocasiones.

Cory pensó que todavía había esperanza para él.

-Y seguro que le encantó, ¿verdad?

-A mi madre le gusta todo lo que le compro -había algo de resentimiento en su contestación-. Lo que cuenta es el detalle, ¿no?

Eso era lo que se decía. Y esa frase debía haberla inventado un hombre.

-Mañana iremos de compras -dijo ella-, para que le compres algo tú y algo yo. ¿Cómo es ella? Descríbemela.

-¿Mi madre? -él hizo un gesto irónico con la boca-. Es toda una mujer.

Tenía que serlo para tener a un hijo como él.

-Mi padre y ella tenían una de esas relaciones en las que en un instante se llevaban a matar y al instante siguiente ella caía en sus brazos, dos personalidades muy fuertes, ¿me entiendes?

Ella asintió.

-Pero nosotros nunca dudamos de que se querían entre ellos y a nosotros. Mi padre era más serio, estirado, muy conservador, el típico abogado supongo.

-¿Tu padre era abogado?

Por alguna razón, ella había dado por hecho que era un hombre de negocios como Nick.

-Y muy bueno, por cierto -lo dijo con tanto afecto y orgullo que ella quedó impresionada-. Mi madre... -volvió a sonreír-. Mi madre es única. Realmente original. Es poco conformista, luchadora y tenaz. Mi padre solía decir que se la enviaron para que él fuera más humilde.

Cory sonrió, pero pensó que la madre de Nick le daba un poco de miedo.

-¿Trabaja ella?

-Trabajaba defendiendo los derechos de los animales cuando mi padre la conoció, pero cuando nosotros éramos pequeños se dedicó a ser ama de casa y disfrutó con ello. Cuando mi hermana más pequeña empezó el colegio, ella comenzó a desarrollar una de sus grandes pasiones, la pintura, y también volvió a trabajar en la ONG a favor de los animales. Hace trabajos voluntarios en la iglesia, relacionados con la pintura.

Guardó silencio para ejecutar una maniobra que Cory estaba segura de que era ilegal y que provocó que otros conductores usaran sus cláxones.

-Le ha ido muy bien. Ahora vende cuadros por todo el país.

Cory se sentía cada vez más nerviosa ante la posibilidad de conocer a semejante supermujer.

-¿Qué me puedes decir de tus hermanas? -preguntó con flaqueza y pensando que no le apetecía conocer la respuesta.

-Rosie tiene treinta años, se casó con su novio de juventud a los dieciocho y tiene dos niños, Robert que tiene diez y Carolina de ocho. Le encanta ser ama de casa y esposa y es un calco exacto de nuestra madre. Jenny tiene veintiocho años, se recorrió el mundo entero con una mochila desde los dieciocho hasta los veintitrés, se casó con un artista con negocio propio que se dedica a la alfarería y tuvo dos niñas gemelas cuatro meses después de la boda.

Enarcó las cejas.

-Eso fue dos años después de que mi padre muriera. ¡Si él levantara la cabeza ahora!

Cory se echó a reír.

-¿Entonces las gemelas tienen tres años ahora?

-Los cumplen unos días antes de Navidad.

-Parecéis una familia muy feliz.

Él hizo un gesto de desaprobación con la boca.

-Cuando Jenny y Rod decidieron poner a sus hijas nombres de frutas, Peach y Pears, a mamá le pareció estupendo y a Rosie y a su marido les pareció horroroso. Aunque no hay tía y tío más dedicados que Rosie y Geoff. Bien, ya te he hecho un buen resumen.

-¿Y tú qué? -preguntó ella con interés-. ¿Qué te parecieron los nombres?

-Por lo visto Jenny superó un parto traumático, tuvo hemorragias y casi la perdimos, pero las gemelas nacieron saludables. Los nombres de las flores se consideran aceptables, así que, ¿por qué no el nombre de otra cosa como la fruta?

-¿Estás intentando mostrar tu lado bohemio? ¿Sería posible que en el futuro pudieras considerar Alcachofa o Repollo, o incluso Nueva York si el desafortunado niño fuera concebido lejos de casa?

La sonrisa de él se apagó. No dijo nada por un instante y después contestó:

-No tengo la intención de tener hijos.

-Es mejor así, si piensas llamarlo Repollo -dijo ella.

Su voz era suave y sonreía. Pero la intimidad calida que había antes en el coche había desaparecido y ambos lo sabían. Cory se

arrepentía profundamente de haber quebrado el ambiente.

¡Seguro que la casa de Nick se trataba de una propiedad espectacular! Incluso antes de pasar por el camino de piedras serpenteante entre pequeños jardines de flores y árboles centenarios, Cory se había estado preparando para ver la casa de Nick. Y de repente allí la tenía delante de sus ojos. Era un edificio grande de piedra rodeado de magníficos castaños y en las ventanas había luz.

-Bien -murmuró Nick por lo bajo-. Rosie se ha acordado de dejar las luces encendidas. Siempre se pasa y me llena la nevera cuando sabe que vengo a casa -añadió mientras subían los enormes escalones de piedra que conducían hasta la puerta principal.

-Nick.

Por un instante Cory se quedó sin habla.

-Esto es maravilloso, simplemente precioso.

Él le sonrió en la sombra, sus ojos azules resplandecían.

-Me enamoré de este sitio la primera vez que lo vi. La casa se construyó a principios del siglo dieciocho, aunque he hecho algunas mejoras desde entonces. Entra a echar un vistazo.

Cory supo en cuanto entró en el espacioso vestíbulo que el interior de la casa no tenía nada que envidiar al exterior. El suelo de madera de roble se extendía por todas las habitaciones, con su belleza intercalada por grandes alfombras.

El comedor, un saloncito para desayunar, el despacho de Nick y la cocina de estilo antiguo estaban bellamente decorados pero desprendían además una sensación de comodidad que inundaba toda la casa.

Junto al guardarropa del primer piso una escalera de madera conducía a cuatro dormitorios espaciosos con camas dobles, todos con su cuarto de baño, y un dormitorio gigantesco principal. Aquel dormitorio hizo que Cory respirara profundamente cuando entró en él. No por el armario, que era más grande que su salón, ni tampoco por el cuarto de baño, que era aun más lujoso que el del piso de Nick. Era por la cama. Era diferente a cualquier otra cama que jamás hubiera visto. De hecho, parecía más un océano de nubes que cualquier otra cosa.

Era obvio que él había anticipado su sorpresa. Así lo denotó el gesto de su boca cuando dijo;

-Supongo que ya te habrás imaginado que me hicieron una cama a medida. Soy un chico muy grande. Y me gusta tener espacio.

-Espacio te sobra -contestó ella débilmente, preguntándose cuántas mujeres la habrían compartido ya.

Estaba situada delante de un enorme ventanal, tenía las mismas vistas que el salón del piso de abajo, y tres escalones alfombrados de la misma longitud que la cama. El edredón, las almohadas y los cojines eran de distintos tonos de café y de color marrón, los mismos tonos que predominaban en todo el dormitorio. La cama era sensual, desproporcionada y pecaminosa, controlaba el espacio de todo el dormitorio y declaraba sin ningún tipo de remordimiento que el placer era su mayor objetivo.

Cory tuvo que aclararse la garganta antes de poder decir:

-A pesar de la oscuridad, los terrenos parecen muy bonitos.

Nick había encendido algunas luces exteriores antes de empezar a enseñarle la casa y se veía la zona detrás del edificio.

-Es muy bonito. Cory -dijo él serio.

-¿Qué hay fuera exactamente? -preguntó, con la esperanza de sonar digna.

-¿Exactamente? Él sonrió con su sonrisa más sexy y Cory se prometió beber tres vasos de vino en lugar de dos.

-Veamos. Una piscina cubierta, una sauna con entrada a través de la cocina. Te la enseñaré cuando estemos abajo. Además hay una pista de tenis y un jardín de orquídeas y un jardín con mural, lo cual es muy anticuado pero muy bonito.

-Caray -dijo ella sorprendida-, tienes un terreno muy grande.

-No está mal, pero es bastante manejable, un jardinero viene una vez a la semana un par de horas.

Fue consciente de que él la observaba, y el regocijo había desaparecido de sus ojos.

-Relájate, Cory -dijo con suavidad-. Soy Nick, no William ¿lo recuerdas? Puedes salir de este cuarto cuando quieras y nadie te obligará a quedarte. Sólo quería que vieras mi casa, nada más.

Lo que dijo era mitad verdad y ella lo sabía.

De repente él la agarró de la mano y dijo con voz bastante normal:

-Iremos a ver la piscina y después cenaremos algo con un vaso de vino. Hace una noche estupenda, ¿Por qué no salimos fuera a disfrutarla?

-Sería muy agradable.

Cory sintió un gran alivio. Ahora entendía por qué sus amigas del pasado se desnudaban y se metían en la cama con hombres; eran jóvenes, no tenían problemas, eran bellezas seguras de sí mismas que no tenían nada que lamentar. Las envidió. Las envidió mucho.

Nick por lo visto le había pedido a su hermana que metiera una

botella de champán en una cubitera de hielo, y después de llenar dos copas y pasarle una dijo:

-Por nosotros.

La luz del verano era perfecta. El cielo estaba plagado de estrellas, el suelo de piedra debajo de ellos aún estaba caliente por el sol y el silencio bajo la luna en el jardín era mágico.

Cory respiró profundamente y tomó un trago del champán helado con un ligero sabor a fresas.

-Me pregunto cómo puedes volver a la ciudad después de vivir aquí.

-Yo también lo pensaba esta noche.

Cory temblaba, pero el frío que sentía le venía de dentro. Ella deseaba que él hubiera sido un hombre común, un hombre con un trabajo de nueve a cinco, con un poco de sobrepeso, al que quizá le olerían un poco los pies. Así no existiría la posibilidad de que se cansara de ella. Pero era una tontería, aquél no habría sido Nick y ella no lo querría si fuera diferente.

Pero ahora no quería pensar en todo eso. Se encogió de hombros interiormente. En aquel jardín encantador con Nick, aquella noche sería suya. Su sangre empezó a calentarse y precipitarse por sus venas. Aunque sólo le quedara aquel fin de semana, sería suficiente para ella.

Capítulo 7

Cuando terminaron el postre que les había dejado Rosie, Nick desapareció dentro de la casa con los platos para hacer café. Se negó a que Cory le ayudara, la besó concienzudamente antes de marcharse, dejándola inmersa en su sabor y en lo que sentía por ella.

Ella permaneció sentada en el jardín perfumado, envuelta en un brillo sensual hasta que él regresó. Al colocar la bandeja con el café, ella lo abrazó por el cuello, y acercó su boca a la suya.

-Te he echado de menos -dijo con media sonrisa.

-Tendré que dejarte sola más a menudo.

Nick la volvió a besar antes de que ella se incorporara y añadió:

-Bébete el café. Es uno de mis especiales.

-¿Especiales?

Cory agarró su taza y recorrió la espuma de la nata con la lengua. Estaba buenísimo.

-No sabía que el café pudiera saber así. ¿Qué lleva?

-Ya te lo he dicho, es uno de mis especiales. Tengo toda una gama -dijo él vagamente-. Este lleva especias y nata batida, y un poco de un licor que un amigo mío trae de la selva.

Se volvió a sentar, estiró sus largas piernas y se relajó.

Hablaron de cosas intrascendentes, las velas se quemaron lentamente bajo una noche estrellada. Al fin Nick se puso de pie y la levantó de la silla. Cory sintió un momento de pánico.

Nick le pasó un brazo por encima y ella se echó a temblar.

-¿Tienes frío?

La acercó más para protegerla con su cuerpo. Sus manos empezaron a acariciarla, eran ligeras y ella no se sintió amenazada. Lentamente se relajó, dejó que su cabeza cayera sobre el hombro de él, los ojos azules estaban llenos de deseo cuando se cruzaron con los suyos. Él se inclinó y saboreó sus labios jugando con ella con pequeños besitos en la barbilla, la nariz y los párpados cerrados. La boca de él por fin tomó la de ella, su lengua penetró la humedad de la boca femenina, fue una especie de consumación, una hembra aceptando el poderoso empuje de un hombre dentro de su cuerpo, y Cory gimió suavemente.

La condujo hasta la casa abrazados todavía y subieron lentamente las escaleras, cada escalón acompañado de más caricias y suaves gemidos. Cuando llegaron a su destino, Cory no se había dado cuenta de que él la guiaba. Después de abrir la puerta del dormitorio, miró dentro de un cuarto precioso y sus ojos se abrieron

de golpe.

-Pero yo creía...

-¿Qué creías, cariño? -preguntó él con ternura.

Ella lo miró, estaba tan sorprendida que no supo qué decir.

-¿Que acompañarme este fin de semana era una especie de chantaje sexual? -preguntó él con soltura-. Te lo he dicho muchas veces, yo no soy William.

-Lo sé -su voz apenas se oía y la cara de él se relajó.

-Todavía no, no es el momento. No te equivoques, Cory, yo te deseo. Te deseo tanto que me paseo de noche cuando las duchas frías no dan resultado. Pero todavía no estás preparada. Estás atrapada por el miedo, ¿lo sabes, verdad?

-¿El miedo? -su garganta se abrió-. Yo no tengo miedo.

-Sí lo tienes. Yo creía que era yo al principio pero cuanto más te conozco más me doy cuenta de que no. Cory James es la que hace tener miedo a Cory James.

Ella dio un pasito hacia atrás.

-No sé de qué me hablas -le contestó, entrando dentro del dormitorio.

-Tienes miedo de que la persona que eres no sea lo suficientemente buena o lo que sea.

Por primera vez se le notó algo de enfado en la voz.

-Es el legado que te dejaron tus padres y es una basura, Cory. Hay una parte de mí que podría sentir lástima por William si ese tipo no se hubiera comportado como un cretino.

-¿Qué?

Ahora ella estaba enfadada. Sintió una subida de adrenalina, que al menos sirvió para apagar sus ganas de llorar.

-¿Por qué? -preguntó.

-Porque tú esperabas que él te decepcionara, ¿verdad? Todo el tiempo. Y cuando ocurrió, confirmó que tú tenías razón. Él había seguido un patrón. Y tú casi lo empujaste a ello.

-¡No es cierto!

Ella tenía la cara roja, lo miró con los puños cerrados.

-¿Cómo te atreves a decirme esto?

-Piénsalo. Elegiste a un chulo que estaba programado para tratarte mal porque ésa era su forma de tratar a todas las mujeres en su vida. Tienes la mentalidad de una víctima.

-¿Víctima?

Nick tuvo suerte de haberla llevado a su casa en lugar de a un hotel, porque el grito que emitió Cory fue tan escandaloso que habría despertado a todos los huéspedes.

Lo que hizo a continuación no lo pensó. Su mano se movió con tanta velocidad que sorprendió a los dos, especialmente a Nick. La última imagen que tuvo de él fue saltando hacia atrás y con la fuerza con la que cerró la puerta, seguramente le habría roto la nariz de no ser por sus rápidos reflejos.

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a decirle aquellas cosas? Lo llamó todo lo que se le cruzó por la mente. ¡Y pensar que había estado a punto de acostarse con él aquella noche! Debía estar completamente loca. Jamás lo perdonaría por aquello, jamás.

Se giró para estudiar el dormitorio. Su maleta estaba encima de la cama, era obvio que él había pretendido que ella durmiera sola incluso cuando llegaron a la casa. Empezó a sonrojarse por una mezcla de odio y humillación. Seguro que se estaba riendo a su costa en aquellos instantes.

Cruzó el dormitorio y entró en el cuarto de baño, observó que la mezcla de oro y color crema copiaban los mismos tonos del dormitorio. Se alegró de ver que tenía una gran bañera porque si alguna vez había necesitado remojarse en agua caliente en lugar de ducharse era en ese momento.

Después de treinta minutos en agua caliente, la furia de Cory dio paso a la autocompasión. Media hora después de aquello empezó a preguntarse si Nick tendría una pizca de razón. A las tres de la madrugada, después de dos horas en la bañera y con la piel como un melocotón blanco, por fin reconoció que tenía un poco de razón.

Las lágrimas llegaron sobre las cuatro de la madrugada, pero después de una buena llantina se quedó dormida hasta que escuchó varios golpes en la puerta. Abrió los ojos en un cuarto lleno de luz del sol y yació un instante confusa sobre su paradero. De repente se acordó. Cuando oyó otros golpes se incorporó frenéticamente en la cama, miró a su alrededor como si alguien intentara abrir un hueco delante de ella.

Se esforzó por calmarse. El corazón amenazaba con subírsele a la garganta y se obligó a respirar hondo. Él era una rata y ella lo detestaba. Aquella mañana tomó la decisión de tratarlo con el máximo desprecio y desaparecer pronto de su vida; en cuanto se levantara y se vistiera.

Se negó a pensar en su aspecto sin maquillaje, con los ojos hinchados de llorar la noche anterior y el pelo, que se había secado a su aire, enredado.

-Adelante -dijo con sequedad; se ajustó el edredón por debajo de los sobacos y dejó los brazos descansando sobre el regazo.

-Buenos días.

Él tuvo el valor de sonreírle cuando entró en el dormitorio con una bandeja con una taza de té y un platillo con pastas. También se fijó que llevaba un albornoz de algodón negro que hacía juego con su pijama y tenía el pelo húmedo. No se había afeitado. Estaba arrollador.

-Buenos días -contestó ella seria.

-¿Has dormido bien?

«Cerdo»

-Bastante bien, gracias.

-El desayuno estará dentro de media hora, pero pensé que te gustaría tomar una taza de té. Supuse que tomabas té en lugar de café por las mañanas.

-En realidad no -dijo serena-. Me gustan las dos cosas.

-¿En serio? -dijo, con el mayor desinterés posible-. Estás enfadada conmigo.

«No muestres tu enfado», se recordó a sí misma en silencio. Levantó los ojos.

-¿Por qué iba a estar enfadada contigo? -le preguntó con frialdad.

-No lo sé, a menos que sea porque te hice afrontar ciertos hechos anoche.

Su arrogancia la dejó sin aliento, aquello y los rizos negros en su pecho amplio, visible a través del albornoz, embadurnados de crema y brillantes a la luz que entraba en el dormitorio.

-No mucho -dijo ella en tensión.

-Estás guapísima cuando te enfadas

-¿Dónde está la estación de ferrocarril más cercana?

-¿Por qué? -preguntó él tranquilamente.

-¿No crees que es obvio?

-Para mí no.

-Jamás te pediría que me llevaras a Londres, acabamos de llegar -dijo ella con sarcasmo.

-Bien.

Nick se sentó en la cama y los sentidos de Cory se aceleraron.

-Hoy no irás a ningún sitio aparte de salir de compras conmigo, así que corta este rollo infantil y termínate el té.

Se inclinó hacia adelante mientras hablaba para darle un beso firme pero rápido en los labios antes de ponerse de pie y echar a andar.

-Lo digo en serio, Cory -dijo en tono serio-. Vas a pasar el fin de semana aquí. Conocerás a mi familia. Fin de la discusión.

Ella se lo quedó mirando con las mejillas ardiendo. ¿Cómo podía hacer que se sintiera como una cría tonta cuando había sido él quien se había pasado dé la raya?

-No puedes obligarme a que me quede -le contestó secamente.

-No, no puedo, ni quiero hacerlo. Permaneció de pie apoyado contra el pomo, diseccionándola con sus ojos azules, que parecían revelar todas las intenciones de su alma.

-Anoche fui cruel por tu bien, ¿no has entendido nada?

-Creía que ésa era la excusa que usa la gente cuando quieren maltratar a alguien o a algo.

-Pues esta vez te has equivocado. Te hablé así porque me importas, Cory. Piénsalo.

Abrió la puerta y se marchó antes de que ella pudiera contestar.

Cory se quedó sentada intentando ignorar el dolor de corazón que le habían producido sus últimas palabras. Quería seguir enfadaba con él. Necesitaba seguir enfadada con él. Él había admitido que había sido cruel con ella la noche anterior. ¿Cómo podía decir que se había comportado así con ella porque le importaba?

Sus padres nunca habían tenido el interés suficiente para decirle verdades como puños, ni cuando era niña ni en su adolescencia.

Aquel pensamiento la golpeó con la fuerza de un camión. No conseguía recordar un momento en el que ellos le hubieran hablado como Nick lo había hecho la noche anterior.

Entró en el dormitorio y se puso un vestido de lino sin mangas, zuecos y pendientes de plata. Se miró en el espejo de cuerpo entero que había junto a la cama. Iba vestida informalmente pero con gusto, y daba la apariencia de que no le había costado mucho esfuerzo vestirse. Como ejercicio de control serviría. Respiró profundamente y a continuación bajó a enfrentarse con Nick.

Él estaba sentado en la sala del desayuno, las puertas de estilo francés estaban abiertas a los aromas del jardín y había una hilera de platos en la gran mesa de pino. Cuando entró, él levantó la cabeza, dejó el periódico que estaba leyendo y se puso de pie.

La había esperado para desayunar con ella. Cory sintió un destello de placer por ese acto de cortesía.

-Hola -dijo él bajito-, ¿Por qué no empezamos de cero?

Ella lo miró.

-Sí, por favor.

-¿Significa eso que irás de compras y a comer conmigo más tarde?

Ella asintió.

-Bien -sonrió él-. Creía que iba a tener que pelearme contigo. Pero debes saber que jamás te hubiera dejado marchar.

Ella quiso preguntarle por qué, pero no se atrevió.

-Sigo pensando que no te expresaste demasiado bien -le dijo con determinación para tener la última palabra antes de enterrar el asunto-. Y el comentario que hiciste sobre William era improcedente. Pero por encima de todo... -titubeó.

-¿Por encima de todo?

-Había algo de verdad en lo que dijiste.

-Gracias -él sonrió más fuerte-. ¿Te ha costado mucho decir eso? -añadió compasivo.

Cory no confiaba en su compasión ni confiaba tampoco en su propia debilidad en lo que a su encanto personal se refería.

-Mucho -estaba decidida a no sonreír-, ¿Puedes pasarme el zumo de naranja?

-Sírvete tú misma.

Nick hizo un gesto con la mano. Aparte de los platos que estaban tapados, había una montaña de tostadas, conservas, una jarra de zumo recién exprimido y una jarrita de café.

De repente Cory descubrió que estaba hambrienta y más contenta de lo que habría podido imaginar que estaría una hora antes. Llenó el plato de huevos revueltos, beicon, champiñones y patatas fritas, se sentó y empezó a comer con gusto.

Nick hizo lo mismo sólo que su plato estaba el doble de lleno. Ella acababa de meterse un suculento champiñón en la boca cuando notó que él la observaba. Levantó la vista.

-¿Qué?

-Me alegro de que no seas una de esas mujeres que juega con la comida en el plato durante media hora o con algo jugoso pinchado en el tenedor y no para de hablar -contestó él-. No te imaginas la de veces que he sentido ganas de decirle a una mujer que se termine el plato.

Cory frunció el entrecejo.

-Qué grosero.

Él se rió por lo bajo.

-Nunca he dicho que la paciencia fuera una de mis virtudes.

Y sin embargo había sido terriblemente paciente con ella en los dos meses que hacía que se conocían.

La cara de Cory debió traicionarla porque Nick preguntó:

-¿Qué?

-Nada.

Para Cory fue una nueva experiencia ir de compras con un hombre y descubrió que le encantaba, posiblemente porque el hombre en cuestión era Nick.

Ella compró una tarjeta de cumpleaños para la madre de Nick y después vio con asombro que él estudiaba todas las versiones diferentes de tarjetas bajo la estantería con el título de «hijo a madre» que estaban expuestas. La que eligió finalmente era sorprendentemente sentimental.

-Ella da mucha importancia a las palabras -dijo él a la defensiva cuando salían de la tienda-. Siempre ha dicho que las mejores tarjetas eran las que le hicimos nosotros cuando éramos niños. Las ha guardado todas.

Cory sonrió y dijo algo apropiado, pero sus palabras la habían herido. Ella habría dado cualquier cosa por tener una madre así.

No permitió que Nick llamara a su madre para preguntarle lo que quería de regalo antes de salir de la casa.

-Le encantaría una sorpresa -dijo con firmeza-. A todas las mujeres nos gustan. Y no algo que sea práctico. ¿Vale?

Y una hora después Nick había comprado un sillón elegante de estilo Louis XVI con un escabel a juego hecho de haya, forrado de una tela de color crema con aplicaciones. Nick le garantizó que aquella silla le encantaría a su madre y pagó una cantidad importante para que se la entregaran inmediatamente.

-Lleva tiempo buscando algo así para su dormitorio -dijo con gran satisfacción-, Le encantará. Confía en mí.

A Cory la tranquilizaba pensar que la silla y la banqueta por lo menos serían una sorpresa.

Ella optó por unos pendientes de plata de un gusto exquisito que compró en una pequeña joyería en el centro de Barnstaple. Las dos lágrimas iban engarzadas en ónice y el ágata semipreciosa producía un efecto dramático contra el metal precioso.

Nick aprobó su elección con cierta reserva, igual que ella la suya.

Más tarde, él dejó caer la bomba que acudirían a una reunión familiar en honor del sexagésimo cumpleaños de su madre. Estaban sentados tomando una taza de café en una pequeña patisserie cuando lo dijo.

-No es nada formal -le aseguró cuando el semblante de ella cambió dramáticamente-. Sólo es una reunión informal.

-¿Cómo de informal? -lo interrogó ella mientras su cerebro hacía instantáneamente inventario de la ropa que había llevado consigo.

-Cosas para picar, bebidas y baile.

-¿Dónde?

-En un hotel de la zona.

Se pasó la siguiente hora buscando desesperadamente hasta encontrar un vestido de seda negro y plateado.

Llegaron a casa a las seis y media. La familia de Nick los esperaba en el hotel para tomar algo antes de que el resto de los invitados comenzaran a llegar a partir de las ocho menos cuarto.

Cory subió las escaleras endemoniada, aferrada a la bolsa que contenía el vestido. Tenía menos de una hora para transformarse en una criatura elegante como las que Nick solía llevar del brazo.

Bajó a las siete y cuarto; maquillada, peinada y sintiéndose mucho más confiada con el vestido negro y plateado que con el vestido que se había llevado para ponerse por la noche.

Cuando vio a Nick, tuvo que respirar hondo. Se había puesto una chaqueta negra y corbata. Estaba sentado en el vestíbulo esperándola, con una pierna cruzada sobre la otra. Se puso de pie y se acercó a ella. La miró con sus ojos azules de tal modo que ella sintió calor por todo el cuerpo.

-Estás para comerte -le dijo suavemente-, pero el taxi ya está fuera esperando, así que tendré que contenerme.

-Qué lástima -dijo ella-. Pero no podemos hacer esperar a tu familia, ¿verdad?

Había decidido emular a sus antiguas amigas aquella noche. Se mostraría sofisticada, vivaz y despreocupada. El vestido le había costado más de lo que a ella le hubiera gustado, pero cuando se lo había probado notó que llevaba incluida una actitud de despreocupación. Estaba harta de ser ella misma y quería ser otra persona para variar. Nick la había acusado de ser infantil y eso la había marcado. Aquella noche le demostraría que era, sin ninguna duda, una mujer.

-¿Llevas el regalo? -preguntó él mientras le abría la puerta.

-Lo llevo en el bolso.

El joyero había envuelto el regalo extraordinariamente.

-Entonces podemos irnos -dijo Nick.

Le sonrió y la tomó del brazo para guiarla hasta el taxi que esperaba.

Una vez dentro del taxi, Nick se sentó cerca de ella y le echó el brazo por encima de los hombros. Era una forma agradable de viajar, más que agradable incluso. Ella podía detectar al hombre masculino y primitivo debajo de aquel atuendo limpio.

-Eres realmente bella, Cory. Por fuera y por dentro -dijo con suavidad-. Y lo más maravilloso es que tú no lo crees.

-Yo no soy bella.

-Lo eres -y la besó-. Eres como una orquídea o una piedra preciosa -y la volvió a besar-. O como una estrella fugaz que deja rastro.

Sus labios estaban húmedos y resultaban muy eróticos.

-O un cactus que sólo florece cada ciertos años.

Cory arrugó la nariz.

-Los cactus tienen espinas.

-Lo sé -la sonrisa de él era tierna-. Pero merece la pena esperar a que florezca.

Cuando Cory recuperó el aliento, le dijo:

-¿Crees que le gustaré a tu madre, Nick?

No había sido su intención preguntárselo, pero llevaba todo el día dándole vueltas. Se había preguntado cuántas mujeres le habría presentado a su madre y si la señora Morgan tendría una favorita.

-No le vas a gustar -musitó él-. Le vas a encantar como a mí. Como a todos.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

Él le sostuvo la mirada.

-¿Me crees? -preguntó en voz baja mientras el taxi corría en aquella tarde cálida de agosto.

-¿Crees que te amo?

No se esperaba eso en aquel instante. Pero Nick era la clase de persona que estaba llena de sorpresas. Incapaz de hablar por las violentas palpitaciones de su corazón, decidió asentir con la cabeza.

-Tu reacción ha mejorado desde la última vez que te lo dije.

Se inclinó para mordisquearle el lóbulo de la oreja.

-Pero todavía no es la respuesta que espero -dijo después de uno o dos minutos cuando ella tuvo que morderse la lengua para no gemir en voz alta-. Aun así, es una mejoría.

Justo en aquel instante el taxi pilló un socavón en la carretera que los unió aún más. Él la abrazó más fuerte y las curvas de ella se apretaron contra su cuerpo.

-¿Crees que nos echarían de menos si le dijera al conductor que siguiera conduciendo toda la noche? -le susurró Nick al oído.

-Posiblemente -respondió, pero ella estaba tan dispuesta como él.

Cuando el taxi se paró delante de uno de esos hoteles que aparecen en las revistas para ricos y famosos, Cory perdió los nervios. Conocer a toda su familia de golpe le parecía una tortura. Se agarró al brazo de Nick con tanta fuerza que él hizo un gesto de dolor; ella lo soltó y le pidió perdón.

-Los demás estarán esperándonos en el bar -dijo Nick en voz baja después de pagar al taxista.

Tomó a Cory del brazo.

-¿Estás más relajada ahora?

-Creo que no -respondió ella.

-No te preocupes.

La giró para mirarla de frente, con las manos sobre los hombros de ella.

-Les vas a encantar, Cory. Sé que sí. Pero aunque no les gustases, no me importaría. Ya soy un chico mayor, por si no te habías dado cuenta. No espero que mi familia apruebe a mis novias.

Ella ya lo sabía, pero eso no la ayudó mucho porque ella quería caerles bien. Levantó la barbilla y esa vez fue ella quien lo tomó del brazo.

-Vamos -le dijo-. No podemos llegar tarde.

Cuando entraron en el bar fue bastante obvio dónde estaba la familia Morgan por las aclamaciones y los gestos que los recibieron.

-Ésta es Cory -la presentó Nick cuando llegaron al rincón donde habían colocado tres mesas juntas.

Ella sonrió a una masa de caras y todos le devolvieron la sonrisa. Después Nick besó a su madre y a sus hermanas y se presentaron todos. La madre de Nick no era como Cory había imaginado por su descripción. En lugar de una amazona feroz, le sonreía una mujer muy bella, pequeña y delicada. La besó en ambas mejillas y le dijo:

-Cory, encantada de conocerte. Me alegro de que hayas podido venir.

Las hermanas también le dieron una bienvenida muy cariñosa.

La única persona que parecía no haberse alegrado de ver a Cory era una pelirroja voluptuosa a quien le presentó la madre de Nick.

-Margaret, mi ahijada. Margaret es profesora en la Universidad de Leeds y le va muy bien.

El saludo de Margaret fue frío, como su sonrisa; sin embargo, Cory notó que la temperatura subía cuando la pelirroja se giró y posó sus bonitos ojos verdes en Nick.

-Nick, cariño -su acento era de clase social alta y su voz bien modulada, y en esos momentos muy ardiente-. ¿Por qué no me has llamado últimamente? Eres un chico muy malo.

A Cory le costó mantener la sonrisa. ¿O sea que así estaban las cosas? Aquella mujer estaba interesada en Nick. De hecho, por la forma en que lo devoraba con la mirada, le gustaba muchísimo. Nick le dio un beso rápido en la mejilla, como había hecho con sus

hermanas, antes de empezar a saludar a sus cuñados.

-Querido, el sillón y el escabel son preciosos. Me encantan. Son ideales. Y menuda sorpresa. No me lo podía creer cuando vi el furgón de Hannigan y el hombre salió y me dijo que era una entrega especial para mí.

A la madre de Nick le brillaban los ojos cuando lo agarró por el cuello y lo besó. Era evidente que estaba emocionada.

La cara de Nick irradiaba amor mientras miraba hacia abajo a la mujer pequeña que tenía delante.

-Me alegro de que te gusten -dijo con suavidad-. Pero la sorpresa fue idea de Cory. Yo iba a llamarte para preguntarte qué querías.

-Feliz cumpleaños, señora Morgan.

Cory le entregó a la madre un pequeño paquete y una tarjeta.

-Oh, llámame Catherine -le contestó la madre de Nick, tocándola en el brazo antes de agarrar el regalo-. ¿Puedo abrirlo ahora?

-Por favor, hágalo.

Cory hubiera preferido esperar hasta que no hubiera tanto público, pero a medida que la cajita iba revelando su contenido, la madre de Nick parecía más y más contenta.

-Son exactamente los que yo hubiera elegido -dijo con voz cálida-. ¿Cómo lo has sabido? Yo siempre he sido un poco gitana -le dijo en voz baja a Cory-, y siempre me han encantado los pendientes grandes. Estos van perfectamente con lo que llevo puesto esta noche.

Dicho y hecho. Los sacó de la caja y sustituyó los que llevaba puestos por los del regalo, movió la cabeza suavemente para que las lágrimas se columpiaran contra su mandíbula.

-Parece que hemos acertado los dos -le susurró Nick a Cory un minuto o dos después. Acababa de pedir champán y cócteles para todos.

Ella asintió.

-Tu madre es muy guapa -le susurró-. Eres muy afortunado, Nick.

-Lo sé -asintió él.

Un instante después Cory fue consciente de que Margaret estaba a su lado. Todos los demás se habían sentado. Rosie extendió el brazo y tocó a Cory en el hombro para preguntarle si había visitado Barnstaple alguna vez con anterioridad. A Cory no le quedó más remedio que sonreír a la hermana de Nick y sentarse en el asiento que había a su lado.

Sin embargo, durante todo el tiempo que habló con ella estuvo atenta a los otros dos. Nick se mostraba tan relajado como de

costumbre y Margaret, por su parte, parecía hablarle con intensidad, en voz baja, y su lenguaje corporal sugería una conversación íntima.

Después de unos minutos, Nick se sentó al lado de Cory, la rodeó con su brazo y se inclinó para unirse a la discusión que ella y Rosie tenían sobre las ventajas y desventajas de vivir cerca de la costa. Cory agradeció su presencia, se había sentido un poco extraña hablando con Rosie mientras Nick y Margaret parecían tan pendientes el uno del otro.

Después de pasar al salón donde se celebraría la fiesta y donde los demás invitados empezaban a llegar, Cory se dio cuenta de que le gustaba mucho la familia de Nick. Sus dos hermanas eran tan distintas entre sí como Nick había dicho, igual que sus maridos, pero por debajo de aquellas diferencias Cory percibía una unión inquebrantable.

Bailó con los cuñados de Nick y él bailó con sus hermanas un par de veces, sin embargo Cory se dio cuenta de que no bailaba con Margaret. Ésta permanecía pegada a su mesa como el mejor de los pegamentos, y se sentó junto a Nick en cuanto empezaron a ocupar las mesas próximas a la pista de baile.

Era cerca de la una de la madrugada cuando Nick disfrutaba de su último baile con su madre; Catherine ya había pedido un taxi para marcharse a su casa pero insistía en que el resto siguiera divirtiéndose, cuando Cory entabló una conversación con Jenny sobre Margaret. Se reunió con la hermana de Nick, que estaba de pie junto a la mesa del bufé comiendo un trozo de apio y mirando a su marido bailar con Margaret.

-Mírala -dijo Jenny en voz baja-. No puede resistir la tentación de intentar seducir a todos los hombres que se cruzan en su camino. El pobre Rod está temblando de miedo. No está acostumbrado a bailar con una Mantis Religiosa. Y he sido yo la que le ha pedido que la sacara a bailar. Él jamás me lo perdonará ahora.

Cory no pudo evitar reírse. Era cierto que la expresión del marido de Jenny era la de una presa a la que estaban dando caza.

-¿Por qué no ha venido con alguien? Me cuesta creer que tenga problemas para encontrar un acompañante.

-Por Nick, por supuesto -Jenny se tapó la boca con la mano-. Lo siento, no he sido nada discreta.

A Cory el estómago le dio un salto mortal, pero consiguió mantener un tono de voz normal.

-No te preocupes. Salta a la vista que le gusta.

-¿Que le gusta? -Jenny la miró de reojo-. Es una auténtica

sanguijuela pero como sus padres son amigos de toda la vida, Margaret siempre ha estado cerca. Por extraño que parezca, sus padres son muy agradables. Seguro que te gustarían. Pero están de viaje por el Caribe ahora.

Cory asintió. No le interesaban los padres de Margaret.

-Escucha. Voy a explicarte una cosa -Jenny agarró a Cory por el brazo y la llevó a un rincón-. Nick me mataría si supiera lo que te voy a contar, pero creo que es mejor que lo sepas. Así no sacarás una idea equivocada.

Cory procuró ocultar su preocupación, aunque su corazón se hundió como una piedra. Lo que iba a escuchar no le gustaría, fuera lo que fuera.

-A Margaret siempre le ha gustado Nick desde que éramos niños. Es de la edad de Rosie y, como nuestros padres eran amigos, siempre estaba en nuestra casa, supuestamente para jugar con Rosie y conmigo, pero la realidad es que siempre perseguía a Nick y a sus amigos. Cuando Nick se casó con Joanna, bueno... -Jenny hizo una pausa como si no supiera cómo continuar.

-¿A Margaret no le gustó? -terminó Cory por ella.

-Eso es decir poco. Ella sólo tenía dieciocho años cuando supo que Nick y Joanna se habían casado, pero incluso a esa edad pensaba que Nick y ella acabarían juntos. La verdad, creo que todavía no se ha dado cuenta de que no le gusta a Nick. Poco después murió Joanna -Jenny asintió con la cabeza-. Pasamos momentos malos.

-Me lo puedo imaginar. El debió sufrir mucho.

-Nick regresó a casa una temporada, para decidir qué hacer con su vida a partir de ese momento, pero allí estaba Margaret al acecho. Seguro que lo volvió loco. Por lo menos le obligó a marcharse -añadió con amargura.

-Es una lástima.

Seguro que en aquella época él necesitaba a su familia.

-De repente ella se marchó a la universidad y empezó a salir con uno y con otro. No se privó de nada, créeme -dijo Jenny sin rodeos-. Sacó matrícula en todo. Se hizo profesora y tuvo mucho éxito. Luego se casó y se divorció, y todos creemos que nunca ha podido olvidar a Nick. Después, hace dos años más o menos, ella y Nick tuvieron una aventura de verano. Algo sin compromiso. Ella misma me dijo que eso era lo que los dos habían acordado. Ella tiene un trabajo estupendo en la universidad, es realmente brillante y Nick siempre le ha dejado bastante claro que no hay nada entre ellos.

Jenny se detuvo y la miró con ansiedad.

-No te preocupes -Cory forzó una sonrisa-. A mí también me lo ha dejado bastante claro.

-Pero desde entonces ella se comporta de un modo extraño. Está intentando recuperarlo, te lo juro -Jenny suspiró-. Yo que tú no me fiaría ni un pelo de ella.

-No te gusta -afirmó Cory.

-La detesto -Jenny se encogió de hombros-, pero es la ahijada de mi madre y le cae bien. Creo que siente un poco de lástima por ella. Supongo que es inevitable gustarle a alguien cuando crees que su hijo es lo más.

Genial. ¿Habría deseado siempre la madre de Nick que él se casara con Margaret para que todo fuera perfecto en el jardín familiar? Si era así, vería a todas sus novias como obstáculos.

Nick llegó hasta ella, la tomó en brazos y le susurró:

-Te he echado de menos. Hemos estado separados cinco minutos. Mi madre se va, ven a darle las buenas noches.

Toda la familia iba a comer en casa de Catherine al día siguiente.

Durante la siguiente hora, hasta que la fiesta se acabó, Cory dijo e hizo todo lo que debía.

De vuelta a la casa, alegó estar exhausta cuando Nick le preguntó si le pasaba algo y se negó a tomar la última copa para retirarse directamente a su cuarto. Y después se arrepintió de no haberle hecho compañía a Nick.

Se sentó en la cama con un pequeño suspiro, sintiéndose como una tonta. Lo cual era raro, porque nada había cambiado en realidad. Nick le había dicho que la amaba. Estupendo. Seguramente había amado a todas las mujeres con las que había estado, por lo menos con las que había tenido una relación más o menos larga. Ella lo sabía, por eso, ¿qué importaba si Margaret y él se habían acostado hacía dos veranos y si a Catherine Morgan le gustaría que su ahijada fuera su nuera? Él no se casaría ni con ella ni con Margaret, por eso era una idiotez sentirse mal y celosa.

No importaba que Margaret formara ya parte de la vida de Nick antes que ella ni tampoco que fuera a estar en casa de la madre de Nick al día siguiente, donde seguramente se pegaría a él como una lapa.

Ya nada importaba. Se echó a llorar.

Lloró con ganas, luego se lavó la cara y se cepilló los dientes. Se metió en la cama; el cansancio que había alegado era real. Había sido un día largo después de dormir sólo dos horas la noche

anterior. Se quedó dormida incluso antes de que su cabeza tocara la almohada.

Capítulo 8

Una buena noche de sueño obró maravillas. Cory despertó despabilada y alerta, algo que no era normal en ella, a las nueve de la mañana del día siguiente, y con un estado de ánimo completamente distinto. Se levantó, abrió las cortinas y en un instante la habitación se llenó de sol.

No iba a permitir que Margaret la desanimara. Se dio la vuelta y miró el dormitorio. Deseó haberse quedado abajo con Nick la noche anterior, pero eso ya no tenía remedio.

En aquel instante le acudió un pensamiento a la cabeza. Nick le había llevado el desayuno a la cama el día anterior. ¿Por qué no devolverle el favor? Y una vez en el dormitorio con él...

Se apresuró a entrar en el cuarto de baño, se dio una ducha rápida y se cepilló el pelo hasta dejarlo brillante. Después de ponerse rimel y echarse un poco de perfume detrás de las orejas, se cepilló los dientes. Confiaba en que él no se hubiera levantado aún, ya que se habían acostado muy tarde la noche anterior y además era domingo. Lo más probable era que estuviera dormido.

Bajó a la cocina como si sus pies tuvieran alas esperando que Nick no estuviera allí. Y no estaba. Preparó una tetera de té enseguida y añadió unas galletas.

Abrió la puerta de la habitación con mucho cuidado, entró de puntillas hasta la cama gigante. ¡Estaba vacía! Miró fijamente la cama desconcertada. Entonces oyó el silbido dentro del cuarto de baño.

Colocó la bandeja sobre la mesilla de noche que estaba tapada con revistas de coches y se acercó a la puerta del cuarto de baño, que estaba entreabierta. No pensaba lo que hacía, simplemente se movía atraída por un imán invisible.

Nick acababa de salir de la ducha y estaba secándose. Estaba completamente desnudo y el corazón de Cory dio un salto, un salto como los que dan los astronautas por la humanidad.

Eran dos metros de músculos bronceados, y la única palabra para describirlo era imponente. Era ancho de hombros y de pecho, tenía caderas estrechas y un trasero de piedra exageradamente masculino. Tenía abundante pelo en el pecho y una hilera separaba su pecho de su firme y compacto estómago, terminando en una masa negra donde resaltaba su miembro viril completamente blanco. Era un espécimen, perfecto de la masculinidad. Un hombre de primera.

La invadió el pánico y se sintió abrumada de vergüenza.

Cuando él dejó de silbar, ella salió rápidamente de la habitación; sus pies apenas tocaron el suelo en su huida hasta su dormitorio. Al llegar a su cuarto se despojó enseguida del camisón y se puso la primera ropa que encontró a mano, unos vaqueros y una camiseta. Tardó poco en hacerse una coleta y bajó rápidamente a la cocina.

Nick tenía que encontrarla preparando el desayuno. Se puso manos a la obra y echó varios huevos en un bol, puso a freír el beicon, el tomate y dos filetes finos que encontró en la nevera.

-¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

Cory se giró, y tiró el tostador sin querer.

-Me has asustado -dijo sin aliento, intentando ver si estaba vestido o desnudo como antes.

-Lo siento, pero parecía como si...

-Estaba pensando en un caso que me han asignado recientemente.

Desde que lo conocía cada vez mentía más. Y por la cara que ponía él, su forma de mentir no había mejorado en absoluto.

-Claro -le dijo.

Menos mal que no insistió.

-¿Quieres que haga yo los huevos revueltos? Porque el beicon se está quemando -dijo para ayudarla.

-¡Maldita sea! -ya ni siquiera era capaz de preparar el desayuno.

Entre los dos consiguieron salvar el beicon y terminar los huevos revueltos; una vez sentados, Nick le tomó la mano.

-Muchas gracias por traerme el té a la cama -dijo con suavidad-, pero esperaba que la otra taza fuera para ti.

Cory forzó una sonrisa.

-No era para mí.

Sabía que se había sonrojado y rezó para que él pensara que se debía al desastre del desayuno.

-Quería prepararte el desayuno. Como tú hiciste por mí ayer, ¿recuerdas?

-Claro que sí.

-He pensado que te gustaría desayunar pronto, ya que hemos quedado para almorzar en casa de tu madre a las doce y media.

-Tienes razón.

-Por eso me he puesto manos a la obra.

-Ya me he dado cuenta. Tengo una idea.

Cory se metió un trozo de beicon en la boca para dejar de decir tonterías. Estaba caliente. Más bien ardiendo. Lo escupió cuando se quemó la lengua y dijo:

-Lo siento. Es asqueroso, pero estaba ardiendo y...

-Cory, ¿me he perdido algo esta mañana?

-¿Qué? -ella lo miró fijamente, aterrada-. ¿A qué te refieres?

-Estás como una gata sobre un tejado de zinc caliente.

Ella se relajó un poco.

-Ha sido el cambio de cama -improvisó sin pensar-. Siempre me ha costado dormir en una cama extraña y cuando me despierto tiendo a estar un poco nerviosa.

-Oh, entiendo -comentó él.

Cortó un trozo de filete, lo masticó lentamente, se lo tragó y dijo:

-Creía que estabas así porque me has visto en la ducha.

Cory lo miró sin poder articular palabra.

-No me ha importado -añadió él con calma; se sirvió otra tostada y la cubrió con huevos revueltos.

-De hecho, creo que me he divertido. Hubiera preferido que te quedaras, pero cuando he salido ya te habías ido.

Él lo sabía. Ella pidió que la tierra la tragara viva, o por lo menos que el cielo le inspirara algo que decir en lugar de quedarse quieta allí con la boca abierta como un pez. Poco después consiguió decir con voz ronca:

-No es lo que tú piensas.

-Yo no he pensado nada.

Nick le sostuvo la mirada y se le notaba que se estaba aguantando la risa.

-Por cierto, este filete está buenísimo. Lo has hecho justo como a mi me gusta.

-Quería llevarte el té a la cama como tú hiciste conmigo ayer -soltó rápidamente-, pero cuando me marchaba, he visto que la puerta del cuarto de baño estaba entreabierta y por casualidad...

-Me he imaginado que sería eso.

Ella lo miró.

-¿Entonces no me has visto?

-Pues claro que no -dijo él sonriendo-. ¿Crees que no te hubiera parado si te hubiera visto allí?

-¿Entonces cómo sabías que...?

-Las dos tazas me dieron que pensar-. He sumado dos y dos...

Cory le lanzó un insulto impropio de una señorita.

-¿Qué te pasa? -preguntó él con expresión herida-. Era yo quien estaba desnudo, tú no.

-Eso ya lo sé -dijo ella entre dientes.

-¿Por qué te quejas entonces?

-Yo no me he quejado -repuso ella fríamente, aunque sus

mejillas estaban al rojo vivo-. Es sólo que no me gusta que me engañen, nada más.

-Pero si no te lo hubiera sonsacado estarías todo el día con cargo de conciencia -dijo él satisfecho consigo mismo-. Así todo ha quedado claro entre nosotros y todo ha vuelto a la normalidad.

Mordió otra tostada y añadió:

-Por cierto, ¿te ha gustado lo que has visto?

Cory lo miró.

-Ya está bien, se acabó la discusión.

Nick sonrió y le pellizcó la mejilla.

-Me encanta cuando te sonrojas. La mayoría de las mujeres de hoy en día están hechas a prueba de bombas.

La mayoría de las mujeres no saldrían corriendo como conejas asustadas si vieran a un hombre desnudo. Cory tomó un poco de zumo de naranja porque era más fácil que decir algo.

-Por cierto, anoche tuviste mucho éxito -sonrió él por encima de la taza del café-. Les has encantado a mis hermanas.

-¿Qué me dices de tu madre?

Lo dijo sin pensar.

-A mamá también -repuso él, mirándola con curiosidad.

-¿De verdad?

Nick le tomó la mano y se la llevó a los labios en uno de aquellos gestos que ella encontraba tan enternecedores.

-A mi madre le gustas. Seguro que te diste cuenta de eso.

Cory asintió:

-Ella también me gusta a mí.

-¿Entonces qué ocurre? -preguntó él en voz baja-. ¿Se dijo algo que yo no sepa?

Cory no podía traicionar a Jenny. Se obligó a sonreír.

-No me hagas caso -dijo rápidamente-, pero me siento insegura por ser la nueva, supongo.

-Lo hiciste estupendamente -le aseguró él, pero de un modo automático-, Cory, si pasara algo, tú me lo dirías, ¿verdad? ¿Si alguien te hubiera molestado?

¿Cómo iba a decirle que sabía que su madre no la quería? ¿Que Margaret estaba destinada a ser su esposa? Parecería que criticaba a Catherine y ella no quería hacer eso. Tampoco culpaba a la madre de Nick por querer lo mejor para su hijo, y Margaret, con su belleza e inteligencia, podía ofrecerle mucho más que ella.

-No ocurre nada -dijo para mitigar la tensión. Le tocó la mano-. Me lo pasé muy bien anoche y me encantó conocer a todos.

Después del desayuno, Nick cargó el lavavajillas mientras ella limpiaba la mesa y a continuación fueron a pasear por los terrenos de la casa para bajar el desayuno.

Nick la llevó hasta el jardín junto al muro, Cory quedó encantada. Estaba situado detrás de las orquídeas y era bastante antiguo, igual que el muro. Nick abrió la verja, que crujió, y entraron. Cory se quedó parada un instante mirando.

En algunas zonas del muro crecía una buganvilla con flores moradas y blancas junto a una enredadera roja y verde.

-Nick.

Lo tomó del brazo, pero sin dejar de disfrutar de la escena que tenía delante.

-Éste es el lugar más perfecto del mundo.

El le sonrió, y dijo con voz dulce:

-Cuando compré la casa estaba un poco descuidado pero sigue siendo precioso. Mi jardinero es muy mayor, pero tiene un gran espíritu. El volvió a darle forma permitiendo que el jardín le dictara lo que quería.

Cory lo miró sorprendida. Lo que decía era muy poético.

Nick la sorprendió contemplándolo y le sonrió.

-Eso es lo que él dice al menos. Entra y echa un vistazo.

El caminito los condujo hasta unos matorrales especialmente elegidos por su fragancia, había una estatua de bronce de una niña con un cachorro, y un baño para pájaros con restos de semillas.

-A Albert le encantan los pájaros -dijo Nick cuando la vio mirando las semillas.

-A mí me gusta Albert.

Aquel jardín era un oasis de paz y tranquilidad, sólo se oía el zumbido de las abejas y el jugueteo de los pájaros en las ramas de los árboles viejos, por encima de sus cabezas. Había mariposas de muchos colores saltando de flor en flor. Era un lugar casi mágico. Un lugar que ella recordaría el resto de su vida.

-Si fuera dueña de algo así me pasaría el tiempo aquí -Cory soñaba en voz alta-. Aquí sentada, observando y dejando que el jardín me hablara.

-Entonces tú y Albert os llevaríais muy bien -Nick la soltó-. Se enfada mucho porque no paso aquí las veinticuatro horas del día.

-¿Cuánto tiempo pasas aquí cuando vienes a tu casa?

Él se encogió de hombros.

-No mucho. Entro poco.

-Qué lástima.

-A Albert le gusta.

Habían regresado a la entrada después de una vuelta completa. Se quedaron mirando los colores delante de ellos.

-Yo me he dedicado a mis negocios los últimos años. No he tenido mucho tiempo para la observación y para disfrutar de los jardines.

-Es una lástima -murmuró ella-. Trabajar tan duro como tú para que otros disfruten de lo que tú posees.

Nick la miró sorprendido.

-No va a ser así siempre.

-¿Cuándo cambiará? -preguntó ella-. ¿Cuándo tendrás suficiente? -se volvió-. Claro que eso no tiene nada que ver conmigo.

El tardó un minuto en contestar.

-Tú mejor que nadie deberías saber lo que he pasado. Tú misma dijiste que tu carrera era tu vida y que no querías que nada se antepusiera a ella.

-Puede que estuviera equivocada -susurró ella.

-Es posible.

Nick le tocó la boca con ternura; su voz era profunda y contenía un tono que ella no consiguió discernir.

Lo miró con los ojos entreabiertos por los rayos del sol y extendió las manos para tocarle la cara. Pero antes de que ella pudiera decir algo, él se giró, la sacó del jardín y cerró la verja tras ellos.

-Son las doce -dijo de forma práctica. Sólo nos queda media hora para vestirnos y llegar a casa de mi madre.

-¡Oh, cielos!

Cory no se había dado cuenta de lo tarde que era, el tiempo había volado. Siempre volaba cuando estaba con Nick.

Pero en lugar de apresurarse, él la abrazó y la besó con pasión hasta que ella volvió a relajarse.

-Quiero que hablemos cuando regresemos esta noche -le dijo levantando la cabeza y acariciándole la boca con los dedos. No podemos continuar así. ¿Te das cuenta?

Cory lo miró con los ojos oscurecidos por la excitación que él le había provocado. Sintió un pequeño escalofrío. ¿Se habría cansado de ella ya? ¿Se habría dado cuenta después de ver a Margaret de que no podía molestarse en salir con alguien con tantos problemas, alguien con tantos nudos emocionales? Se dio cuenta de lo que estaba pensando y procuró borrarlo de su mente en el acto. ¡Ya estaba otra vez! Sacudió la cabeza para borrar cualquier trazo de temor de su voz y le dijo:

-Sí, lo sé.

-Bien. Entonces no hay nada más que decir.

Aquella vez no añadió nada a sus palabras, simplemente quedaron colgando en el aire entre ellos junto con una sonrisa. Cory intentó devolverle la sonrisa, pero le costó mucho.

-No tengo ninguna queja -murmuró.

-Corres el peligro de volverte razonable. Tendré que traerte de nuevo a estos muros si veo que dura.

La broma que incluían sus palabras bastó para despejar su tristeza y capacitarla para decir medio en broma y en serio:

-No tientes a la suerte, Nick Morgan.

-Jamás. Todavía recuerdo la última vez que lo hice contigo y por poco me rompes la nariz.

Ella sonrió con dulzura.

-No exageres. Yo confiaba ciegamente en tu agilidad.

-Puede que sea ágil, pero el salto de longitud hacia atrás no ha sido nunca lo mío.

-¿Estás diciendo que no eres bueno en algo?

Una vez en su cuarto, Cory se puso un vestido de color crema sin mangas. Lo había llevado para las tardes, y era apropiado para una comida de domingo en la que Margaret estaría presente, pensó moviéndose de un lado a otro delante del espejo. Tenía clase, y un toque refinado de elegancia. Justo la imagen que quería dar aquella tarde.

La residencia de la madre de Nick resultó ser una casa antigua, amueblada con antigüedades valiosas, pero las alfombras estaban desgastadas en algunos lugares y no era necesario preocuparse si caían migas del pastel en los sofás. Había pinturas de colores muy vivos en las paredes, algunas de ellas de Catherine, pero la casa tenía más de hogar que de galería. Nick le había dicho que el éxito de su madre con la pintura, unido a los conocimientos sobre inversiones de su padre, había convertido a Catherine en una viuda muy rica, pero ella daba poca importancia a las cosas materiales. Sus siete perros y sus cinco gatos eran su mayor prioridad.

-Siempre que queda un gato o un perro en el albergue de animales que nadie quiere adoptar, acaba uniéndose a la pandilla de los locos -le dijo Nick después de acariciar a todos los animales que correteaban entre sus pies desde que entraran en la casa, y de lograr salir al jardín, donde Catherine había decidido celebrar la barbacoa.

-¿La pandilla de los locos?

-Así es como los niños llaman a mis bebés -dijo Catherine. Miró a Nick con cara severa-. No todos están locos. Uno o dos estaban un poco tocados cuando llegaron, pero con suficiente amor y disciplina, y en ese orden, volvieron a la normalidad.

-Bertie, el grande ése -dijo Nick, señalando un collie tumbado junto a la silla de Catherine- solía comer papel. ¿Verdad, mamá? Periódicos, revistas, libros, todo se lo comía y lo digería. Cuando tenía hambre sacaba un libro de la estantería.

-Eso se debía a que lo dejaban solo desde que era cachorro y desarrolló hábitos alimenticios erróneos porque estaba aburrido -dijo Catherine-. Poco después de estar aquí dejó de hacerlo.

-Aquel gato, el negro, el que tiene una pata blanca, anda de lado. Como un cangrejo -continuó Nick.

-Lo atropellaron y sufrió daños en el cerebro, por lo demás está bien -explicó Catherine.

-Y aquel chucho sonriente -Nick señaló a un pequeño perro peludo que parecía estar sonriendo de oreja a oreja- empieza a aullar si escucha música. De cualquier tipo.

-Tengo que reconocer que no sé por qué hace eso -confesó Catherine de mala gana, pero ya me he acostumbrado a él.

-Mamá, todos están chiflados por alguna razón u otra, por eso los has acogido tú -dijo Nick un poco exasperado-. La pandilla de los locos es poco, a mí se me ocurren otros nombres. Especialmente para ése.

Se quedó mirando a un pequeño Jack Russel de sólo tres patas, tan ágil como los demás y que había estado a punto de tirarlo al suelo cuando entraron.

-¿Sabes una cosa, Cory? -añadió-. Lo hace en todas las fiestas. Se divierte mucho si consigue tumbarte de espaldas.

-Nunca se lo ha hecho a las mujeres, sólo a los hombres -dijo Catherine en defensa del perro.

-Genial. Ahora vas a decirme que es un caballero.

-Yo creo que todos son maravillosos -dijo Cory, sonriendo a la madre de Nick, que le devolvió la sonrisa-. Y acoger a los que realmente necesitan tu ayuda es brillante. Yo haría exactamente lo mismo si tuviera la suerte de trabajar en casa.

-No la animes -dijo Nick serio, y justo en ese instante un gato gordo con un solo ojo saltó sobre sus piernas, se tumbó y empezó a ronronear suavemente. El reaccionó acariciándole el espeso pelaje.

Cory sorprendió a Catherine mirándola y las dos intercambiaron una sonrisa.

Rosie y Geoff llegaron unos minutos después; sus hijos, Robert y

Carolina se presentaron tímidamente a Cory antes de desaparecer por el jardín a jugar al fútbol con su padre. Todos los perros se les unieron, algunos ladraban entusiasmados, mientras la mayoría de los gatos se retiraron a una verja donde se quedaron mirando el juego sin ningún interés. De repente empezó a haber mucho más ruido.

Jenny y Rod llegaron a continuación con Pears y Peach, Las dos niñas gemelas eran idénticas y parecían pequeños angelitos rubios, con ojos azules grandes y boquitas rojas que convertían en sonrisas para saludar.

-¿Parecen angelitos? -dijo Jenny, antes de que Cory tuviera tiempo de decírselo a ella-. No te lo creas. Son más bien monos. No puedo dejar de vigilarlas ni un solo instante.

En cuestión de segundos la población del jardín se había multiplicado por diez y Jenny sonrió a Cory por encima de su copa de vino.

-¿Ves a lo que me refiero? -dijo con resignación-. Vayan donde vayan tienen este efecto.

Margaret tardó en aparecer media hora larga y Cory supo que aquella mujer había programado su entrada para crear el máximo efecto y llegar cuando todos estuvieran allí. Estaba radiante con su figura de reloj de arena, un traje de chaqueta y el pelo rizado rojizo recién peinado. Los labios pintados de rojo y los zapatos de tacón daban la imagen de una mujer que iba a por todas.

Todos los hombres estaban ocupados en la barbacoa y las mujeres, después de sacar las ensaladas, el pan y todos los extras, acababan de sentarse para tomar otro vaso de vino cuando Margaret entró en el jardín por la puerta lateral del final de la casa.

-¡Vaya! -Jenny estaba sentada al lado de Cory en el columpio y miraba a la recién llegada con ojos como platos-. Impresionante. No tiene el más mínimo gusto, pero está impresionante.

Catherine se levantó al ver entrar a su ahijada, se acercó a recibirla y después de escoltarla hasta una silla, le llevó un vaso de vino. Cory forzó una sonrisa para la recién llegada, pero ésta la miró de hito en hito.

Cory no estaba segura de si Jenny lo había visto, pero su voz adquirió un tono especial cuando dijo:

-¿No vas a tener calor con ese conjunto, Margaret? No conviene ponerse de negro cuando hace tanto calor.

Los bellos ojos verdes de Margaret miraron a Jenny con frialdad.

-Yo no tengo calor.

-¡Qué suerte tienes! -respondió Jenny-. Pero mamá puede dejarte

algo viejo si te acaloras mucho.

Margaret enarcó las cejas antes de girarse y comenzar a conversar con Catherine, aunque Cory notó que miraba a los hombres, que estaban junto a la barbacoa. O por lo menos a un hombre en particular.

Todos pasaron una tarde agradable. Jenny y Rod se marcharon justo después de tomar el té para llevar a las gemelas a casa, porque decían que las dos niñas necesitaban como mínimo una hora de descanso antes de acostarlas.

-Les encanta estar con Robert y Carolina -dijo Jenny, y se despidió de Cory con un abrazo-. Pero se agitan demasiado. Ha sido un placer conocerte, Cory. Eres perfecta para Nick. Jamás lo había visto tan feliz.

Cory la miró sorprendida.

-Gracias -no sabía qué otra cosa podía contestarle.

Todos salieron fuera a despedir a Jenny y Rod en el coche, Cory aprovechó para ir al baño y los demás salieron al jardín. Cuando ella se disponía a hacer lo mismo, oyó la voz de Margaret cerca de allí:

-Por favor, Nick. Tienes que escucharme. No soporto estar separada de ti. Yo iré a Londres. Haré lo que sea necesario con tal de estar contigo.

-No vuelvas a empezar, Margaret.

-Sé que no quieres casarte y lo acepto. Ni siquiera tenemos que vivir juntos si tú no quieres.

-Margaret, olvídalo. Yo ya lo he hecho -la voz de Nick era fría.

-No lo dirás por esa papanatas que te has traído, ¿verdad? Cariño, te cansarás de ella dentro de un mes o dos. Te lo aseguro.

-No metas a Cory en esto. Me refería a que no existe nada entre nosotros, Margaret; no me refería a Cory ni a nadie más. Sea lo que sea que buscas no soy yo. Nunca lo fue. Siempre me has deseado porque no caía rendido a tus pies como otros hombres. Incluso cuando eras niña tenías que ser el centro de atención.

-Me deseaste una vez -repuso ella malhumorada.

-Salimos a cenar juntos un par de veces, nos reímos y se acabó -replicó Nick-. Afróntalo. Los dos teníamos otras cosas al mismo tiempo.

-Te comportas así porque te dije que te quería, ¿verdad? -dijo Margaret al borde del llanto-. Porque yo quería que estuviéramos juntos siempre. Eso te asustó.

Cory oyó a Nick suspirar de impaciencia.

-Margaret, cuando te fuiste a la universidad descubriste el

mundo de los hombres y ya no miraste atrás. He perdido la cuenta de todos los hombres con los que has estado, incluso durante tu matrimonio. No tienes ni idea de lo que significa el amor. Sabes muy bien que lo que digo es cierto, en alguna ocasión hasta me lo has confesado. Yo soy un desafío, el único que te rechaza. Eso es todo. Ahora corta el rollo ése de hacerte la víctima porque no me lo trago.

Hubo un silencio aterrador y Cory se descubrió aguantando el aliento. Después Margaret dijo con otro tono de voz:

-Somos tal para cual, Nick. Jamás conseguirás asentarte con una sola mujer ni yo con un solo hombre. Pero podríamos divertirnos mientras tanto.

-Gracias, pero no.

-¿Lo haces por ella? -le preguntó Margaret petulante.

-Porque a ti no te deseo. Se acabó la historia. Ahora vete a despedirte de mi madre y de tu ahijada. Les he dicho a Rosie y a Geoff que se marchen también. Puede que no te hayas dado cuenta, pero mi madre está mayor y un fin de semana como éste la ha cansado mucho, aunque ella sea incapaz de reconocerlo.

-Siempre estaré disponible cuando te canses de la señorita Perfecta. Sólo tienes que llamarme y dejaré todo lo que esté haciendo.

-Margaret, tú siempre lo dejas todo cuando te llama un hombre.

Nick habló con tal frialdad, que Cory esperó a oír la reacción de la pelirroja.

Para sorpresa suya, escuchó una risita.

-Eres un hombre malvado, Nick Morgan, pero irresistible. Viviré con la esperanza.

No pudo escuchar la respuesta de Nick porque se alejaron, supuestamente hacia el jardín. Cory permaneció quieta. Él no deseaba a Margaret, eso lo sabía, pero, por lo que habían dicho, la pelirroja era su tipo de mujer. Tal para cual, había dicho ella. Personas incapaces de compromisos emocionales.

El corazón de Cory latía con violencia y tuvo que llevarse la mano al pecho. Pero ella siempre había sabido que Nick era así, ¿por qué se sentía tan decepcionada? Sólo porque él le había dejado entrar en su vida, porque había sido tierno con ella y comprensivo, no significaba que hubiera cambiado su perspectiva de las cosas. No era un hombre cruel y manipulador como lo había sido William, era evidente que podía ser cariñoso y sensible con la mujer que tenía al lado en cada momento.

Permaneció inmóvil unos minutos más, sabiendo que tendría

que controlar sus emociones antes de unirse a los demás. Cuando ya no pudo retrasarlo más tiempo, levantó la cabeza y salió al jardín.

-Hola.

Nick se puso de pie cuando la vio llegar. Lanzó una mirada de advertencia a Jack Russell y el perro se escondió debajo de la silla de Catherine.

-¿Estás bien? -le dijo acercándose a ella.

Cory le sonrió y miró fijamente aquellos ojos azules que tenían el poder de hacerla soñar con cosas que ni siquiera conocía antes de conocerlo a él. Porque con Nick ella lo quería todo. Compromiso, matrimonio, bebés, el para siempre. Pero no iba a ser posible.

-Estoy bien -repuso con suavidad; lo amaba y sabía que tenía que dejarlo.

Después de oír a Margaret confirmar todos sus temores, sabía que se había estado engañando. No podría seguir viendo a Nick, dormir con él, quedarse en su casa o recibirlo en la de ella y después seguir con su vida cuando todo hubiera acabado.

Rosie y su familia se marcharon poco después junto con Margaret. La última dio un beso en la mejilla a Catherine, un beso rápido pero fuerte en los labios a Nick, antes de que éste pudiera esquivarlo, y una sonrisa forzada a Cory.

Esta no le devolvió la sonrisa.

-Adiós, Margaret -dijo amablemente, con la mirada tranquila.

La otra añadió algo como que se alegraba de haberla conocido y se marchó.

Cory miró a su alrededor y vio el desorden que se había producido. Después miró a la madre de Nick. Era cierto que Catherine parecía cansada.

-¿Por qué no te preparo una taza de te? Nick y yo recogeremos mientras tú descansas un poco.

Catherine protestó un poco pero no demasiado.

Mientras Nick lavaba los tazones de los animales en una pila en el office y los guardaba, Cory limpiaba y ordenaba la cocina.

-Hacemos un buen equipo -comentó él.

-Deberíamos dejar tranquila a tu madre -contestó ella.

Era extraño, pero después de todos los momentos apasionados que habían compartido, nunca se había sentido tan cerca de él como en aquellos pocos minutos.

Catherine estaba medio dormida cuando ellos entraron en el salón, todos los perros yacían tumbados a sus pies y había un gato dormido encima de su regazo.

-No te levantes -le dijo Cory sonriente. Podemos salir solos.

Se inclinó por detrás del sofá y la besó en la mejilla.

-Volveréis pronto, ¿verdad? -preguntó Catherine-. Sólo vosotros dos para cenar para que podamos hablar un poco. Cuando estamos todos, esto se convierte en una fiesta de chimpancés.

Cory no perdió la sonrisa, aunque estaba sumamente triste. Le hubiera gustado volver para llegar a conocer a aquella mujer a la que sabía instintivamente que podía llegar a querer sin esfuerzo.

-Gracias -dijo-. Me lo he pasado muy bien hoy.

Y en cierto modo era verdad.

Una vez dentro del coche y de camino a la casa de Nick para recoger sus cosas, éste dijo con suavidad:

-Has sido muy amable sugiriendo que nos quedáramos a ayudarla a recoger. Te lo agradezco.

-No te preocupes.

-¿Ocurre algo, Cory? -él la miró con preocupación-. ¿Cory?

-Dijiste que querías hablar de nosotros -contestó ella sin rodeos.

-¿Qué? Oh, sí -él frunció el ceño-, pero no tiene por qué ser hoy. Hemos salido de casa de mi madre más tarde de lo que esperaba y tenemos que volver a Londres. Podemos hablar mañana.

-Preferiría hablarlo esta noche.

-¿En serio? -estaban llegando al camino que conducía hasta la casa-. Vale. Cuando estemos dentro, recoge tus cosas y mételas en el coche mientras yo preparo café. Después hablaremos.

Ella no esperó a que él le abriera la puerta; cuando aparcó el coche, salió con más velocidad que gracia y por poco se cae de espaldas en el proceso. Vio la mirada de curiosidad que le lanzaba él, pero fingió que no la había visto y salió disparada hacia su dormitorio en cuanto él abrió la puerta principal. Reunió todas sus cosas del dormitorio y del cuarto de baño y las metió en la maleta; tardó un minuto o dos en volver a bajar y cargó la maleta en el maletero del coche deportivo, tal y como Nick le había dicho.

Permaneció un minuto en el camino, mirando uno de los árboles enormes que bordeaban la casa. Pensó que habría visto muchas cosas. Habría visto a gente ir y venir, sufrimientos, peleas, pérdidas. La vida seguiría después de que Nick se hubiera marchado.

-¿Ya está todo?

Nick la llamó desde el pasillo y ella agachó la mirada ante su presencia. Parecía muy grande de pie bajo las sombras de la casa, y con aquella luz no conseguía ver la expresión de su cara.

-Todo está listo -contestó; se acercó y tomó la mano que él le tendía

-Cory, ¿qué ocurre? -le preguntó mientras entraban en la casa-.

Esta mañana estabas bien, pero ha ocurrido algo.

-Tenías razón esta mañana.

-¿Razón? -preguntó él asombrado.

-Sobre que teníamos que hablar. Y es verdad -se hundió en uno de los sofás y le observó servir café en dos tazas. Añadió nata y azúcar en el de ella y se lo pasó antes de sentarse a su lado con la otra taza. A ella le hubiera gustado que se sentara enfrente. No quería decirle lo que tenía que decirle con el muslo de él pegado al suyo.

-Entonces estás de acuerdo en que tenemos que hablar -dijo él, y de repente su voz cambió. Su tono suave se volvió precavido-. ¿Por qué tengo el presentimiento de que esto no me va a gustar?

-Creo que deberíamos dejar de vernos -no fue su intención ser tan brusca, pero sólo había una forma de soltarlo-. Creo que nuestra relación no funciona.

Por un instante hubo un silencio abrumador.

-¿Puedo preguntarte por qué?

-Te dije al principio que yo no salía con hombres.

Durante el camino de vuelta hasta la casa de él había decidido que no le contaría lo que había oído en casa de su madre. Nick podría pensar que intentaba conseguir que le dijera algo que él no quería decirle, a lo mejor que la deseaba de una forma diferente a como había deseado a Margaret, que estaba dispuesto a ofrecerle más. Pero ella no quería conseguirlo de ese modo. Continuó con las frases que se había preparado.

-Me lo he pasado muy bien estas últimas semanas, pero voy retrasada en mi trabajo y no estoy concentrada. No puedo permitirlo.

-¿Y tienes que sacrificarme a mí en el altar de tu carrera? -preguntó él.

Su tono ligero no la engañó. El poderoso cuerpo que tenía a su lado se había puesto rígido. Ella se aclaró la garganta.

-Yo no lo expresaría así -dijo con voz ronca, y a continuación tomó un trago del café para mojarse la boca seca.

-¿Entonces cómo lo expresarías tú?

-Somos personas diferentes, queremos cosas diferentes en la vida.

Por primera vez podía decir lo que pensaba y, para sorpresa suya, lo que decía tenía peso.

-Lo hemos pasado muy bien juntos, lo reconozco, pero si continuáramos, lo perderíamos todo.

Nick soltó un juramento.

-Tonterías. No puedo aceptarlo. Haces esto porque te dije algunas verdades el otro día. Es por eso, ¿verdad? Di en el meollo de la cuestión y eso te inquietó.

Cory dejó la taza de café encima de la mesa y se puso de pie. Necesitaba espacio. Se volvió a mirarlo de frente.

-Lamento que pienses así, pero no es cierto.

-Tampoco son ciertas todas las tonterías que estás diciendo -replicó él.

Se levantó despacio, sin mirarla a la cara.

-Yo te he tenido en mis brazos. Te he sentido temblando, gimiendo, suplicándome casi que te tomara -dijo él-, pero tu cuerpo me decía lo que tu boca no era capaz de reconocer. No somos tan diferentes, Cory.

-Estás hablando de sexo.

-Pues claro que sí -dijo él sin ninguna intención de pedirle disculpas-, y sería un buen comienzo empezar hablando de eso. Pero existe algo más entre nosotros y tú lo sabes.

-Haya lo que haya entre nosotros, no quiero que continúe.

-¿Entonces puedes decirme que significó todo lo que me dijiste antes en el jardín? -dijo él furioso-. ¿Cuando dijiste que te habías equivocado al valorar tanto tu carrera?

-Yo no dije eso.

-Pues claro que lo dijiste.

-Dije que pude haberme equivocado, pero después de pensarlo creo que no. Llevo toda la tarde pensando en todo esto y ahora sé lo que quiero.

Lo quería a él. Para siempre. Y eso era imposible.

-Pues cuánto me alegro.

La expresión de él la hizo encogerse. Nick la detestaba. La odiaba incluso.

-Pensaba que intentarías verlo desde mi punto de vista -musitó ella.

-Pues siento decepcionarte -repuso él con amargura.

-Nick, yo no quería que esto acabara así -murmuró Cory.

Le temblaba el labio inferior, pero él le habló con dureza.

-¡Basta de lágrimas! ¡Maldita sea! Esto es la gota que colma el vaso. Bébete el café.

Salió del salón sin dirigirle ni una mirada y ella oyó que subía las escaleras, presuntamente hacia su dormitorio. Un minuto después apareció con la chaqueta al brazo.

-¿Estás lista para marcharte?

Cory asintió, pasó por su lado y salió en dirección al coche. Nick

cerró la puerta de la casa y se sentó al volante enfadadísimo. Ella se encogió y pensó en cómo iba a sobrevivir a las siguientes tres horas de viaje hasta llegar a su casa.

Capítulo 9

El viaje de regreso a Londres fue una pesadilla absoluta, Cory ni siquiera se lo hubiera deseado a su peor enemigo, ni siquiera a Margaret. En el estado en que se encontraba Nick, tardaron menos en el viaje de regreso que en el de ida.

Cuando llegaron a su piso, él salió del coche, sacó la maleta de ella y la acompañó hasta la puerta del portal.

-Me quedaré en el vestíbulo hasta que abras la puerta de tu casa.

-No tienes por qué hacerlo -contestó ella.

-Abre la maldita puerta de una vez. Toma -le entregó la maleta con expresión fría.

Ella se acercó a las escaleras y se volvió a mirarlo. No podía permitir que él se marchara así.

-Lo siento -le dijo-. Lo digo en serio, lo siento.

-Sube, Cory -contestó él.

-Nick, por favor...

-¿Qué demonios quieres de mí, mujer? -gritó él; y de pronto se escuchó el gruñido de un perro.

¡Oh, no! No podía ser. Por lo menos no en aquel instante. Cory, con una mirada agonizante, miró hacia la puerta del piso de los Ward; su perro, Arnie, empezó a ladrar desesperadamente y los fuertes ladridos del enorme perro llenaron el silencio de la noche.

Cory vio a Nick cerrar los ojos un instante.

-Cory, ¿eres tú?

El señor Ward miró el vestíbulo; sus ojos parecían enormes detrás de los cristales gruesos de sus gafas.

-¿Estás bien? -gritó.

-Todo está bien, señor Ward -gritó también ella para hacerse oír.

-¿Estás segura, querida? -gritó la señora Ward.

-Segurísima.

El señor Ward empezó a esforzarse para arrastrar al perro de vuelta al piso, pero Arnie no estaba por la labor. Hacía muchísimo tiempo que no vivía algo tan emocionante.

Fue necesaria la colaboración del señor y la señora Ward para meter al perro y cerrar la puerta.

Cuando los Ward consiguieron cerrar al fin la puerta de su piso, se oyó una voz tímida procedente de arriba:

-¿Va todo bien ahí abajo?

Cory se giró y se encontró con la joven pareja del primer piso.

-Sí, todo está bien -contestó.

Algo en su voz debió convencerlos de que desaparecieran

inmediatamente.

Cory miró a Nick, que no se había movido del sitio.

-Yo no quería que nos despidiéramos así.

La cara de él, bella y dura, no cambió de expresión.

-Creía que podríamos seguir siendo... -añadió ella.

-Por favor, no digas amigos -la interrumpió él.

-Civilizados. Iba a decir civilizados.

-En lo que a ti respecta, yo no soy civilizado, Cory. Creía que ya lo sabías.

Durante un instante ella fue incapaz de hablar.

-Vete a la cama -dijo él al fin.

Cory abrió la boca para discutir, pero la cara de él reflejaba tal rabia que volvió a callarse. Nick pareció recuperar el control.

-Lo digo en serio, Cory. Antes de que haga o diga algo de lo que pueda arrepentirme.

Cuando ella llegó a su piso, encendió la luz del pasillo, abrió la puerta y permaneció inmóvil durante un minuto. Después oyó la puerta del portal abrirse y cerrarse. Nick se había marchado.

Si se hubiera quedado con él, ¿quién sabe lo que le hubiera deparado el futuro? A lo mejor él podría haber llegado a amarla como ella a él. Tal vez. Todo era posible. La gente podía cambiar, aunque fuera sólo un poco. En algún momento él podría haber decidido que necesitaba algo más que su vida de soltero. Podría haberle atraído el matrimonio, incluso el tener hijos.

Estaba dispuesta a ir a verlo por la mañana. A humillarse si era necesario, a arrastrarse incluso. Miró el reloj. Eran las tres de la madrugada. ¿Cómo iba a soportar las horas siguientes sin volverse loca?

De repente sonó el telefonillo y el corazón empezó a latirle con fuerza. Le vino a la mente la imagen de un policía de pie en la entrada con la noticia de que Nick se había estrellado con el coche y estaba muerto, que de regreso a Barnstaple se había puesto a conducir como los pilotos de Fórmula Uno a los que tanto admiraba.

Salió corriendo y contestó al telefonillo con manos temblorosas.

-¿Sí, quién es? -preguntó nerviosa.

-¿Cory?

El alivio que sintió al escuchar la voz de Nick casi hizo que se desmayara. De algún modo logró contestar:

-¿Nick? ¿Qué haces aquí?

-Yo también me he hecho la misma pregunta -la voz de él era

sarcástica, pero ya no estaba llena de furia-. ¿Puedo subir?

-¿Qué? Oh, sí, claro.

Cory pulsó el botón y abrió la puerta del portal incapaz de creerse que él había vuelto. Y de repente tuvo un pensamiento. Tenía que decírselo. Había llegado el momento. No sabía por qué había regresado, pero no podía pasar por alto aquella oportunidad.

Abrió la puerta del piso, salió al pasillo justo cuando él llegaba a su planta.

-¡Nick!

Se abalanzó sobre él con fuerza suficiente para empujarlos a los dos escaleras abajo si él no hubiera tenido el reflejo de agarrarse en el último instante.

-¡Oh, Nick. Nick! No lo decía en serio. He sido una estúpida, una loca. No quiero que lo nuestro acabe.

Las últimas lágrimas que la quedaban salieron de ella como un torrente. Nick dejó que ella llorara un minuto o dos contra su pecho y sacó un pañuelo de su bolsillo. Después de secarle las lágrimas, le dijo:

-Suénate.

Ella se sonó sin dejar de murmurar:

-¡Nick, oh, Nick!

-Esto no me lo esperaba -comentó él

Su tono de voz era burlón, pero a ella no le importó. Él había vuelto.

-¡He sido tan estúpida!

Intentó controlar desesperadamente sus lágrimas, pero ya puesta a llorar era incapaz de parar.

-No lo dije en serio. Pero como sabía que no querías comprometerte, pensé que sería lo mejor para los dos. Pero no lo es.

-Cálmate, amor mío, ¿quieres?

Amor mío. La había llamado amor mío. Y ella volvió a ver una luz al final del túnel otra vez.

-¿Por qué dices que yo no quería comprometerme? -preguntó él con tacto.

Cory sabía que debía estar horrible. Era consciente del aspecto que debía tener su cara y sabía que llevaba el pijama menos sexy del mundo.

-Estoy espantosa -dijo con voz trémula-. Éste es mi pijama más viejo. Seguro que tus antiguas novias nunca llevaban un pijama como éste, ¿verdad?

-Cory, ninguna de mis antiguas novias eran como tú -repuso él con sequedad-. Eres la primera mujer con la que tuve que recurrir al

chantaje para conseguir una cita con ella; ninguna otra sospechó jamás de mí, ninguna me hizo darme duchas frías por las noches ni mucho menos estuvo a punto de romperme la nariz con una de mis propias puertas.

Después de decir eso, la colocó bien sobre su regazo y le acarició el pelo.

-Ninguna de ellas era tan dulce como la miel, sin un solo rastro de malicia en todo su cuerpo, a ninguna de ellas le importaban las familias con problemas ni las personas que no pudieran hacer algo a cambio por ellas y te aseguro que a ninguna de ellas se le hubiera ocurrido ayudar a recoger a una anciana cansada que necesitaba descansar los pies.

-Tu madre no es una anciana y te mataría si te oyera hablar así -le dijo Cory temblando.

-Pues una mujer cansada -sonrió él.

Su sonrisa era celestial.

-Y ninguna de ellas me hubiera dado tantas largas como tú, me hubiera apartado de su vida y me hubiera recibido de nuevo de una forma tan conmovedora.

Cory le miró; no sabía si hablaba en serio o no.

-¿A qué te referías cuando has dicho que yo no quería comprometerme? -preguntó él suavemente.

-Tú no quieres comprometerte. Nunca lo has querido. Tú mismo lo dijiste, y también cuando hablabas con Margaret hoy -se detuvo. Pero era importante ser sincera.

-¿Nos oíste?

La acercó a él y la besó con fuerza.

-No hay absolutamente nada entre Margaret y yo, nunca lo ha habido. Hace dos veranos fuimos juntos a cenar un par de veces, al teatro y cosas así, pero no ocurrió nada más. No llegamos a hacer nada más.

-¿No te acostaste con ella?

-Hubiera preferido acostarme con la malvada bruja del oeste -la volvió a besar-. No estaba dispuesto a eso, por lo menos con Margaret. Ella lo sabía desde el principio. Pero estaba deprimida porque la habían mencionado en un juicio de divorcio como la amante, y vino a llorarme a mí.

Cory sonrió.

-Me alegro de que no te acostaras con ella.

-Me alegro de que te alegre.

Nick la acercó una vez más a él y la besó.

-Y en cuanto a que yo no quería comprometerme, siempre decía

eso antes de conocerte. ¿No sospechabas que eso había cambiado?

Ella negó con la cabeza; no se atrevía a desear lo que él insinuaba.

Nick lanzó un gemido.

-Mírame, mujer. Estoy hecho un flan. ¿Crees que soportaría lo que he soportado si no estuviera locamente enamorado de ti? Jamás había esperado tanto a una mujer. Nunca me había hecho falta -añadió irónicamente.

Ella tenía la prueba que esperaba. Las mujeres hacían cola para estar con Nick Morgan.

La boca de él buscó la de ella y se besaron con pasión. Las manos de él recorrieron el cuerpo de ella. Él levantó la cabeza.

-¿De qué está hecho esto? -preguntó él mirando el pijama que llevaba puesto.

-No lo sé. Una lana suave.

-No se te ocurrirá ponerte algo así en nuestra luna de miel.

-¿Qué? -ella puso unos ojos como platos. No podía creerse lo que acababa de oír.

-Te estoy pidiendo que te cases conmigo, Cory -la expresión de él era muy seria-. Te quiero. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Quiero llenar mi casa de Barnstaple de pequeñas Corys y de uno o dos Nicks. Quiero compensarte por lo que te hicieron tus padres y convencerte de que eres todo lo que alguien desearía en otra persona. Todas las mañanas de nuestras vidas quiero decirte que te adoro. Quiero borrar todos los malos recuerdos de tu mente -le tocó suavemente la frente con un dedo-. Y llenarte de felicidad. ¿Me dejarás? ¿Me dejarás hacer eso?

Ella asintió sin hablar, era incapaz de articular una ni sola palabra.

-Quise decirte todo esto después del paseo por el jardín -le explicó él-, pero quería hacerlo despacio. Todo el dolor que te causaron tus padres -movió la cabeza-. Sabía que requeriría tiempo y no quería apresurarme. Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa para ti, ¿no?

Su perspicacia la asombró, especialmente porque ella no lo había visto como él. Pero era cierto. Asintió de nuevo. Y por fin le dijo las palabras que él esperaba oír con tanta impaciencia.

-Te quiero con todo mi corazón.

-Y yo a ti, cariño. No lo dudes jamás. Tú eres el sol, la luna y las estrellas para mí. Eres carne de mi carne y sangre de mi sangre. Mi graciosa, mi bella y mi incomparable Cory.

-Y tú eres mi Nick.



Lo rodeó con los brazos y los ojos azules de él le sonrieron.